

Andrajos

Alicia Ordiz



ANDRAJOS

Alicia Ordiz García

Sinopsis

Tras la muerte de su madre, Elena descubre un cuaderno que cambiará la relación con su padre y llevará su vida hasta límites imprevistos.

Carmen, explotada por un padre autoritario, sueña con una vida diferente que llega de la forma menos esperada.

Dos historias que se entrelazan dejando pistas a cada paso hasta descubrir el secreto que las mantiene unidas.

“Ningún camino de flores conduce a la gloria”

Jean de la Fontaine

I

Mi madre murió el día de mi cumpleaños. Venía por el pasillo a oscuras sosteniendo la tarta, con sus dieciocho velas encendidas. Mi padre y yo esperábamos sentados en la mesa del comedor, y mientras él cantaba el cumpleaños feliz yo sonreía sin quitar los ojos de aquel pastel luminoso.

De repente, las pequeñas llamas comenzaron a descender a toda velocidad hasta estrellarse contra el suelo, y el ruido de un gran golpe retumbó en toda la casa. Era el cuerpo de mi madre al impactar contra las baldosas, sufrió un infarto cerebral, nunca más se despertó, tenía treinta y cinco años.

II

La muerte de mi madre rompió nuestras vidas, tras los primeros días de duelo, en los que los vecinos nos acompañaron en todo momento, mi padre y yo nos quedamos solos. Él salía con su taxi a primera hora de la mañana y cuando regresaba yo ya estaba dormida. Me pasé el verano dando largos paseos solitarios, en los que el recorrido era marcado por mi estado de ánimo, daba vueltas por la misma zona o me metía por caminos desconocidos, a veces deseaba perderme y no volver a mi realidad, no era capaz de aceptar que ella ya no estaba, y que la vida puede cambiar de un momento a otro, de forma repentina, arrasando con todo lo que encuentre a su paso.

Las pocas veces que coincidíamos en casa no hablábamos de ella, no hablábamos de nosotros, simplemente no hablábamos, nos limitábamos a existir, a seguir respirando, a estar en el mundo, porque se supone que tienes que estar agradecido por la vida, aunque te sientas solo, desgraciado y ya nada te importe. Ella era nuestro motor, lo que nos unía, la alegría de la casa, el eje alrededor del que girábamos, y ya no estaba, y ceder ante aquella verdad era insoportable. Ni tan siquiera pudimos despedirnos de ella, fue todo imprevisto, doloroso y difícil de asimilar.

La soledad que sentía se agravó por la falta de una familia que nos arropase. Nunca había conocido a mis abuelos, y no sabía si tenía tíos, primos o algún pariente lejano, en casa nunca se había hablado de ellos, por lo que para mi no existían, y si vivían en alguna parte era algo que mis padres habían querido dejar atrás, porque exceptuando un primo de mi padre, que llamaba por teléfono cada varios meses, nadie había aparecido de visita, o escrito una postal navideña, ni siquiera una llamada por algún acontecimiento. Pero hasta ese momento lo había vivido como algo normal, nunca había preguntado, y por ahora algo me decía que era mejor así.

Hasta el día de mi cumpleaños mi vida había sido feliz, vivíamos en un piso en Boadilla del Monte, a unos kilómetros de Madrid. No era muy grande, pero podíamos permitirnos tener una habitación en la que mamá tenía montada su peluquería. Todos los días, a partir de las nueve de la mañana, nuestra casa se convertía en un continuo ir y venir de señoras que venían a lavar, cortar, teñir, marcar... y a ser escuchadas por mi madre.

Ella era alta y siempre había sido muy guapa, al menos en la única foto que conservaba de su adolescencia ya apuntaba maneras. Morena, de ojos negros y piel muy blanca, con una cintura estrecha que eran el centro de unas curvas elegantes y estilizadas que conseguían que los hombres se giraran por la calle para mirarla. Y luego estaba su encanto, su forma de ser tan dulce, cuando le hablabas parecía que no había nadie más en el mundo que ella y tú. Sus clientas la adoraban, dejaban que les recomendase nuevos cortes y peinados, leían con ella las revistas de moda y se probaban nuevos tonos de tinte que las hiciera parecer más jóvenes y modernas. La mayoría eran habituales, y ya sabías a qué hora iban a llegar a la peluquería y que pasarían allí la mayor parte del día.

Por eso crecí entre rulos y botes de laca, ya de pequeña ponía redecillas a mis muñecas, y más de una acabó calva de los distintos cortes que intentaba hacerles. Solía imitar a mi madre con las tijeras, las mías —para manualidades escolares— conseguían cortar a duras penas aquellas fibras, y dejaban escalones marcados en cada mechón. Los tintes los imitaba con rotuladores, al igual que los maquillajes. Acabé teniendo un ejército de diminutas niñas de colores con el pelo

enmarañado, pero aquello, el olor a productos de peluquería, el ruido de los secadores, y las miles de conversaciones que allí escuchaba eran mi mayor felicidad.

Ahora ya no quedaba nada, ya no había clientas entrando y saliendo de la casa, los líquidos de la permanente ya no cargaban el ambiente, y el silencio, ese silencio que se instaló en nuestras vidas, no tenía intención alguna de irse.

El salón de la peluquería quedó tal y como mi madre lo había dejado, sólo unos meses después, ante la visita de algún despistado, mi padre mandó quitar el cartel que anunciaba su existencia y que se veía desde la calle.

Algunos días, al llegar a casa entraba en aquel cuarto, me sentaba en alguno de los sillones y lloraba. Lloraba por el vacío que sentía, por la vida que habían arrebatado a aquellas cuatro paredes, y por el trozo de alma que me habían quitado. El polvo empezaba a instalarse en los espejos, los secadores y los lava cabezas, así que poco a poco comencé a guardar en cajas todo el material, quizá, algún día, tendríamos que empezar a aprender a vivir sin ella.

Pasados los primeros meses intenté poner un poco en orden mi vida, había empezado la carrera de Periodismo, pero no había pisado la facultad hasta que las clases llevaban dos meses impartándose. Me costó ponerme al día y conseguir todos los apuntes, pero me lo tomé en serio, al llegar a casa me encerraba a estudiar para tratar de recuperar el tiempo que había permanecido aislada del mundo.

Mi padre seguía trabajando más horas de las habituales, sumido en una especie de letargo del que yo, la verdad, no intenté sacarle para nada. No hicimos ni el mínimo intento de compartir nuestro dolor, cada uno lo llevó a su manera, de una manera egoísta y distante, con lo que ese dolor se hacía más grande, al igual que la distancia entre nosotros.

Las horas que pasábamos bajo el mismo techo lo hacíamos en nuestros mundos particulares, él se encerraba en su habitación durante horas, o se quedaba mirando el televisor sin inmutarse por las imágenes que pudiesen emitir, no estaba allí, estaba perdido en sus pensamientos, en sus recuerdos.

Yo también me encerraba en mi cuarto, o me sentaba en el suelo de la peluquería para envolverme en imágenes, en los movimientos de mi madre con los cepillos al peinar a las señoras, rememoraba aquellos instantes de mi infancia cuando yo estaba sentada en el mismo sitio y ella me pedía que le acercase un frasco de champú, o una bata limpia para alguna clienta que acababa de llegar.

Y seguía recogiendo cosas, guardaba en distintas bolsas los tubos —por tamaños—, las pinzas, las horquillas y las gomas, los esmaltes de uñas con el material de manicura... luego marcaba su contenido y lo iba metiendo en cajas que iba amontonando contra una de las paredes.

Cada vez que guardaba algo una parte de mí se guardaba con aquellos objetos. No había sido una niña de salir con amigas, sino que aquella habitación era mi lugar de ocio, donde soñaba y me inventaba historias, donde me sentaba, en el escritorio de mamá, a hacer los deberes del colegio, porque lejos de molestarme el ruido lo sentía como el lugar que me daba tranquilidad, era mi hogar dentro de mi casa. Aquel escritorio, donde se amontonaban los albaranes, las facturas y las hojas de pedidos, y que tapaban la madera oscura y tallada con motivos florales. Presidiendo un marco con una foto de nuestra pequeña familia, sonriendo a la cámara, en una visita al zoo cuando yo tenía unos 6 años.

Papá me tenía cogida en brazos y yo fruncía el ceño porque el sol me daba directamente en la

cara. Mamá hermosa y siempre distinguida, con un traje de chaqueta entallado y unos zapatos altos que la hacían sobresalir por encima de nosotros. La imagen de una familia feliz.

Archivé papeles, otros los tiré, me guardé algunas fotografías que había en los cajones: nosotros en la playa de Gandía, mi primer día de colegio, junto al árbol de Navidad, dando de comer a los patos en el parque... Y allí, en el fondo del cajón, debajo de un montón de papeles inservibles había un cuaderno negro, de esos que vienen atados por fuera, lo abrí y comencé a leer, al cabo de unas horas, y tras terminarlo, mi vida se había hecho añicos definitivamente.

Uno

Carmen era la mayor de tres hermanos, y la única chica. Alfredo y Miguel, los pequeños, eran mellizos, y en el pueblo les llamaban los Zipi y Zape, porque no paraban de hacer trastadas. Aquel día habían llenado de detergente la pila del agua sagrada en la iglesia, y Don Raimundo no tardó en aparecer por casa a regañar a los chiquillos.

—Carmen, ¿está tu madre en casa? ¡Estos diablillos han vuelto a armarla! Doña Luisa está al borde del infarto, porque ha descubierto la pila llena de espuma y dice que es una señal del diablo, que si ha conseguido corromper el agua qué no hará con los pobres feligreses débiles de espíritu.

—No Padre, mi madre ha ido a casa de Doña Adela a ayudarla, está un poco pachucha y no se las arregla bien con las tareas —contestó Carmen mientras terminaba de tender la ropa.

—Está bien muchacha, pero dile a tu madre que en cuanto pueda venga a verme, y que meta en vereda a esos críos, que cuando no es una es otra, pero no se les ocurre nada bueno.

—Si hace falta yo se lo digo Padre, pero ¿no será mejor que pase y la espere? No tardará en llegar. Yo le preparo un café y así usted descansa un rato y se recupera del sofocón. Además, me gustaría hablar con usted.

—Sólo cinco minutos, que he dejado a Vicente limpiando la pila y en cuanto esté lista hay que llenarla y bendecir el agua.

El cura pasó a la casa y Carmen le acompañó al salón, con su papel de flores, sus sofás con flores y sus estanterías llenas de figuritas que le daban un ambiente de bazar más que de lugar de reunión familiar.

—Enseguida le preparo el café, ¿le gusta con leche Padre?

—No, solo, con unas gotitas si tienes para acompañar, empieza a hacer frío y hay que templar el cuerpo.

—Cómo no vamos a tener... ¿prefiere coñac o whisky?

—Un poco de coñac valdrá, pero no me pongas del matarratas ese que da tu padre en el bar, con ese se me pone el estómago del revés, seguro que Fulgencio tiene guardada alguna botellita para paladares más selectos —dijo el cura a la muchacha mientras se pasaba las manos por la sotana tratando de estirar las arrugas que se habían formado al sentarse.

Carmen se fue a la cocina, preparó la cafetera y la puso al fuego, buscó en la despensa alguna botella de coñac, la verdad es que no sabía si era bueno o malo pero seguramente, una vez en la copa, Don Raimundo tampoco distinguiría demasiado su calidad. Preparó una bandeja con la taza, de flores, en su platito de flores, una cucharilla de la cubertería buena, el azucarero de flores y una de las servilletas reservadas a las visitas. También puso una pequeña bandeja de pastas y, como no, una copa de coñac.

Cuando llegó al salón vio al cura acomodado en el sillón de su padre, pasando un dedo por la mesita que tenía al lado, quizá para asegurarse de que estaba suficientemente limpia para albergar su taza.

—Aquí tiene padre —dijo la muchacha dejando la bandeja en la mesita previamente inspeccionada por el párroco.

—Bueno Carmen ¿de qué querías hablarme? —apuró la copa de un solo trago— ¿Necesitas

confesarte?

—No, no es eso —se sonrojó la muchacha— es que verá, he pensado, bueno, es que, yo quería...

—¡Vamos! Que me estás poniendo nervioso, ponme otras gotitas, que ya me has descentrado.

Carmen volvió con la botella y la puso en la mesita al párroco que asintió satisfecho por la deferencia.

—Es que verá padre, yo, yo quiero hacerme monja.

—¿Cómo? —se atragantó el párroco ante la declaración de la joven— ¿tú? Pero si eres joven y bonita, será fácil casarte ¿cuántos años tienes?

—Quince Padre.

—Entonces ¿cómo se te ha ocurrido esa idea? En casa son tres varones, tu madre necesitará ayuda para atenderles, y bueno ¿quién crees que cuidará a tus padres cuando sean mayores? Tus hermanos se casarán y harán lo que les digan sus mujeres, o incluso puede que se marchen del pueblo, a todos les da por marcharse del pueblo, no sé que esperan encontrar en otro sitio. ¿Sabes? El hijo de Doña Paca se marchó a Barcelona a trabajar, decía que la sastrería de su padre se le quedaba pequeña, y ahora trabaja en unos grandes almacenes de dependiente de ropa. Dependiente, habrase visto, se sacará un jornal normalito que no le dará apenas para vivir en esa ciudad, en las ciudades todo es más caro. Pero bueno, que me estoy yendo por las ramas, volvamos a la conversación. ¿Has hablado de esto con tus padres?

—Aún no, quería comentárselo a usted primero para saber un poco cuando podría entrar en el convento y así darles ya unas fechas y demás.

—Pero vamos a ver chiquilla, ¿quieres que tu padre llegue a casa después de pasarse 14 horas tras la barra de ese bar y soltarle “papá, mañana ingreso en un convento”? ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo? ¿Quieres crearme un problema con el Fulgencio? Vamos, ni hablar, no quiero saber nada del tema, si quieres lo hablas con tus padres y si les parece bien, cosa que dudo, vienes con ellos a hablar conmigo, y dicho esto me voy, que se me ha hecho tarde —acompañó la despedida con otra copa de coñac, se adecentó la sotana y salió por la puerta suspirando—. Esta juventud va a acabar con todos nosotros.

La puerta no se había cerrado cuando los mellizos entraron a toda velocidad. Alfredo consiguió esquivar la mano del cura pero Miguel se llevó un buen coscorrón por su travesura.

—Ya hablaré yo con vuestra madre diablillos, por la iglesia solo quiero veros para ir a misa, pero como os vuelva a ver haciendo pillerías os vais a enterar— vociferó Don Raimundo a la vez que levantaba una mano en señal de saludo a la muchacha que contemplaba la escena desde la puerta.

Alfredo y Miguel eran prácticamente iguales, sólo que el primero tenía el pelo ensortijado y el segundo lo tenía liso como una tabla, también tenían pequeños rasgos, como un lunar o alguna cicatriz que uno llevaba y el otro no, pero siempre iban vestidos igual, y su forma de ser era la misma: traviesos, inquietos y muy habladores.

—Chicos, a lavaros, mirad como vais de barro, quitáros esa ropa antes de que llegue mamá, y la cara, las manos y esas rodillas que queden brillantes. El párroco quiere que mamá vaya a hablar con él, así que os espera una buena reprimenda, no empeoréis las cosas.

—Pero Carmen, si nosotros no hemos hecho nada, solo queríamos ayudar a limpiar y se nos fue un poco la mano.

—Ya sabéis que de la limpieza de la iglesia se encarga Vicente, vosotros tenéis que estar en la calle jugando, como todos los niños, y sino en casa, estudiando, que seguro que no habéis acabado ni los deberes. Venga, desapareced de mi vista y cuando os vea quiero que estéis relucientes, si me traéis esas uñas bien limpias os daré un trozo de bizcocho de chocolate.

—¡Bizcocho! —gritaron los niños escaleras arriba camino del cuarto de baño, si algo adoraban eran las golosinas que su hermana les preparaba.

Carmen había terminado el colegio el año anterior, en el pueblo aún se estilaba que muchas mujeres dejaran de estudiar a esa edad, para ayudar en casa y prepararse para el matrimonio. Eso es lo que había llevado a la joven a pensar en hacerse monja, sabía que en el convento podría seguir estudiando, y además le habían contado que las monjas cuidaban sus propios jardines y huertas, y eso también le gustaba. Se imaginaba el convento como un sitio mágico, lleno de silencio, donde podría aprender un montón de cosas nuevas, donde nadie discutía y siempre reinaba la paz. Realmente ella no había sentido esa “llamada de Dios” de la que muchas personas hablaban, simplemente veía en la vida monacal una salida apetecible a la vida que llevaba ahora.

Don Fulgencio era conocido en todo el pueblo por su fuerte carácter, que se agriaba los días pares y se hacía insoportable los impares. Regentaba el bar del pueblo, donde los vecinos acudían a echar la partida, y se tomaban un vino sin etiquetar que no se sabía muy bien si estaba hecho con uvas o con unos polvos para dar color a aquel mejunje agranatado que sabía más a vinagre que a otra cosa, y que en graduación alcohólica debía pasar de los veinte. Era un hombre grande, con unas manos enormes y curtidas que indicaban una vida de duro trabajo. Tras una juventud haciendo carreteras y aspirando los vapores del alquitrán, compró el bar de Cosme, cuando éste, por la edad, ya no aguantaba las maratonianas sesiones tras la barra.

Aquello le sirvió para reunir un poco de dinero y atreverse a frecuentar a María, la hija mayor del barbero, pero ella, que aspiraba a una vida de comodidades, enamoró un verano al hijo de un empresario andaluz con el que se casó y se fue a vivir a Sevilla. Así que al final decidió que ya que había agasajado a la familia del barbero lo suficiente, no era mala idea rondar a la hija pequeña, Sara, una muchacha preciosa, pero tímida y callada que, aunque no fuera su sueño de mujer, era trabajadora y educada, y seguro que le daba unos cuantos hijos que le ayudasen con el bar.

Cuando nació Carmen, Don Fulgencio no pudo evitar vestir su rostro de decepción durante días, eran chicos lo que quería, manos fuertes que pudieran cargar las pesadas cajas de bebidas, una chica tras la barra de un bar era una mujerzuela, para él la niña solo era una boca más que alimentar.

Pasaron cinco años hasta que nacieron los mellizos, ese día si lo celebró, invitó a una ronda a todos los clientes, aunque antes se encargó de rebajar las botellas con un chorrito de agua, e incluso repartió algún puro entre los vecinos más importantes. Los Álamos era un pueblo pequeño donde las jerarquías, según la profesión de cada uno y la familia a la que perteneciese, estaban firmemente marcadas, y se trataba a cada uno según lo que representase.

También intentaba llegar a casa temprano para jugar con sus hombrecitos, y Carmen, le miraba desde una esquina, preguntándose por qué a ella nunca le hacía esas carantoñas, para ella sólo iban dedicados los gritos y los golpes.

Doña Sara era una madre cariñosa para sus tres hijos, seguía siendo callada, pero si quería que los platos no empezaran a volar por la cocina lo mejor era darle la razón a su marido y no meterse en temas que, según él, eran de hombres. Sabía que su marido había rondado a su hermana, y que se había casado con ella porque era la opción que quedaba, pero tampoco le importó, no esperaba nada del amor, sólo quería una vida tranquila, y que a su familia no le faltase de nada.

Vivían en una casa modesta pero cómoda, donde abundaba la comida y más aún la bebida, porque ese era el trabajo que Fulgencio se llevaba a casa, el seguir bebiendo.

Aquella noche no fue muy distinta de las demás, cuando el padre llegó a casa la peste a alcohol y a tabaco atravesó la puerta en el mismo momento que él. Sara, que ya había sido informada por su hija de las travesuras de los mellizos les había mandado a acostarse temprano. Carmen ayudaba a su madre a recoger los platos de la cena.

—¿Esta familia nunca va a poder cenar junta? —gritó Fulgencio mientras asestaba un sonoro manotazo a la mesa.

—Es tarde, los niños estaban cansados y mañana tienen que madrugar para ir al colegio —explicó Sara a la vez que le servía rápidamente la cena.

—¿Y alguien va a contarme qué coño han hecho esta vez los mocosos? Ya me fueron diciendo que vieron al cura salir de casa esta mañana, así que ya estáis hablando.

Carmen, por miedo a que fuera a despertar a sus hermanos para echarles una bronca se adelantó a su madre:

—Papá, fui yo quien invitó a pasar a Don Raimundo, quería hablar con él.

—¿De qué tenías que hablar tú con la cucaracha? —preguntó divertido refiriéndose a la negra sotana del sacerdote— ¿No irás a meterte a monja verdad? Ja, ja, ja, una monja en casa, es lo que me faltaba.

Carmen bajó la mirada al suelo enmarañándose el mandil con las manos. Su padre la observó y empezó a gritar.

—¿Qué? ¿Qué coño te pasa? Sara, ¿es eso? ¿Esta puta cría quiere meterse a monja?

—Yo, yo no creo que sea eso, tranquilízate y hablamos —dijo la madre poniéndose entre su hija y su exaltado marido.

—Papá yo, yo quería hablarlo con vosotros, pero quería antes preguntarle al párroco si era posible que yo...

—¿Tú? ¿Qué tú qué? ¿Acaso te da de comer Dios? ¿Es Dios quien te ha comprado la cama en la que duermes? ¿Dios te da la comida que comes? ¡No! Pues hasta el puto día en que Dios haga todo eso soy yo el que manda en esta maldita casa ¿te enteras maldita zorra? —a Carmen le pasó rozando el plato con la cena que su padre le arrojó a la cabeza. Sara enseguida se agachó a recoger el estropicio— Y tú estate quieta y escúchame mujer, que no sé que coño le estás metiendo a esta niña en la cabeza, pero no consiento estas gilipolleces en mi casa. Mañana a las siete la quiero en pie, se viene a trabajar conmigo, voy a enseñarle yo lo que es la vida y ya veremos si se da cuenta de lo que cuesta poner un plato de comida encima de la mesa.

III

Pasé días encerrada en mi cuarto, iba a la universidad, comía algo allí en la cafetería y luego llegaba a casa, me tiraba en la cama y no quería saber nada de nadie. La lectura de aquel cuaderno me había hecho comprender muchas cosas, y ahora no sabía qué hacer. ¿Acaso toda mi vida había sido una gran mentira?

“Papá” llamó a la puerta de la habitación:

—Elena, ¿vienes a cenar?

—No tengo hambre.

—Hija, tienes que comer algo, he traído un pollo asado, y voy a hacer una ensalada, anda ven, te espero en la cocina.

Como si a él pudiera importarle si comía o dejaba de comer, desde la muerte de mamá no me había preguntado cómo me sentía, o si me iban bien los estudios, él estaba encerrado en su dolor, el de los demás no le interesaba, ni siquiera el mío, aunque sabiendo lo que sabía ahora... ¿Por qué debía molestarse por mi?

Quizá esa noche buscara un enfrentamiento, o dar salida a toda mi rabia, así que me levanté y fui a la cocina, que últimamente lucía descuidada, con los platos fregados apilados sobre una bayeta y las baldosas blancas del suelo con huellas de pisadas.

—¿Vas a molestarte en cocinar algún día? ¿O acaso vamos a hacer un estudio de cuanto dura una persona a base de comer precocinados continuamente? —dije de la forma más hiriente de la que era capaz.

—Lo sé hija, pero estoy haciendo horas extra con el taxi, sin los ingresos de la peluquería mal llegaremos a final de mes si no las hago. Ya me es difícil parar a hacer algunas compras, cuanto más ponerme a cocinar. Además, debería comprar un libro de recetas, de esto se encargaba siempre tu madre —contestó con un tono de tristeza en la voz.

—Vamos, que falta ella y se te viene el mundo encima ¿verdad? Y encima teniendo que cargar conmigo —seguí tentando la suerte esperando a que estallara por algún lado.

Me miró fijamente, como sorprendido, y me dijo:

—No sé que te pasa Elena, sé que la echas de menos, yo también lo paso mal, me cuesta seguir viviendo, pero ahora solo nos tenemos el uno al otro y tenemos que salir adelante, yo con el taxi y tú con los estudios. Para mi nunca has sido una carga, eres mi hija, y tienes tanto derecho como yo a vivir en esta casa.

—¿Tu hija? ¿Seguro? —pregunté sarcásticamente

—Vamos a ver ¿A qué viene eso? —preguntó clavándome una mirada encendida— ¿Se puede saber ocurre?

—Nada, y pensándolo bien, no tengo hambre, me voy a mi cuarto, adiós —Y le dejé solo, en mitad de la cocina, con la ensaladera en la mano, mirándome como a una extraña que acaba de entrar en tu vida, mirándome como a esa desconocida que siempre fui.

La relación entre nosotros no fue mucho mejor los meses siguientes, empecé a salir los fines de semana por las noches, me iba con mi amiga Menchu, a la que había conocido en la facultad, de fiesta en fiesta y acabábamos en alguna discoteca bailando enloquecidas cuando ya era de día. La

mayoría de las veces me quedaba a dormir en su casa, ella era gallega y sus padres le habían alquilado un pequeño apartamento en la zona de Moncloa. El primer fin de semana que me quedé a dormir allí ni siquiera avisé en casa, y cuando regresé el domingo me encontré a la guardia civil esperando, “mi padre” había denunciado mi desaparición. Tras la charla recibida por los agentes, “tienes que llamar a casa” “hay muchos peligros en la noche para chicas tan jóvenes” “bla bla blá”, me enfrenté a la siguiente:

—Elena, esto no puede seguir así, entras y sales de esta casa como si fuera una pensión, no sé donde vas ni con quien andas. Cuando vienes te encierras en tu habitación y casi no me diriges la palabra. Creo que ha llegado el momento de sentarnos a hablar, sé que yo tampoco lo hago todo bien, pero ya casi hace un año que falta mamá, y siento que todo se desmorona. No sé como ayudarte, porque a veces me cuesta ayudarte a mi mismo, pero al menos déjame intentarlo, dime qué necesitas. He pasado un fin de semana que no se lo deseo ni a mi peor enemigo, pensaba que te podía perder a ti también y creí volverme loco. Hija, por favor, intentemos arreglar esto.

—¿Arreglar qué? Se muere mi madre y desapareces de esta casa, todo el día en el taxi, no te veía el pelo. ¿Sabes cómo me siento? Sola, porque me cansé de no tenerte cuando te necesitaba. Pero ahora me da igual, porque lo sé todo, sé por qué no te importo. No me vengas con la charlita de padre perfecto que se preocupa por su hija porque voy a decirte lo que te importo yo a ti: una mierda, eso es lo que te importo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo no vas a importarme? Sé que los primeros meses no actué como debía, pero tu madre era mi mujer, la mujer que amaba, con la que quería pasar toda la vida, con la que quería envejecer, y la fatalidad hizo que eso no pudiera cumplirse, y me sentí desorientado. Lo siento de veras, pero creo que estamos a tiempo de tratar de arreglar las cosas, de intentar comportarnos como una familia normal.

—Comportarnos como una familia, has dado en el clavo papá, tú mismo te delatas, comportarnos, no “ser una familia”. ¿Sabes qué pasa? Ahora mamá no está, ya no hace falta fingir, tú puedes hacer tu vida, que yo haré la mía. En la universidad me va muy bien, así que con suerte en pocos años encontraré un trabajo y podré perderme de vista.

—Por favor, no digas eso, yo no quiero perderte de vista, ya te dije que me volvería loco si te perdiera a ti también.

—Creo que escuchas demasiadas radionovelas en el taxi, a mi estos dramas no me van nada. Me voy a casa de Menchu, creo que pasaré unos días allí, hasta que todo se calme.

—Tú no vas a ningún sitio, ni siquiera conozco a tu amiga, no sé ni donde vive. Además, el martes es tu cumpleaños, y creo que es una fecha que deberíamos pasar juntos. Si no quieres que nos quedemos en casa podemos ir a pasar el fin de semana por ahí, podríamos buscar un hotel rural por Segovia, visitar la ciudad, pasear...

—¿Que no te enteras, que yo no quiero pasear, ni ir contigo a ningún lado, quiero salir con gente de mi edad y divertirme. No pienso pasar mi cumpleaños contigo y tus lamentos. Soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana! —Grité nerviosa. La cercanía del aniversario de la muerte de mi madre venía rondándome la cabeza los últimos días, la imagen del pasillo, de la tarta cayendo, de mi madre muerta en el suelo, como una marioneta a la que le han cortado los hilos y cae en una postura imposible.

Ahí llegó el punto de no retorno, el punto en el que uno deja de querer no discutir y pasa a soltar por la boca cosas que quizá no sienta, o quizá sí, y necesita decir las, herir, lastimar al otro.

Así fue nuestra convivencia durante los dos años siguientes, dos desconocidos que saben de la existencia del otro porque oyen abrir o cerrar una puerta, o porque alguno ha terminado el rollo de papel higiénico y no lo ha repuesto, y el otro llega, lo descubre y maldice ese error como si fuera imperdonable.

Semanalmente él dejaba dinero para mis gastos encima de la mesa del recibidor, cuando necesitaba algo extra para ropa, libros o demás le dejaba una nota con lo que necesitaba y su precio, sin un por favor, sin un gracias, yo creía que estaba en la obligación de dármelo, y él debía pensar lo mismo porque no hubo día siguiente que no estuviese allí la cantidad solicitada.

Dos

A las seis de la mañana Carmen ya estaba en pie preparando el desayuno a su padre. Bien podría haber estado antes, porque no había pegado ojo en toda la noche. Aunque estaba acostumbrada a los gritos y las discusiones esta vez había sido distinto, él había desechado su sueño sin tan siquiera escucharla. Ahora tendría que ir al bar, a trabajar, con él, con su mal humor y su desprecio, día tras día, así que lo mejor era tenerle contento para que no se enfadara mucho con ella.

Puso la mesa, el café, pan tostado, mantequilla, miel y bizcocho. Ella desayunó de pie, en la encimera, para que cuando su padre se levantara estuviera la mesa impecable esperándole.

A las siete en punto entró Fulgencio en la cocina, saludando con un:

—Cámbiate de ropa, no querrás que todos piensen que eres una fulana.

—Sí, padre —respondió Carmen, y subió presurosa a su cuarto a cambiar su camisa blanca y su falda azul por una falda negra y una camisa gris.

Antes de irse cogió uno de los delantales de la cocina, de color oscuro, y salió de la casa tras su padre, que andaba tan rápido que la muchacha se quedaba atrás casi sin aliento.

Los Álamos comenzaba a despertarse, se veía luz en algunas ventanas y algunos vecinos, camino del trabajo, empezaban a ocupar las calles. Al cruzarse saludaban con un movimiento de cabeza, aún tenían el despertar demasiado cercano como para mostrarse más sociables. Pasaron por delante de la panadería, que ya mostraba actividad, eran muchos los clientes madrugadores que pasaban por allí para llevarse el pan tierno para el desayuno, o para hacerse los bocadillos del almuerzo. Allí hicieron una parada para recoger las barras que tenían reservadas cada día. Olía a pan recién hecho y a harina, apetecía quedarse allí y empezar a pellizcar los bollos redondos y crujientes que había en un cesto junto al mostrador, pero tan pronto cargó a su hija con el pedido salieron de nuevo a la calle.

Al llegar al bar, Fulgencio empezó a encender las luces, la televisión, la cafetera, y a colocar las tazas y los platitos para los cafés que se tomarían los primeros clientes. Los taburetes de la barra tenían encima una almohadilla roja que en la mayoría de los casos estaba rota y la espuma, oscurecida por la porquería, se salía por los agujeros. Las mesas y las sillas nunca habían sido cambiadas, desde que las comprase el primer dueño del bar, y cuando alguna se rompía se reparaba de cualquier forma, por lo que muchas tenían el respaldo de diferente color o material, y las patas, con frecuencia, lucían remiendos y vendajes de cinta aislante. Las paredes necesitaban una mano de pintura, y las ventanas no precisaban de cortinas porque el efecto por la suciedad que contenían era traslúcido.

—No te quedes parada, vete a limpiar los baños —gritó el padre a la muchacha.

Con el cubo y las bayetas en la manos se dirigió a la parte trasera del bar, con sólo acercarse ya pudo oler los orines secos de varios días, lo que le produjo arcadas, pero si no quería una buena bronca lo mejor era que empezara a limpiar lo antes posible.

Los baños eran pequeños y estrechos, el de señoras tenía un espejo encima del lavabo y una repisa adornada con un jarrón de flores secas y mugrientas que algún día debieron tener una

tonalidad azulada. Los azulejos, algunos rotos, debían llevar años sin limpiarse. El baño de caballeros era aún peor, el suelo estaba pegajoso y el olor era insoportable, había manchurroneos por todos los sitios, mejor era no pensar de qué podían ser.

Llenó el cubo de agua, añadió jabón y comenzó a limpiar. Puso un tope en la puerta para que se mantuviese abierta y así poder respirar, era la única forma de ventilación posible ya que carecían de ventanas.

Con un cuchillo rascó los pegotes de porquería, y tuvo que utilizar un cepillo para quitar la capa que se había formado sobre las paredes, parecía que aquellos muros se estaban derritiendo, aquellos chorretones caían junto a las gotas de agua grisáceas descubriendo su textura original.

En los primeros años de matrimonio Sara iba a hacer la limpieza del bar, pero con el embarazo dejó de hacerlo, y luego, al no tener con quien dejar primero a la niña y luego a los mellizos fue espaciando sus apariciones hasta hacerlas inexistentes. Así que el local había ido adquiriendo solera con toda la porquería que se iba acumulando, Fulgencio solía pasar un paño húmedo por la barra y las mesas, pero el suelo, las ventanas y los azulejos de las paredes rara vez veían el agua, y cuando sí lo hacían era por encima.

Los clientes, encantados de tener un lugar en el que reunirse con sus amigos, y así escapar unas horas de casa, no parecían dar importancia a la falta de higiene, es más, colaboraban en ello, tirando cosas al suelo y atinando poco en el retrete cuando hacían uso de él.

A las ocho empezaron a llegar los más madrugadores, eran de los habituales, ya que entraban dando los buenos días, se sentaban, y se les ponía directamente el café: con leche, solo, cortado, con gotas, con el trozo de bizcocho que correspondiera ese día y que en la víspera habían preparado en casa Sara y su hija.

Al oír a la gente, Carmen se apresuró a terminar con la limpieza para dejar los baños disponibles, un poco más decentes habían quedado, ya continuaría al día siguiente con lo que quedaba. Se adecentó el pelo y se fue tras la barra a ayudar a su padre, que fulminándola con la mirada le dijo:

—No te quiero aquí, no quiero que andes de cháchara con la gente, aquí estás para tener este bar como un espejo, no para hacer amigos.

No necesitó que se lo repitiera otra vez, se fue hacia el almacén, que no era mucho más agradable que los baños. Consistía en una pequeña habitación abarrotada de botellas, llenas y vacías, papeles apilados encima de una mesa, bolsas llenas de cosas inútiles y estanterías cubiertas de polvo y objetos que llevaban años sin usarse.

Ordenar todo le llevó más de una semana, tiró cosas viejas, organizó la mercancía: los cascos vacíos en un lado y las botellas sin abrir en otro. Colocó las facturas por fecha en una carpeta, limpió los cristales y sacó brillo a las estanterías. Aunque siguiese sin resultar acogedor al menos guardaba un poco de orden.

Cuando pasaron unos días y el local ya estaba adecentado empezó a recepcionar los pedidos: barriles de cerveza, botellas de vino, refrescos, licores, leche, café... Una vez a la semana el camión de Distribuciones La Quintana aparcaba en la parte trasera del bar a descargar lo necesario y a tomar el pedido de la siguiente semana. Y con el camión llegaba Pepe.

IV

Empecé a pasar cada vez más tiempo en casa de Menchu, además de vivir en Madrid y quedarme más cerca de la facultad, la vida con ella era mucho más fácil.

Menchu era simpática y alocada, su 1,55 de estatura se veía compensado por una silueta de formas espectaculares, y una sonrisa que le iluminaba la cara. Tenía el pelo liso y rubio oscuro, unos enormes ojos verdes, que acompañados de los escotes y minifaldas que lucía la convertían en una chica explosiva, y eso siempre nos facilitaba las relaciones con el sector masculino.

Su familia casi no iba a visitarla a Madrid, y ella se marchaba a Galicia en Navidades, verano, y Semana Santa, por lo que disponíamos del apartamento para nosotras solas la mayor parte del tiempo.

Como solo tenía una habitación yo dormía en el sillón cama del salón, quitando primero las montañas de envoltorios y bolsas vacías de patatas fritas y cortezas que íbamos amontonando a lo largo de la tarde, entre el rato de estudio y el de cerveza, porros y risas.

Estudiar estudiábamos, porque Menchu sabía que si no aprobaba se acabaría el suministro de dinero que le mandaban todos los meses, y yo, porque también tenía miedo de que “mi padre” pusiera fin a dejarme los billetes amontonados encima de la mesa de la entrada.

Los fines de semana salíamos toda la noche y dormíamos durante el día, a los porros se unió alguna pastilla que probamos y que nos garantizaba el subidón hasta la hora del desayuno. Nunca nos metimos en ningún problema, aunque aún hoy lo pienso y estuvimos en medio de situaciones complicadas, que si no fue por suerte, fue por la indiferencia de la juventud, que no nos dejó percibir el peligro y nos ayudó a alejarnos de él.

Fueron tiempos de felicidad, de chicos, de noches locas y, por primera vez, después de mucho tiempo dejé de pensar en mi madre todos los días, por primera vez dejé de pensar en aquel cuaderno.

Durante el verano, como Menchu se iba con su familia, mi vida se volvía aburrida y apenas salía de casa. Hasta que empecé a buscar trabajos en prácticas, en el único en que hice algo más que fotocopias y recados para el resto fue en una pequeña editorial. Pagaban poco, pero aprendía cosas nuevas, y el ambiente entre los compañeros era inmejorable. Se dedicaban a publicar libros de Historia, y yo ayudaba al equipo de correctores. Una coma por aquí, un guión por allá, esta frase queda mejor dicha de esta manera, un cambio en la estructura ayudaría en la comprensión... Me gustaba hacer aquello, leer lo que otros escribían, ver como se documentaban, como iba naciendo cada libro.

Alguna tarde, después del trabajo quedaba a tomar unas cervezas con los compañeros, nos reuníamos en un bar cercano y nos echábamos unas risas hablando de cualquier cosa. Unos eran becarios como yo, otros llevaban años trabajando allí, eran de distintos sitios, con distintas vidas, pero hacían que me sintiese a gusto con ellos. Yo trabajaba con ganas, muchas horas, con la esperanza de poder quedarme allí cuando terminara el periodo de aprendizaje, pero no pudo ser, el verano pasó, todo el mundo se reincorporó a sus puestos y mi contrato se terminó.

Mis compañeros me organizaron una cena, bueno, realmente era para todos los becarios, pero me emocioné muchísimo. Entre todos hicieron un fondo para hacernos un regalo a cada uno, a mi

me tocó la última edición del diccionario de la RAE, con una tarjeta firmada por todos deseándome la mayor de las suertes del mundo en la carrera y en mi futuro profesional. Durante la cena recordamos muchos momentos de aquel verano, nos reímos, tomamos mucha cerveza y entonces nos reímos mucho más.

Tras la sobremesa nos fuimos a tomar una copa a uno de los bares de moda. Estaba lleno de chicas guapísimas vestidas a la última moda que rondaban a algunos famosillos que disfrutaban de zonas reservadas dentro del local.

Allí conocí a Ramiro. Era alto, moreno, de ojos castaños con largas pestañas. Cuando sonreía le salían unos hoyuelos en las mejillas que le daban un aire infantil. Su vestimenta era bastante formal para su edad, pero me gustó nada más verle.

Nos presentó Alfredo, el jefe de correctores:

—Elena, este es Ramiro, somos amigos desde pequeños, él es el guapo y yo el simpático —y todos estallamos en una carcajada etílica. Luego Ramiro y yo nos miramos y en ese momento supe que algo acababa de conectar entre nosotros.

—Hola Elena, encantado de conocerte —me dijo dándome dos besos que me hicieron sentir electricidad por todo el cuerpo. Sonrojada le contesté un igualmente tímido y soso, con una voz de mojigata que ni ensayándola me hubiese salido igual.

Creo que no habría podido articular ni una sola palabra más si no llega a ser porque alguien del grupo empezó a decir:

—¡Vamos tropa, cambiamos de garito, que os estáis amuermando!

Ramiro se unió a nosotros, y quedó rezagado hasta quedar a mi paso.

—Así que toda esta celebración es por ti.

—Sí, por mi y por el resto de los becarios. Hoy ha sido el último día de prácticas. Dentro de diez días comienzan otra vez las clases, y con suerte a final de curso me licenciaré.

—Vaya, entonces te toca dejar la vida de adolescente e incorporarte a la vida adulta.

—Bueno, supongo que habrá que ir cambiando cosas, poco a poco, sin prisas.

—¿Ya has pensado qué harás cuando termines?

—Supongo que buscaré trabajo en algún periódico, aunque lo que quiero es escribir, escribir libros, una novela. Tengo historias en la cabeza y me gustaría darles forma, pero primero quiero terminar la carrera, y luego ya se verá.

—Para ser tan joven tienes las cosas muy claras.

—Hoy las tengo claras, mañana no sé lo que la vida me habrá preparado.

—Eso suena muy pesimista —dijo girándose hacia mí.

—Eso suena muy real —contesté sonriendo.

—Aunque pensándolo bien, no siempre es malo lo que la vida te tiene preparado ¿no? Por ejemplo, hoy no iba a salir y de repente me encuentro teniendo una charla de lo más agradable con una preciosa futura escritora.

—¿Siempre eres así de adulador? —pregunté coqueteando.

—Hasta ahora no había tenido oportunidad, acabo de conocerte —tomó mi mano y la besó mirándome fijamente a los ojos, como un caballero de la Edad Media, y yo caí rendida a sus pies.

V

Ramiro y yo comenzamos a vernos a menudo. Estar a su lado era maravilloso, me colmaba de atenciones, de cariño, y me sentía constantemente en una nube. Me sentía maravillada por su modo de vida.

Por aquel entonces yo tenía 22 años, él casi 30. Trabajaba en el despacho de abogados de su familia, donde ya se había hecho respetar ganando casos de lo más complicados.

Vivía en un piso del barrio de Salamanca que, aunque antiguo, estaba decorado con una mezcla de estilos que hacía aquella vivienda lo más acogedor que había visto nunca.

Los fines de semana los pasábamos encerrados en aquella casa, haciendo el amor, viendo películas acurrucados en el sofá, buscando algún establecimiento de comida a domicilio que nos llevase algún plato exótico, o algo rápido a última hora del día. Pasábamos horas hablando, de nosotros, de nuestras fantasías y anhelos, y como no, de nuestro futuro.

Me sentía feliz, tenía un novio guapo, atento y además rico, ya no tenía que andar pidiendo cosas a “mi padre” cada vez que las necesitara, porque Ramiro siempre me decía que no hacía falta que fuera hasta Boadilla, que para eso ya le tenía a él.

Así que las visitas a casa se fueron espaciando cada vez más. Y mi sección de caprichos fue haciéndose cada vez más amplia. Sesiones de masaje, manicura, las peluquerías más caras. Empecé a mirar a la gente por encima del hombro, porque en aquella época me sentía poderosa, cualquier cosa que quisiera solo tenía que dejárselo caer a mi novio, y él me complacía.

A Menchu también dejé de verla fuera de las clases, yo vivía en mi mundo del amor, y todo lo demás sobraba. Cuando me llamaba para quedar le ponía las excusas más estúpidas, si no era yo quien se encontraba mal era Ramiro el que estaba enfermo. O me inventaba una cita con el dentista, el dermatólogo o lo primero que se me venía la cabeza.

No me paré a pensar que todos aquellos fines de semana, en los que le di un no por respuesta, era posible que ella los pasase sola en su apartamento, ya que habíamos sido uña y carne durante aquellos últimos años, amigas para salir y para todas las confidencias, y aunque algunas veces coincidiéramos con algún grupo de conocidos al que nos uníamos siempre éramos las dos juntas las que hacíamos planes, salíamos y llegábamos a su apartamento cuando habían cerrado todos los bares.

No tardé mucho en conocer a la familia de Ramiro, vivían en una gran casa de tres plantas en la zona del Viso, con jardín, piscina, y un garaje para tres vehículos que estaba decorado como si fuera una habitación más. Su madre, Marga, era asidua a fiestas sociales, actos de fundaciones, y compras en la calle Serrano. Era refinada, dulce al hablar y, desde el primer momento, me trató como la madre que a mi me faltaba. Lucía un peinado corto, perfecto para su rostro, y una manicura impecable que acompañaba a las numerosas joyas que colocaba en sus manos. Su talle era algo grueso, pero sabía que atuendos combinar para sacar la mejor imagen posible de sí misma.

Su padre, Manuel, seguía ejerciendo la abogacía como su hijo, era un hombre constantemente sumido en la lectura, ya fuera de temas de trabajo, periódicos, libros, o cualquier cosa que le permitiera informarse, crearse una opinión y defenderla en cualquier conversación. Apenas tenía

pelo, y escondía su mirada tras unas gafas que bajaba hasta la punta de la nariz cuando quería observar algo con atención.

—Elena, cariño, ¿cómo van los estudios? —solía preguntarme Marga cada vez que llegábamos, y después de abrazarme y besarme como si llevásemos décadas sin vernos.

—Bien, gracias, espero terminar en Junio, así durante el verano podré buscar un trabajo.

—Eso sería estupendo, seguro que Manuel conoce a alguien en algún periódico y te puede echar una mano ¿verdad cariño? —y se dirigía a su marido inmerso en la lectura que rara vez contestaba a sus preguntas.

—Gracias, pero no es necesario, seguro que si no es en un sitio es en otro, pero algo encontraré —le dije tratando de salir de aquella situación incómoda.

—Oh querida, empezar no es fácil, créeme, con unas buenas recomendaciones de una familia tan considerada como la nuestra seguro que se te abrirán muchas puertas, y eso es muy importante. Después será cosa tuya demostrar lo que vales, que seguro es muchísimo, pero lo importante es empezar. Pero bueno, ya hablaremos de eso cuando llegue el momento, ahora vamos a tomar el té, tengo unas pastas estupendas que compré en la fiesta benéfica que organiza la señora Torres, ha recaudado un montón de dinero para comprar sillas a unos pobres niños minusválidos, estaba allí la flor y nata de Madrid, tienes que acompañarme alguna vez para que vayan conociéndote, ya verás como te adoran.

Nosotras tomábamos el té en el salón de grandes cortinajes granates, sentadas en unas sillas tapizadas con brocados dorados que parecían pertenecer a la familia desde varias generaciones atrás. Mientras, Ramiro y su padre charlaban de sus cosas. Era el único hijo de la familia, y siempre se lo habían dado todo, estudios en las mejores universidades, el piso en el que casi convivíamos, y sobre todo, un apellido de esos que visten mucho y que precisan de una tarjeta desplegable para ser impresos De los Ríos Valle de la Fresneda-Cirujeda Fernán Santos.

—Siempre he deseado que Ramiro nos presentase a su novia, fíjate, que con sus treinta años eres la primera chica a la que trae a casa. No le digas nada, pero llegué a pensar que era así, ya sabes, un desviado de esos. No porque sea amanerado, no, que mi Ramiro tiene muy buena planta y es así muy serio y muy en su sitio, pero es que como dicen que los hay que no lo parecen... Y claro, tan elegante siempre, y tan bien afeitado, y tan peinado, y esos, ya sabes, siempre van de punta en blanco, y a veces las madres pensamos cosas raras —decía quitándole importancia a lo que acababa de decir—. Debe ser la edad, que ya me pide ser abuela —me guiñaba un ojo—. Pero no, mi Ramiro me ha traído a casa una chica preciosa, no sabes lo contentos que estamos —decía mientras me cogía la mano entre las suyas y la apretaba en señal de aprobación.

—Gracias Marga, yo también estoy encantada con vosotros, y por supuesto con Ramiro, ha dado una estabilidad a mi vida que necesitaba, con él todo es más sencillo.

—Vas a hacerme llorar, que bonito es eso que dices —cogió un pañuelo y se secó la inexistente lágrima de un ojo— ¿Sabes que haremos? Organizaremos una cena para conocer a tu familia, al fin y al cabo es sólo cuestión de tiempo que acabemos todos perteneciendo a la misma.

Se me atragantó el té ante la propuesta

—Es una magnífica idea, pero no sé si será posible, mi padre trabaja muchas horas, además no tengo más familia.

—Cariño, lo sé, y lo siento, sé que perdiste a tu querida mamá, me refería a si querías invitar a alguno de tus abuelos ¿tienes abuelos?

Negué con la cabeza.

—¿Tíos?

Volví a negar.

—Soy una insensata, siento mucho haber propuesto una cosa semejante, no quiero que te apures Elenita, corazón, nosotros seremos tu familia. Y, por supuesto, quiero que invites a tu padre a cenar, queremos que él sepa que también nos tiene y puede contar con nosotros.

Había llegado el momento de despertar del sueño.

Tres

Pepe tenía unos veinte años, era alto y desgarbado, su pelo rizado se le iba pegando a la frente durante la jornada de trabajo por el sudor que destilaba tras cargar y descargar cajas del camión. Sus ojos grises le daban un aire de tristeza eterna que compensaba con una enorme sonrisa de dientes blancos y alineados.

—Buenos días señorita, traigo el pedido de Don Fulgencio ¿dónde lo dejo?

Carmen le indicó el almacén, y fue tras él a ayudarle a descargar cajas del camión.

—No debería cargar con tanto peso, no es un trabajo para una señorita.

—Mi padre quiere que lo haga, y puedo hacer el mismo trabajo que un hombre —contestó molesta, cogiendo una caja de refrescos y llevándola al almacén, no sin esfuerzo.

El muchacho sonrió al verla y pensó en el carácter de la chica, y que algo le venía de su padre. Al llegar con el resto del pedido se sorprendió al ver el orden y la limpieza.

—Vaya, como se nota la mano de una mujer, esto parece otra cosa —soltó un silbido de admiración.

—Mi padre no tiene mucho tiempo, tiene que estar atendiendo a los clientes, así que a partir de ahora yo le echaré una mano con el resto de las cosas.

—Me alegrará verte por aquí.

Carmen se sonrojó y fue a buscar una jarra de agua y un vaso.

—Toma, supongo que tendrás sed, hace calor y estás sudando —llenó el vaso y se lo ofreció al muchacho.

Mientras bebía el agua, Pepe pudo observarla con detenimiento. Era bonita, y bajo ese delantal y esa ropa oscura se adivinaba un cuerpo femenino y esbelto. Su piel era blanca, y contrastaba con un pelo negro azabache que llevaba recogido en una trenza. La vio comprobando la mercancía, contando el número de botellas y tachando de la hoja de pedidos. Después le miró, y al ver que aún no se había marchado empezó a ordenar todo lo recibido en su sitio. Le indicó donde estaban las cajas que podía llevarse, llenas de botellas vacías, él las cargó en el camión y volvió a mirarla antes de irse.

Quizá empezara a desear entregar los pedidos en el bar de Don Fulgencio.

VI

Me salté la última clase para llegar antes a Boadilla, pasé por el supermercado y compré algunas cosas para preparar la cena. Ensalada y chuletillas de cordero con patatas fritas. No tenía mucha idea de cocina, pero todo lo que pudiera prepararse en una sartén con aceite podía hacerlo. Puse un mantel en la pequeña mesa que años atrás solo se usaba para los desayunos —tras la muerte de mi madre jamás volvimos a sentarnos en la mesa del comedor— platos, cubiertos, dos copas, descorché una botella de vino y coloqué unos bollitos de pan en un platito a la izquierda de las copas, como había visto hacer en casa de los padres de Ramiro, y en la mayoría de los restaurantes que frecuentábamos.

Me dispuse a preparar la ensalada cuando oí como se abría y luego cerraba la puerta de entrada:

—Hola, ya estoy en casa —dijo “mi padre” sin demasiado entusiasmo, no teniendo muy claro si había alguien en el interior que fuese a contestar.

—Hola papá, estoy aquí, en la cocina, en unos minutos estará la cena lista.

Su cabeza no tardó en aparecer por el marco de la puerta.

—¿La cena? ¿Qué celebramos? ¿Pasa algo? —preguntó sorprendido.

—Tenemos que hablar papá, sé que no he sido la mejor hija durante los últimos años, pero he madurado, he cambiado y creo que tenemos que sentarnos a aclarar cosas.

—Eso me parece una gran idea —dijo con una sonrisa en la cara— voy a cambiarme, enseguida vuelvo —y desapareció a tiempo de dejarme preparar la carne y las patatas.

Dos extraños sentados en la misma mesa, así es como nos sentíamos. Con silencios cortantes e incómodos. Con un montón de cosas que decirse pero con un miedo atroz a hacerlo. Pero yo tenía un objetivo y debía conseguirlo, así que me comporté al igual que haría Marga, con todo el encanto del que fui capaz.

—Espero que la cena sea de tu gusto, no he tenido tiempo para preparar algo más especial como requiere la ocasión, pero ya tendremos tiempo de repetir esto más veces, ¿verdad?

—Por supuesto hija —sonrió de nuevo— creo que no supimos reponernos juntos a la muerte de tu madre, quizá el taxi no me permitiera tener el horario más adecuado para ejercer de padre, y no supe entenderte, no supe como actuar —bajó la mirada avergonzado por su comportamiento pasado.

Mientras hablaba le observé con detenimiento, parecía rejuvenecido, más relajado y alegre, delante de mí parecía tener a una persona a la que hacía años que no veía. Nuestros encuentros habían sido rápidos, un hola, un adiós, un paso la noche en casa de Menchu, un tengo examen. Pero no habíamos parado a mirarnos, no en los últimos cuatro años, en los que cada uno había tirado hacia delante de su propia vida, de sí mismo, sin ayuda alguna, como arrastrando una penitencia.

—Papá, ahora todo ha pasado, y tenemos que rehacer nuestra familia. Precisamente quería comentarte algo sobre el tema. Salgo con un chico, se llama Ramiro, es abogado, de buena familia, y somos muy felices. Sus padres quieren invitarte a cenar para conoceros, y yo creo que es una gran idea.

—Vaya, mi chica ya es mayor, a tu madre le habría gustado asistir a esa cena —su mirada se

entristeció y dudó por un momento—. Por supuesto que iré hija. Si eso es lo que te hace feliz, me hace feliz a mi también.

—¡Gracias Papá! —bien, primera parte conseguida, tenía dudas sobre si iba a aceptar o no, al fin y al cabo yo no había contado con él para nada desde hacía muchísimo tiempo, puede que aquel hombre no fuese mi padre real, pero era fácil de convencer y estaba dispuesto a complacerme.

La segunda parte consistió en “pulir” un poco su vestuario y sus modales en la mesa, no es que fueran rudos, sino que no eran lo suficientemente refinados como para hacer un buen papel en la mesa De los Ríos Valle de la Fresneda-Cirujeda Fernán Santos.

Las siguientes dos semanas pasamos más tiempo juntos que en los últimos cuatro años, pero el trabajo mereció la pena y mi padre estaba preparado para ir a conocer a la familia de mi novio. Lucía un nuevo corte de pelo, y unas uñas perfectamente arregladas, fuimos a comprar una camisa, pantalones “de marca” y unos zapatos de vestir. Y entre una cosa y otra también tuvimos tiempo de hablar de su trabajo, mis estudios y, como no, de mamá.

Cuando llegó el gran día un compañero le dejó un coche prestado, lo del taxi había preferido obviarlo al hablar con Ramiro y sus padres, simplemente les dije que trabajaba en el sector del transporte.

—No quiero que parezcas mi chofer papá, así que mejor dejamos el taxi en casa y nos vamos en el coche de Rogelio —le dejé caer como quien no quiere la cosa.

Atisbé en su rostro una mueca de desengaño, supongo que por mucho que intentase tratar las cosas con mucho tacto se había dado cuenta de que me avergonzaba de él.

VII

Llegamos a casa de los padres de Ramiro a las ocho en punto, en realidad habíamos aparcado el coche a las siete y media, y estuvimos haciendo tiempo, no quería que la primera impresión que se llevasen de mi familia fuera la de dejadez o mala educación. Yo llevaba un vestidito azul oscuro que Ramiro me había regalado y unos pendientes de perlas. El pelo recogido en un sencillo moño informal. “Papá” llevaba su camisa y sus pantalones nuevos, estaba realmente elegante, si no llega a ser por su perfume que apestaba a barato habría podido, a simple vista, pasar por un empresario del mundo del transporte.

Llamamos a la puerta y en seguida salió Marga a abrir, tenían servicio, pero ella siempre quería dar “un toque personalizado a cada visita”.

—Mi preciosa niña, ya habéis llegado. Y usted será el Señor Castro. Elena querida, no nos habías dicho que tenías un padre tan joven —nos recibió Marga con enorme teatralidad.

—Si señora, encantado de conocerla, y por favor, llámeme José.

—Yo si que estoy encantada de conocerte José, no te importará que nos tuteemos ¿verdad? Si somos casi familia, dejémonos de formalismos, quiero que te sientas como en tu casa —y cogiéndole del brazo le arrastró al interior de la vivienda.

En el salón principal esperaban Ramiro y Manuel, vestidos casi iguales con un pantalón azul y camisas de rayas con sus iniciales grabadas. Marga había preparado hasta el último detalle de la puesta en escena. Había jarrones con rosas blancas y bandejitas estratégicamente colocadas con dulces.

Me adelanté hacia donde estaba mi novio e hice las presentaciones pertinentes, y después todos nos sentamos en el salón donde comenzamos una estúpida charla sobre la buena pareja que hacíamos y lo encantados que estábamos todos de estar por fin juntos.

No podía parar de mirar a “mi padre“, de escuchar cada palabra que decía por miedo a que por su boca saliese algo que estuviera fuera de lugar. No es que fuera un hombre que no supiera comportarse, todo lo contrario, caía bien a todo el mundo por su carácter afable y campechano. Era educado y cortés, pero no dejábamos de ser humilde gente de barrio al lado de una familia que disponía de todo tipo de privilegios, y aunque yo casi me sintiera uno de ellos, seguía temiendo al rechazo.

Tras una copa de vino de aperitivo pasamos al comedor, donde un centro de flores y frutas adornaba la enorme mesa en la que íbamos a cenar. En el techo, sobre la mesa, una lámpara de araña con multitud de cristales iluminaba el escenario.

Sirvieron Vichyssoise y mero al horno. De postre una tarta de fresas con nata de una prestigiosa confitería de la ciudad. Todo delicioso y en su punto.

La conversación giró en torno a la placentera cena y la magnífica decoración de la casa, con lo que Marga se sintió adulada y por lo tanto pletórica, tanto, que mandó servir los cafés en la misma mesa para seguir la sobremesa, acompañada de todo tipo de licores.

—Seguro que te sientes muy orgulloso de Elena, es una chica muy especial, Manuel y yo la queremos muchísimo, ¿verdad cariño? —dijo la madre de Ramiro mientras su marido asentía sin

mucho interés, como acostumbraba a hacer.

—Por supuesto, Elena es lo mejor que tengo, tras fallecer mi esposa tuvimos una época un poco complicada, pero ahora lo hemos solucionado, es una mujer inteligente, independiente y, bueno, salta a la vista que heredó la estupenda genética de su madre —rió más fruto de los efectos del alcohol que de su propia ocurrencia.

—Es normal que tras una desgracia como la que os tocó vivir pasaseis por momentos delicados... —comenzó a decir Ramiro.

—Lo peor —le cortó “mi padre”— eran aquellos infernales horarios con el taxi, casi no podía estar con ella.

En ese momento se hizo un silencio incómodo, noté como mi cara ardía de la vergüenza, y mi padre, aunque ligeramente achispado, se dio cuenta de su error y me miró diciéndome “lo siento” con los ojos.

Ramiro me miró, después miró a mi padre, y dándose cuenta de mi malestar dijo:

—Fuera como fuese, lo que queda claro es que tienes una hija maravillosa, para mi es la más maravillosa, sino no estaría tan enamorado de ella, y ya que estamos aquí todos, y con tu permiso José, creo que es un buen momento para esto —Ramiro se levantó de la silla, se acercó a mi lado, y poniendo una rodilla en el suelo dijo— Elena Castro ¿quieres casarte conmigo?

Cuatro

Los días en el bar no eran tan terribles como Carmen había creído al principio, llegaba, limpiaba, organizaba el almacén, y cada cierto tiempo iba a recoger vasos y tazas sucias, las lavaba y las ordenaba en su sitio. Procuraba mantenerse lo más alejada posible de la mirada de su padre, que o bien charlaba con alguno de los clientes, o se fumaba un puro detrás de la barra mientras miraba la televisión. Últimamente la dejaba ir a recoger las mesas, y alguna vez intercambiaba algunas palabras con los clientes.

—¿Cómo se encuentra su señora Don Víctor?

—Bien hija bien, ya sabes, achaques de la edad, un día nos duele y al siguiente también, pero vamos tirando. Dale las gracias a tu madre por el bizcocho que nos mandó el otro día por los mellizos, dile que en cuanto Adela se recupere pasará a verla y le dará las gracias personalmente.

—Se lo diré de su parte, ahora le dejo que todavía me queda faena.

—Una chiquilla como tú lo que tiene que hacer es buscarse un buen marido, y dedicarse a cuidarle a él y a una prole de críos, que eso es lo que da alegría. Un bar de pueblo no es sitio para ti, te lo digo yo, que si tuviese tus años ya te habría invitado al baile —dijo el anciano con una enorme sonrisa en la que faltaban varias piezas.

Don Fulgencio miraba de reojo, no le gustaban ese tipo de bromas con su hija, ella se casaría cuando él quisiera, y si el candidato le convencía. De momento le estaba viniendo bien que le ayudase en el bar, aunque nunca lo admitiría, estaba mucho más limpio y acogedor, y buscar cualquier cosa en el almacén no suponía perder la mañana.

La chica tenía un increíble parecido con su tía María, piernas largas, cintura estrecha, la piel blanca como la leche y el pelo negro, con unas ondas que se mecían a cada paso que daba. María, cuanto había llegado a echarla de menos, aquellos paseos por los alrededores del pueblo, los bailes con la orquesta, los besos a escondidas en el rincón más oscuro del parque, era tan hermosa...

No tardó en aceptar cuando la invitó a salir, pero siempre exigía más, todo era poco para ella, y él estaba dispuesto a dárselo, porque para él ella era todo. Cambió su vida, su trabajo, mejoró, se compró ropa nueva, le dedicó las más bellas palabras de amor, la quiso, desde el primer momento. Y ella, para ella sólo fue un pasatiempo, no dudó en cambiarle por el primer señorito andaluz que pasó por el pueblo y que seguro le daría una vida con más lujos de los que ahora disponía Sara.

Al fin y al cabo quedarse con Sara no había sido mala idea, era trabajadora y buena madre, en el pueblo todos la querían, y cuando llegaba la noche no se negaba a sus requerimientos, pero esa

niña, esa niña no le dejaba olvidar, la veía provocando a los hombres igual que había hecho su tía, y no, no dejaría que en su casa viviera una fulana.

Carmen se encontraba en la pequeña cocina de la que disponía el bar, y que también limpió y arregló con mimo. El horno funcionaba perfectamente, puede que nunca antes lo hubieran usado más que como armario para sartenes y tarros con aceite de fritura, así que por las tardes hacía galletas, pastas y bizcochos. A veces preparaba empanadas y tortillas, con lo que el establecimiento empezó a estar más animado a media mañana, y a tener una clientela más variada.

Don Raimundo, cliente habitual, entró por la puerta con Vicente y se sentaron en una mesa. A Vicente le habían abandonado de niño en el altar de la iglesia, y Eugenia, la mujer que por entonces se ocupaba de la parroquia y de la casa del cura, lo encontró y lo crió como si fuera suyo. Nadie reclamó a aquel niño, y ni en Los Álamos, ni en toda la comarca se supo de alguna mujer recién parida que no tuviera a su pequeño con ella.

Eugenia había muerto hacía unos años, y el muchacho había adoptado sus funciones, aunque estaba claro que la cocina no era lo suyo, pero mantenía los espacios limpios y ordenados. No era mal chico, simplemente seguía siendo como un niño, a pesar de tener casi veinte años. Tenía el pelo lacio, casi siempre le caía sobre los ojos, y al hablar con alguien solía apartarlo con las dos manos hacia los lados, como si fuera una cortinilla, lo que hacía que los niños bromearan con él y le hicieran comentarios, a veces de mal gusto.

Don Raimundo llevaba diez años en el pueblo, se había encariñado con Vicente y le llevaba a todas partes como si de un hijo se tratase.

Otra de las historias que se contaban por aquellos lares, pero que resultaba menos creíble, es que Vicente era el hijo de Don Raimundo y una monja, que le habían dejado en esa iglesia porque sabían que Raimundo no tardaría en ir allí a trabajar y que podría cuidar personalmente a su hijo. Pero como en todos los sitios donde todos se conocen, a veces la fantasía forma parte del entretenimiento en las charlas para salir de la rutina.

Cada mañana el cura y el muchacho iban a tomar el café, y un trozo de bizcocho o de tortilla si estaba recién preparada. Siempre se sentaban en la misma mesa, y mientras el cura ojeaba el periódico Vicente observaba todo, lo que pasaba dentro y fuera del bar, y sobre todo cada movimiento que hacía Carmen. La conocía desde niña, cuando iba con su enorme sonrisa y sus coletas de la mano de su madre a la iglesia a misa de siete. Él le hacía muecas desde su sitio y la niña se reía, a veces tanto que algún coscorrón de su madre se había llevado. Luego fue creciendo y se convirtió en una hermosa jovencita, él solía compararla con las imágenes de las vírgenes que colgaban en la Iglesia, tan blanca, tan pura, tan dulce. Y le dolía verla trabajar así, con su delantal

sucio de tanto limpiar y las manos enrojecidas por los detergentes.

Algún día él tendría dinero y le pediría que fuera su esposa, algún día se irían de aquel pueblo donde nadie sabría que él era Vicente, el abandonado en la iglesia, el criado por los curas y sus criadas, algún día él sería alguien, compraría una casa para Carmen y la trataría como una princesa, la adoraría como a las vírgenes de la iglesia y ella cocinaría para él esos ricos bizcochos, y las deliciosas tortillas, y serían felices, tan felices que nunca querrían volver a Los Álamos.

VIII

¡Prometida, estaba prometida! Con el hombre más maravilloso y guapo, con el más cariñoso, con el que iba a ser el padre de mis hijos. Sí, Ramiro quería que yo fuese su esposa, y yo quería que él fuera mi marido. No podía haber nada mejor en el mundo que aquella sensación de plenitud que sentía.

La noticia casi logra el desmayo de Marga, y Manuel simplemente se quitó las gafas y se las limpió, como buscando un momento para pensar, o tratando de encontrar algo en lo que apoyarse para mantener un silencio necesario.

“Mi padre“, aún aturdido por su metedura de pata solo dijo:

—Bueno, entonces creo que tendré que daros la enhorabuena —y tras dar la mano a Ramiro se estrecharon en un abrazo con el que soltó un suspiro largo, profundo, desde el dolor. No sé si en esos momentos se acordaba de mamá, o es que la noticia había sido demasiado imprevista como para aceptarla con alegría sincera.

—Una boda —articulaba Marga a duras penas— una boda conlleva mucho trabajo. ¿Estás seguro de esto?

—Mamá —la tranquilizó Ramiro— no será ahora mismo, será en unos meses, o quizá en un año. Es mejor que Elena termine sus estudios y entonces ya podrá dedicarse a preparar la boda, por supuesto que espero que la ayudes en todo lo que puedas, eres la mejor organizadora de eventos que conozco, y seguro que te esmerarás al máximo en la boda de tu único hijo ¿verdad? —la besó en la frente.

—Oh cariño, me emociona tanto que me pidas eso, por supuesto que os ayudaré, haré lo que sea necesario, buscaré a los mejores músicos, flores, un lugar adecuado para la recepción. Ah, y habrá que hacer una lista de invitados, hay tanta gente a la que invitar... y los pajes y las damitas de honor, tengo que pensar en quienes serán, tengo tanto trabajo que hacer... en ese momento se dio cuenta de su ensimismamiento y se levantó a abrazarme—. Hija mía, no sabes lo feliz que me hace esta noticia, vas a ser la novia más guapa de las revistas del corazón, de eso me encargo yo —y secándose una falsa lágrima fue a resguardarse entre los brazos de su marido como un animal herido.

El camino de vuelta a casa fue silencioso, yo fantaseaba con mi futura boda, y “mi padre” conducía pensativo. Otro suspiro, un semáforo que casi nos saltamos, suspiro, pitada de otro coche por nuestra lentitud, suspiro.

—Papá ¿Qué es lo que te pasa?

—Elena, estoy muy contento por ti, por vosotros, pero ¿no crees que es demasiado pronto? Eres muy joven, tienes 22 años, las chicas hoy en día tardan más en casarse, primero buscan un trabajo, su independencia, y luego ya viene el matrimonio y los hijos.

—Espero terminar la carrera ahora en junio, después buscaré trabajo, y te prometo que hasta que no esté trabajando no se marcará la fecha de la boda ¿contento?

—Yo estoy contento si tú lo estás, sólo me preocupa lo que dure esa felicidad, el matrimonio es algo estupendo, pero también difícil, y no quiero que te precipites.

—Ramiro es maravilloso, sus padres me quieren, ya lo has visto, aunque por un momento pensé que nos iban a echar de aquella casa, con lo del taxi...

Nos quedamos en silencio y, de repente, estallamos en una gran carcajada, nos reímos de las caras que había puesto Marga, y de lo adecuada que había sido la petición de su novio en ese momento.

—¿Te imaginas que nos echan? —bromeaba José.

—Os pediré un taxi ja, ja, ja.

—Gracias, pero ya tengo uno ja, ja, ja.

Nos reímos hasta llegar a casa, y ya allí, abrimos una botella de vino y seguimos bebiendo y haciendo bromas sobre la cena en casa De Los Ríos Valle de la Fresneda-Cirujeda Fernán Santos hasta bien entrada la noche. Fueron horas realmente divertidas. Era agradable volver a estar en casa. En esos momentos deseaba no haber leído jamás las páginas del cuaderno de mi madre.

VIII

Terminé la carrera según lo previsto, y como regalo por mi licenciatura Ramiro me llevó de vacaciones al Caribe. Nos alojamos en un resort de lujo situado sobre una playa de arena blanca y aguas cristalinas, nuestra suite era más grande que la casa de Boadilla entera: pantallas de plasma, jacuzzi, una enorme terraza con vistas al mar, servicio de mayordomo... Todo lo que antes envidiaba en las películas, y en los reportajes de los famosos que leía en las revistas de la peluquería, ahora lo estaba viviendo en persona.

La mayoría de los días pedíamos que nos sirvieran el desayuno en la habitación, y ataviados con nuestros respectivos albornoces, cortesía del hotel, nos sentábamos en la terraza a disfrutar del paisaje y de aquel clima, que a esas horas era de lo más agradable. Luego íbamos a la playa, a la piscina, o a hacer alguna excursión. También di algunas clases de buceo, y pude sumergirme en el mar a ver los corales y los peces tropicales.

—Esto es el paraíso —repetía a mi novio una y otra vez.

—Pues ya verás lo que te espera en la luna de miel, será una sorpresa, hasta que no estés en el avión no sabrás a donde vamos.

—Dame alguna pista por favor —insistía melosamente.

—No, ese es mi regalo, y es un secreto. No se lo he contado ni a mis padres, por si acaso se le escapa algo. Quiero que sea perfecto, y estoy seguro de que va a encantarte.

—Y hablando de boda, ¿has pensado ya en la fecha?

—¿Qué te parece si hablamos de ello hoy durante la cena? —me pasó la mano por encima de los hombros y seguimos paseando.

—Vale, hablaremos esta noche, es que estoy tan nerviosa, mi vida ha cambiado tanto. A veces tengo miedo de despertar y que todo sea un sueño, y todo gracias a ti Ramiro, que suerte he tenido al conocerte.

—Los dos hemos tenido suerte de conocernos ¿has pensado alguna vez en la cantidad de gente que nunca llegará a conocer a su pareja ideal? Muchos terminarán casándose con quien más les llene, pero sin saber que hay alguien más por ahí que les complementa perfectamente.

—Bueno, no creo que nosotros nos complementemos perfectamente, pero de lo que sí estoy segura es que no hay nadie en el resto del mundo con quien quiera compartir mi vida más que contigo.

—Eso se merece un beso.

—Mmmm, esperaba que se mereciera algo más —y nos fuimos a nuestra habitación a disfrutar el uno del otro.

Sobre las siete de la tarde Ramiro se levantó de la cama y se dio una ducha.

—Tengo que salir un momento a hacer algunas llamadas. Ponte guapa, en una hora más o menos paso a recogerte y nos vamos a cenar —me dio un beso suave en los labios, y su pelo aún mojado me dejó el olor de su jabón.

Aún me quedé un rato más acurrucada entre las sábanas, recreándome en mi felicidad, en estar en ese hotel fantástico de aquel paraíso, con mi maravilloso novio. Me acordé de Menchu y me apeteció llamarla, nuestra relación se había enfriado un poco, porque desde que estaba con

Ramiro no dedicaba tiempo a nadie más. Ya la llamaría al volver a Madrid, tampoco era cuestión de restregarle por la cara las vacaciones que nos estábamos pegando. Además, cuando hablara con ella ya tendría la fecha de la boda y podría invitarla. Seguro que se sorprendería muchísimo, y me envidiaría aún más. ¿Quién no desearía ser la flamante esposa de Ramiro de los Ríos Valle de la Fresneda-Cirujeda Fernán Santos?

Cuando me obligué a levantarme fui llenando de agua el jacuzzi, aunque para esas cosas se suponía que tenía que llamar al mayordomo, pero aún no me había acostumbrado a ese tipo de servicios. Me di un relajante baño de espuma, mientras escuchaba un poco de música, y pensé en el ritual de belleza que comenzaría a continuación para estar perfecta, aunque bien pensado con la piel bronceada no necesitaba más que un poco de máscara de pestañas y brillo labial para estar resplandeciente.

Me miré en el espejo, realmente no estaba nada mal, había heredado la espléndida silueta de mi madre, y aunque no era tan guapa como ella sabía que resultaba muy atractiva y sensual a los hombres.

Tras el baño me tomé mi tiempo para echarme todo tipo de aceites y cremas que nos habían dejado en una cestita en el baño. Después me recogí mi rizado pelo negro en un moño desenfadado, haber crecido en una peluquería da tablas en ciertas cosas. Me maquillé ligeramente y me puse un vestidito corto rojo, con unas sandalias altas de pedrería que había comprado el día anterior en una de las boutiques del hotel. El resultado era más que aceptable, me sentía espectacular. Y así me lo hizo saber mi prometido en cuanto regresó a la habitación.

—Estas preciosa, qué digo preciosa, estás arrebatadora —me dijo asombrado nada más verme y antes de besarme apasionadamente.

—Para, sino no iremos nunca a cenar ¿no has tenido bastante esta tarde?

—Contigo nunca tengo bastante, ya lo sabes —Siguió besándome y acariciándome hasta que me puse seria.

—Cariño, luego, sino voy a terminar hecha un cuadro.

—Tienes razón —dijo contrariado—. Ahora vamos —y cogiéndome por la cintura nos dirigimos a uno de los bares del hotel donde tomamos un aperitivo.

A las nueve en punto entrábamos por la puerta del restaurante donde Ramiro se había encargado de reservar la mesa. Era una estancia preciosa, adornada con cuadros de corazones de cristal rojos con hojas negras que simulaban ramos de flores. La iluminación se centraba en los cuadros, y cada mesa, con un pequeño centro de flores de cristal tenía la penumbra adecuada para conseguir el entorno más romántico posible.

El maitre nos acompañó hasta nuestra mesa, dispuesta en un lateral desde el cual podíamos ver el mar.

—Nunca había estado en un restaurante tan bonito. Me apetece sacar la cámara y empezar a hacer fotos a cada esquina para poder recordarlo luego —dije entusiasmada.

—Mejor lo vives y lo guardas en la memoria, esos son los mejores recuerdos.

—Tienes razón, y además no pareceré una turista desquiciada.

—Eso también es importante —me guiñó un ojo riéndose y nos pusimos a leer el contenido de la carta—. Pedimos langosta y champán. Todo estaba en su punto, y según bajaba la botella más eufórica me sentía.

—¿Estás tratando de emborracharme?

—Creo que a estas alturas ya no es necesario.

—Depende de lo que me propongas.

—Hablando de proposiciones, la última fue un poco apresurada.

—¿Me estás queriendo decir que te echas atrás? —dije riéndome bajo los efectos del champán.

—Todo lo contrario cariño, pero creo que hay que hacer las cosas bien —en ese momento uno de los camareros se acercó con una bandeja, y depositó frente a mí un plato, con un pequeño pastel de chocolate, adornado con pequeñas flores de colores, entre las cuales destacaba un anillo con una piedra que relucía aún más que las de los cristales que adornaban el restaurante.

—¡Oh! Es precioso, gracias, gracias, gracias —y le abracé con tanto ímpetu que casi me llevo por el camino el mantel con todo lo que tenía encima.

—Supongo que eso sigue siendo un sí —rió divertido por mi reacción.

—Sí, claro que sí. Me casaré contigo y te haré el hombre más feliz del mundo.

Nos besamos, limpiamos el anillo, me lo puso en el dedo, y volvimos a besarnos. Me sentía la protagonista de una de esas series de amor y lujo que tantas veces habíamos comentado en la peluquería con las clientas. No podía pedir más.

IX

Fijamos la boda para la primavera siguiente. Nos casaríamos en el mes de abril, en una finca que la familia de Ramiro tenía cerca del Escorial.

En cuanto regresamos a Madrid y Marga tuvo confirmada la fecha comenzó a desplegar sus dotes organizativas y en menos de una semana ya teníamos un listado de floristerías, decoradores, catering, posibles modistos para mi vestido y cuartetos de cuerda para amenizar el banquete.

Como yo no tenía ni sus contactos ni su dinero dejé que llevara la voz cantante y fuera preparando todo, y me centré en la búsqueda de empleo. Preparé mi currículum, me apunté a varias Web donde las empresas ofertaban trabajo y comencé a leer todos los anuncios en los periódicos tratando de encontrar algo que se adecuara a mi preparación, pero no surgió nada.

Manuel, viendo que comenzaba a desesperarme llamó a un amigo suyo que editaba una revista que se enviaba mensualmente a los clientes de una tarjeta de crédito de lujo, Diamond Life, que publicaba contenidos destinados a las personas más ricas del país.

No precisé ni entrevista, cuando el señor Carreras me recibió para conocerme el puesto ya era mío.

Pablo Carreras debía rondar los cuarenta años, y tenía ese aire de triunfador que se respira en cada detalle: su traje, su reloj, los complementos que había encima de la mesa de su despacho... Su pelo engominado y peinado hacia atrás le daban una apariencia de gigoló desfasado, de esos que te sonríen queriéndote decir “aquí me tienes nena”, pensando que vas a caer rendida a sus pies. No solo dirigía aquella revista, sino que pertenecía a una de las familias más ricas de la ciudad, y sus contactos entre la gente pudiente eran más que evidentes. Así había creado Diamond Life, basándose en todo aquello que los de su clase disfrutaban cotidianamente y el resto de la humanidad suspiraba al ver.

Nuestro encuentro fue breve, me preguntó por mi futuro suegro y por Marga, me felicitó por mi futura boda con Ramiro y presumió de todos los amigos comunes que tenían y que indicaban la pertenencia a una clase social superior.

Comencé a trabajar como redactora júnior a la semana siguiente.

Las oficinas se encontraban en la primera planta de un edificio de la calle Serrano, contaba con unos pocos despachos, una sala de reuniones y una gran sala común donde trabajábamos la mayor parte de los empleados: redactores, correctores, fotógrafos, maquetadores... Mi trabajo consistía en hacer reportajes sobre hoteles de lujo, coches de lujo, restaurantes de lujo, entrevistas a gente poderosa, y aquello me encantaba. Tanto entrevistaba a un conocido empresario como escribía sobre la última exposición de alguna galería de arte. Visitaba hoteles de cinco estrellas por Madrid, los viajes a hoteles más lejanos estaban reservados a personas más veteranas en la revista o se preparaban los reportajes por correo electrónico, con intercambios de información y fotos. Empecé a conocer productos delicatessen de los que jamás había oído hablar, y a recibir muestras de cosméticos de las firmas más importantes. Todos querían aparecer en nuestra revista, porque sus lectores podían pagarse cualquier capricho.

A pesar de estar todo el día rodeada de tanta ostentación mi salario era bajo, pero si en algo

ganaba de verdad era en experiencia. Mi jefa, Silvia, aunque no pasaba a menudo por la oficina, se preocupaba en darme algunos consejos de la profesión, me enseñaba sus trucos, y leía con atención mi trabajo corrigiéndome en todo lo necesario.

Silvia debía tener algo más de 40 años, era alta, estilizada, elegante y a mi me parecía guapísima. Llevaba el pelo rubio, media melena en ondas, que le daban un aire a Marlene Dietrich. Su ropa era increíble, siempre iba impecable, se notaba que las mejores firmas la invitaban a sus desfiles y le hacían regalos. Tenía un fuerte carácter pero se desenvolvía entre la flor y nata de la sociedad con la mayor facilidad que yo había podido ver. Saludaba, sonreía, preguntaba por los colegios de los hijos, por la marcha de los negocios, alababa la chaqueta o el peinado de ellas, o ensalzaba la mente para los negocios de ellos, sabía como agradar, y como dejarse las puertas abiertas para lo que pudiera necesitar.

Siempre fue amable conmigo, yo la admiraba muchísimo y absorbía todos los conocimientos que me mostraba. Muchas veces me invitaba a comer, o dejaba que la acompañara a hacer alguna de sus entrevistas. Así fue surgiendo la amistad entre nosotras, y una confianza que nos llevó a hablar de asuntos más personales.

Durante un almuerzo me confesó que era la ex cuñada de Pablo, y que con tal de no cruzarse con él prefería pasarse el día en la calle haciendo reportajes, la mayoría de las veces hasta los redactaba desde casa, y él no se oponía a que trabajara como quisiera siempre que entregara a tiempo.

—Mi hermana sabía que era una cornuda, lo sabía hacía tiempo, pero le daba igual, mientras nadie se enterase claro. Vive en un chalet a todo confort, sus hijos van a los mejores colegios y tiene un armario que ya quisieran muchas famosas. Pero en una ocasión Carreras se lió con una americana que vino a hacer las prácticas a la revista, era la hija de uno de los principales anunciantes, y claro, la chica era un bellezón, así que no dudó en exhibirla por algunos sitios de Madrid frecuentados también por conocidos. En pocos días eran la comidilla de todo el mundo, mi hermana vino a la oficina y les montó un escándalo, los que estábamos allí preferíamos no haberlo presenciado. Como resultado la chica regresó a su país, supongo que para evitar el jaleo y que su padre se enterara, pero aquí se siguió hablando del tema. Se separaron a las pocas semanas, ella se quedó con la casa, el coche, los hijos, y una buena paga todos los meses, y él se alquiló un piso cerca de la oficina que pocas mujeres de Madrid no conocen —me dijo haciendo una mueca de resignación—. Yo fui parte del trato. Así que trabajo, cobro y ya está. Evito meterme en problemas. Conozco sus andanzas, pero ¿quién no las conoce?

—No te sientes muy cómoda aquí ¿verdad?

—Me gusta el trabajo, a quién no le gusta viajar conociendo todo el lujo que existe —me contestó con una gran sonrisa mientras controlaba su impecable manicura— en los hoteles nos tratan de maravilla, por no hablar de los restaurantes, bueno, eso ya lo habrás comprobado. No creo que pudiera permitirme conocer todos esos sitios si no fuera por la revista. Y sé que Carreras sigue contando conmigo, le traigo propuestas que le gustan y que, sobre todo, gustan a nuestros lectores, así que mientras no me meta en su vida no hay problema.

—¿Y tu hermana?

—Mi hermana pensaba que sería su correo informativo, que le iría contando cada movimiento de su ex, y aunque al principio algo le contaba, viendo que sufría con ello, dejé de hacerlo. Por eso paso poco por aquí, cuanto menos sepa mejor.

—Es una postura inteligente.

—No, es una postura de supervivencia, no me veo trabajando en otra cosa, y las revistas de la competencia no llegan a los talones de la nuestra. Sé que podría buscarme algo en otra editorial, pero me he acomodado.

Por cierto, quería comentarte que en breve estaré unas semanas de baja, y tengo que buscar una sustituta. Dejo el trabajo de los siguientes números adelantado, pero por si acaso quiero a alguien para que vaya tocando unos contactos para el número de diciembre.

—Espero que no sea nada importante. Sabes que te ayudaré en lo que necesites —le dije sinceramente.

—Es una intervención sin importancia, pero requiere reposo. En cuanto al trabajo ya lo he repartido y parte te tocará a ti, pero necesitarás ayuda. Necesitamos a alguien como tú, que trabaje con ganas y que no nos pida más de lo que podemos pagarle.

—Creo que tengo a esa persona.

Cinco

El camión de reparto llegó temprano, ya estaba aparcado en la parte trasera del bar cuando Carmen y su padre llegaron a abrir.

—Te vas a quedar congelado muchacho —gritó Fulgencio a Pepe al ver como frotaba sus manos intentando entrar en calor.

—Este tiempo nos va a volver locos —contestó el chico— ayer tenía que llevar las ventanillas del camión bajadas por el calor y hoy mire como estamos, para quedarse en casa metidos en la cama.

—Eso es para los vagos —rió Fulgencio— nadie va a pagarte un sueldo por quedarte zanganeando todo el día. Anda, descarga esas cajas y pasa a tomar un café, te ayudará a templarte. ¡Niña ayúdale! Que pareces un cachorro toda encogida, en cuanto te muevas se te quitará el frío —dijo a Carmen, y se dirigió a encender la cafetera.

Comenzaron a descargar el camión y a colocar las cajas en el almacén. Pepe no podía dejar de mirar a Carmen. Cada vez que llegaba a entregar un pedido más le gustaba, su timidez, sus ojos negros, y ese genio que le salía de vez en cuando.

—Tienes cara de cansada ¿has dormido bien? —le preguntó para romper el hielo.

—No muy bien, cada vez hay más trabajo en el bar y luego, en casa, hay mucho que hacer, así que cuando me acuesto estoy agotada y no consigo conciliar el sueño, y cuando por fin me duermo suena el maldito despertador y vuelta a empezar, todos los días lo mismo.

—Vaya, parece que el trabajo en el bar no está resultando muy placentero.

—Nunca me ha gustado, mi padre me hizo venir aquí como castigo.

—¿Castigo? No tienes pinta de ser una hija descarriada —se mofó el muchacho.

—Y no lo soy —dijo Carmen a la defensiva— solo que mi padre no quiere para mí lo que yo quiero.

—¿Y puedo saber qué es lo que tú quieres?

—Quiero estudiar, quiero hacer cosas, viajar, vivir tranquila, sin que nadie me esté mandando todo el día que limpie esto y lo otro, que haga la colada, que sea discreta, educada, obediente, trabajadora —dijo con rabia.

—A veces los padres tienen miedo por sus hijos, temen que no acaben sus vidas felices, eso es todo.

—Claro, la felicidad consiste en ser la chacha de todos. Primero lo fue mi madre y ahora que ya tengo mi formación de chacha podré seguir siéndolo yo. Después, si llego a casarme, seré la chacha de mi marido y de mis hijos, pero no puedo hacer nada más.

—¿Y qué te gustaría estudiar?

—No lo sé, me gustaría saber de todo: historia, arte, quiero saber por qué las cosas funcionan como funcionan, creo que eso me ayudaría a ser libre.

—Mandarte a estudiar costaría a tus padres mucho dinero ¿no te has parado a pensarlo?

—Sí, claro que lo había pensado, por eso propuse lo del convento —se calló antes de continuar, avergonzándose un poco por su confesión.

—¿Convento? ¿Querías entrar en un convento? —Pepe no pudo más y estalló en una carcajada que retumbó en las paredes del almacén.

Ella se ruborizó y de buena gana le habría sacudido, pero la voz de Fulgencio se adelantó:

—¡Chico, aquí tienes el café, se está enfriando! Estos jóvenes de hoy en día solo piensan en fiestas y en risas, a vosotros os voy a decir yo lo que es trabajar.

Pepe fue a tomarse el café, estuvo un rato charlando con Don Fulgencio y comentándole algunas ofertas que tendría disponibles para su siguiente pedido. El bar estaba tranquilo.

Carmen observaba desde la cocina, ese muchacho era un descarado, cómo se había atrevido a reírse de ella... ¿Acaso él no tenía aspiraciones? ¿O pensaba pasarse la vida repartiendo bebidas por los bares? A lo mejor eso era lo que le gustaba a todos los hombres, andar de bar en bar, y terminar apestando a alcohol, como su padre. Cuanto más lo pensaba más se enfadaba con ella misma. ¿Por qué no era capaz de salir de aquella vida? ¿Cómo podría dejar ese pueblo atrás?

Comenzaron a llegar los primeros clientes a desayunar, Pepe agradeció el café y se despidió de Fulgencio, luego pasó por la cocina.

—Perdona por reírme de lo que me has contado, pero no puedo entender que quieras hacerte monja a cambio de estudiar. Si quieres saber más siempre puedes hacerlo por tu cuenta, en la biblioteca hay libros maravillosos, no creo que pase nada porque los leas en tus ratos libres.

—Para eso hay que tener ratos libres —murmuró la joven— pero gracias, se aceptan tus disculpas, ahora, si no te importa, tengo que preparar unas tortillas.

Pepe la miró mientras comenzaba a pelar las patatas, algún día él conseguiría hacerla feliz, aún no sabía como, pero lograría que se enamorase de él. Se fue hacia su camión, cerró la compuerta trasera y siguió con su trabajo.

Aunque no estaba enfadada con Pepe, Carmen se había puesto de mal humor con la conversación, qué fácil se veía todo desde afuera, si no tenía tiempo apenas para dormir, cómo iba a ponerse a estudiar. Tan ensimismada estaba que se cortó un dedo con el cuchillo y la sangre empezó a frotar por encima de las patatas y los huevos batidos.

—¡Ay! —se envolvió el dedo con la tela del mandil.

Vicente que acababa de entrar con el cura en el bar se acercó a la barra a ver qué pasaba, en el mismo momento que Fulgencio atravesaba la puerta de la cocina.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó mirando primero a su hija y después a las patatas ensangrentadas.

—Yo... —no tuvo tiempo de continuar cuando la mano de su padre ya se había estrellado contra su cara.

—¿Tú? ¡Tú eres una estúpida! Además de pasarte el día vagueando y tonteando con el que se te ponga delante ahora vas y destrozadas las tortillas. ¿Crees que nos sobra el dinero para andar tirando esas patatas? ¿Y los huevos? ¿Sabes al precio que están los huevos?

—Lo siento —lloraba la joven, mientras trataba de parar la hemorragia envolviendo el dedo dentro de su mandil.

—¡No sirves para nada! Piérdete de mi vista en lo que queda de día, porque como te vea te voy a deformar la cara a guantazos.

Carmen se fue de la cocina y salió a la calle por la puerta del almacén trasero.

Vicente que había contemplado la escena salió del bar para encontrar a la chica. Estaba encogida, sentada en el suelo, con la cara oculta entre las rodillas y el cuerpo tembloroso. Sacó un

pañuelo y se lo ofreció.

—No llores, no me gusta verte llorar.

Carmen levantó la mirada y vio a Vicente que la observaba con pena.

—Me he hecho daño, mira —y le enseñó el dedo ensangrentado.

—Lo sé —y con el pañuelo comenzó a limpiarle el dedo— los dedos sangran mucho, aunque la herida sea pequeña, yo me he cortado muchas veces —le mostró sus manos llenas de callos y cicatrices seguramente debidas a cortes con las herramientas que usaba para hacer los arreglos en la parroquia.

—Además, no he tenido una buena mañana.

—Lo he visto todo —ella le miró sorprendida—. No te preocupes, no diré nada. ¿Te pega muchas veces?

—Cuando está sereno pocas, pero cuando bebe es mejor que no me ponga delante.

—Eso no está bien, no se debe pegar, Dios no lo aprobaría.

—Dios tampoco debería aprobar que un hombre así pueda tener hijos.

—¿A tus hermanos también les pega?

—No, a ellos no, es a mi a quien no quiere.

Vicente estuvo a punto de decirle que él sí que la quería y que en el futuro se casaría con ella, y no dejaría que nadie volviera a hacerle daño. Pero se levantó y se despidió de la muchacha.

—Don Raimundo me está esperando, no debo tardar o se preocupará, sabe que nunca me alejo demasiado.

Carmen se forzó a sonreírle, hizo ademán de devolverle el pañuelo pero Vicente le hizo una señal con la mano para que se lo quedase.

X

—Menchu, soy Elena.

—Tía ¡Cuánto tiempo! Me tienes abandonadísima.

—Lo sé, y lo siento, no sabes cuantas cosas tengo que contarte.

—Espero que buenas guapa, que no tengo yo hoy el cuerpo para dramas.

—A ver, lo primero, estoy trabajando en Diamond Life, llevo poco tiempo pero me va genial.

—¿Y para eso me llamas cabrona? ¿Para restregármelo? Yo no encuentro ni para hacer fotocopias.

—Escucha, escucha, hay una vacante, en realidad es para cubrir una baja, serán unas semanas, ¿te interesa?

—¿Qué si me interesa? ¿Cuándo empiezo?

—No tan rápido, primero tienes que conocer a Silvia, mi jefa, es majísima, ya verás como congeniáis, si le gustas estás dentro.

—Ahhhhhh, que alegría, me dejas loca.

—Por Dios no grites o quien va a dejarme es tú a mi, pero sorda.

—Le gustaré tía, ya verás como le gusto, si yo cuando hay que ser formalita ya sabes que soy la más formal.

—Estoy segura, ja ja ja, bueno, escucha locuela, que tengo más noticias.

—Ahora no vendrá la mala ¿no?

—No, escucha pesadita: Ramiro y yo nos casamos a finales de abril, y me gustaría que fueras nuestra madrina.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Elena, no es que no me sienta halagada, sabes que eres mi mejor amiga, pero ¿qué pensará de esto la madre de Ramiro? ¿No le corresponde a ella?

—Por eso no te preocupes, ha sido idea suya, dice que como sólo tienen un hijo le cede el privilegio a su marido, que él sea el padrino y que yo elija a la madrina.

—¿Y que piensa tu padre de todo esto?

—Aún no se lo he dicho, hablaré con él esta noche, primero quería comentarlo contigo.

—Mira Ele, yo encantadísima, pero me parece un feo muy feo para tu padre, no creo que le sienta nada bien.

—No creo que le importe, a él estos saraos no le van mucho.

—Bueno, háblalo primero con él, ya sabes que puedes contar conmigo, pero no quiero que tengáis problemas por esto.

—Oye Menchu, ahora tengo que dejarte, que tengo mil cosas que hacer. Seguimos en otro momento, llama a Silvia para quedar con ella, te paso luego un mensaje con el número de teléfono. Un besito guapa.

—Gracias Ele, cuídate.

Corregí las últimas líneas de mi artículo sobre un nuevo modelo de reloj y me dispuse a marcharme, tenía que ir a Boadilla para hablar de todo lo de la boda. ¿Le sentaría mal a “mi padre” no ser el padrino?

Cuando Marga hizo su propuesta pensé que lo hacía por dejar al taxista en un segundo plano, supongo que no era una buena portada de cara a sus ilustres invitados, pero estaba ocupándose de tantas cosas de la boda que tampoco quise contrariarla. Y además, los padres de Ramiro iban a correr con todos los gastos, incluido mi carísimo vestido diseñado por Francisco Darío, el famoso modisto que vestía a las más elegantes del país. Incluso podría hacerle una entrevista para Diamond Life, sería fantástico.

Llamé a un taxi para ir a Boadilla, los días de metro y autobús se habían terminado, en poco más de media hora había llegado, sin trasbordos, sin empujones, eso era vida.

Cuando llegué a casa oí voces conversando, debía haber alguna visita en el salón, lo que no era nada habitual. Fui hasta allí haciendo ruido al pisar para que esperasen mi llegada, no quería interrumpir nada. “Mi padre” estaba sentado en el sofá, junto a una mujer maquillada en exceso.

—Hola.

—Hola hija, te estaba esperando, te presento a Loreto, una amiga.

El corazón me dio un vuelco, yo sabía lo que significaba “amiga”. ¿Cómo había tenido la desfachatez de meter a aquella mujer en mi casa? La tal Loreto llevaba un tinte rubio número nueve, y una capa de maquillaje que no me permitía distinguir claramente su edad. Era todo lo contrario a la finura y elegancia.

—Encantada Elena, tu padre habla maravillas de ti —dijo la mujer levantándose y plantándome un par de sonoros besos en las mejillas que me resultaron pegajosos y me dejaron envuelta en un olor a laca y a perfume barato.

—Hola, yo, bueno, no sabía que estabas acompañado papá, si quieres vuelvo en otro momento.

—No hija, si estábamos esperando a que llegases para salir a cenar algo, quería que os conocieseis.

Volví a mirar a aquella mujer, con un vestido negro lleno de cristales de colores que formaban la cara de un tigre, y unos zapatos rojos, de medio tacón que estaban desgastados por el uso en la zona de la puntera.

—¿Y hay alguna razón por la cual tendríamos que conocernos? —clavé la mirada en él.

—Verás Elena, Loreto y yo llevamos un tiempo saliendo.

—¿Y cuanto es un tiempo? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Verás, estaban los exámenes, luego te fuiste de vacaciones, y lo fuimos dejando, pero nunca es tarde si la dicha es buena ¿no dicen eso? —sonrió tratando de suavizar la tensión que se había creado.

—¿Dónde os conocisteis? —pregunté levantando la voz.

—¿Y a qué viene eso? —replicó José.

—¿Es una clienta papá? ¿O eras tú un cliente de ella?

Loreto permanecía callada sin saber muy bien como reaccionar.

—Hija, no te consiento que... vayamos a hablar un rato a solas. Loreto si nos disculpas.

Me cogió por el brazo y me metió en la cocina, cerró la puerta.

—¿Qué te propones? Te estoy presentando a alguien que es importante para mi, como tú en su

día me presentaste a Ramiro y su familia, y ¿cómo te comportas? Como una niña de diez años. ¿Falté yo al respeto a Ramiro o a sus padres? Vete al salón y pide disculpas a Loreto y empecemos de cero.

—No pienso pedirle disculpas a esa mujer, o mejor dicho, mujerzuela ¿tú has visto la pinta que tiene? ¿De qué burdel la has sacado?

—¡Elena! Loreto es la mujer a la que quiero, la que me ha hecho tener ganas de vivir otra vez ¿es tanto pedirte que le des la oportunidad de conocerla?

—Si mamá viviera, si mamá viviera para ver como metes en su casa a esa, te debería caer la cara de vergüenza —le dije con toda la rabia que pude.

—¡No estás siendo justa! Yo a tu madre la quería, quería la familia que teníamos, y la perdí, igual que tú, y me quedé solo, igual que tú. Tú haces tu vida, tienes a tu novio, pasas más tiempo con su familia que conmigo, ahora vas a casarte ¿y qué quieres que haga yo? ¿Quedarme en casa solo llorando un recuerdo? No puedo Elena, y no quiero, quiero vivir, ser feliz y tener a alguien a mi lado para compartir el día a día.

—¿El día a día? ¿La vas a meter en casa?

José bajó la mirada.

—¡Es repugnante! ¡Asqueroso! Yo que venía preocupada a decirte que el padrino de mi boda será Manuel, temiendo que pudiera parecerte mal, y resulta que estás más preocupado en encontrar a alguien que te caliente la cama que en la boda de tu hija. Tu hija, que digo yo, si no sé para que sigo fingiendo. ¡Lo sé todo!

—Sabes ¿qué?

—Sé lo que le pasó a mamá, sé que tú no eres mi padre y vamos a acabar ya con esta farsa. Quédate con tu fulana y olvídate de mi, no quiero verte nunca más ¿me oyes? No te acerques a mi, no intentes ponerte en contacto conmigo, porque tú para mi no eres nada —y dando un portazo me marché con lágrimas en los ojos.

XI

Tras la discusión por culpa de Loreto me instalé en casa de Ramiro. Tanto él como su familia acogieron la noticia con asombro, quizá mi futura suegra fue quien menos tristeza sintió por la situación.

—No te preocupes, ahora tienes una nueva familia, comenzarás una nueva vida y no echarás de menos a nadie, vas a ser una De los Ríos Valle de la Fresneda-Cirujeda Fernán Santos, y eso va acompañado de muchos privilegios, te sentirás como en casa, mejor que en casa, ya verás —me decía acariciándome el pelo como si fuera un cachorro.

—Marga, me siento tan mal, tenías que haber visto a aquella mujer, con el pelo tan rubio y las raíces tan negras, y aquel maquillaje, lleno de brillos... Mi madre era tan guapa, tenía tanta clase, te habría encantado conocerla, no sé cómo pudo fijarse en una mujerzuela como Loreto.

—Ay hija, los hombres, nunca llegaremos a comprenderles, son tan bobalicones para algunas cosas. Se dejan embaucar por la primera que pasa y les hace cuatro carantoñas —captó la tristeza de mi mirada y añadió— bueno, todos menos mi Ramiro, que siempre ha sido un chico muy formal, y está tan enamorado de ti... vais a tener una boda de ensueño, tengo que enseñarte los muestrarios. Hay unas mantelerías exquisitas, y he marcado tres vajillas para que elijas la que más te guste, aunque claro, tendremos que seleccionar a la vez los centros de flores para que nada desentone —una vez comenzaba a hablar de la boda ya se convertía en un monotema para el resto del día.

Menchu empezó a trabajar en la revista, a Silvia le dio muy buena impresión cuando se conocieron.

—Esa chica tiene gancho, es muy entusiasta y predispuesta, me gusta como se desenvuelve —me confesó—. Elena, quiero que sepas que me quedaré de baja la semana que viene, he pedido que nadie me moleste, y tampoco quiero que vengan a verme, pero si surge algo, si pasa algo que creas que debo saber en la revista por favor ven a contármelo, en esta tarjeta viene la dirección de mi casa, y por detrás te he apuntado el nombre del hospital en el que me operarán. Y tú cuídate mientras yo no esté aquí, aunque sé que lo harás.

—Si pasa algo que debes saber iré a verte, para mí eres el principal apoyo aquí, y te has portado tan bien conmigo...

—No nos pongamos sentimentales, no me voy a morir —rió no muy convencida, y se atusó su media melena perfectamente cortada— estaré fuera de la oficina desde mañana, tengo que ir a hacer unas visitas. Ahora voy a ponerme un rato con Menchu, quiero enseñarle algunas cosas antes de irme —nos dimos un abrazo rápido y se marchó.

La semana había sido tan extraña... primero lo de mi padre, después el instalarme en casa de Ramiro, una cosa era pasar juntos algunos días y otra muy distinta es que fuera el único lugar en el que podía vivir. La convivencia me hizo darme cuenta de todo lo que trabajaba mi futuro marido, antes no me había fijado, pero era raro que volviera a casa antes de las once de la noche.

Los primeros días, previa compra de un libro de recetas, preparaba cenas románticas a la luz de las velas, cuidando cada detalle, con pequeños centros de flores y servilletas primorosamente

colocadas. Pero, después, me di cuenta que la rutina se convertiría en cenas rápidas y por separado, para luego charlar un poco, hacer el amor si había suerte y dormir para volver a levantarnos, él antes que yo, para volver al trabajo.

Empecé a dedicar mis tardes, tras la oficina, a llenar mi armario de ropa nueva, me había marchado de Boadilla sin nada, y muchas veces quedaba con Menchu para tomar una cerveza antes de irme a casa.

—Estoy encantada con el trabajo Ele, es una pasada, hoy he hablado por teléfono con tanta gente importante... y Pablo me ha dicho que en cuanto tenga hechos los contactos me dejará hacer alguna entrevista para el número de Navidad.

—Silvia me había dicho que de ese número quería encargarse ella personalmente, tú sólo tienes que buscar la información y establecer un primer contacto con las personas que ella te ha marcado, no puedes pisarle el terreno.

—No creo que le importe, además creo que su baja va para largo, me ha dicho Pablo que le van a quitar un pecho ¿lo sabías? —dijo haciéndose la interesada al darse cuenta de que yo no disponía de esa información.

—No, no lo sabía —comencé a pensar en Silvia, en su fortaleza, en lo vulnerable que se sentiría, y sobre todo en su aviso, sabía que durante su ausencia Carreras intentaría librarse de ella.

—Bueno, claro que me ha contado más cosas, pero prometí guardarle el secreto —sonrió de forma pícaro.

—Mira Menchu, no sé en que te estás metiendo, pero aléjate de él, no es trigo limpio, es un adulator, de los que cambia de chica con más frecuencia que de chaqueta. Haz tu trabajo en la revista, aprovecha la experiencia, y ya está. Aprecio mucho a Silvia, no me gustaría que fueras tú quien le pusiera la zancadilla.

—¿La zancadilla? Eso es cosa de niños Ele, yo solo me busco la vida.

—No te reconozco.

—Mírate tú ¿te reconoces a ti misma? Mira la ropa que llevas, toda de marca, mira donde vives, y con quién te codeas, si hasta has dejado a un lado a la única familia que tienes, y ¿por qué? ¿Por qué la novia de tu padre no es lo suficientemente fina como para alternar con los De los Ríos Valle de la Fresneda-Cirujeda Fernán Santos? —hizo un gesto como de ahogo al terminar de decir el larguísimo apellido que muy pronto yo adoptaría—. Ele, yo nunca he renegado de los míos, pero no niego que me gusta vivir bien, y si he conseguido un trabajo que me gusta voy a hacer lo que sea por mantenerlo.

—Tú misma —me levanté y me fui enfadada, todo el mundo se estaba volviendo loco.

XI

La tensión en la revista podía respirarse. Cada vez fueron quitándome más tareas para dárselas a Menchu, incluso fue a hacer alguna entrevista que yo había concertado, y luego me tocaba a mi corregirle los textos y maquetarlos. Seguíamos hablando, pero nos habíamos distanciado demasiado, nunca creí que trabajar con mi mejor amiga fuera la razón por la que iba a deteriorarse nuestra relación.

Llegaba a casa desgana, sin humor para hacer nada, y Ramiro enseguida se dio cuenta. Le conté lo que pasaba, y cuando vio que un par de días falté al trabajo por una falsa migraña se sentó a hablar seriamente conmigo.

—Cariño, tú sabes que no necesitas ese trabajo, por suerte puedes quedarte en casa si quieres.

—¿Y que voy a hacer Ra? ¿Quedarme aquí pudriéndome? ¿O acompañar a tu madre a las fiestas de las fundaciones? Sabes que yo no valgo para eso, quiero sentirme realizada, y en la revista me sentía así, me encantaba ese trabajo, pero han cambiado tanto las cosas...

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? Me dijiste que querías escribir ¿Por qué no escribes? Dispones de todo el tiempo y no tienes ninguna presión. Sabes que mi dinero es tu dinero, así que puedes dedicarte a lo que te gusta, al ritmo que creas conveniente. No creo que todo el mundo tenga una oportunidad así.

No me lo pensé dos veces, eran finales de septiembre cuando dejé el trabajo en la revista y monté un pequeño despacho en casa donde comencé a prepararme para escribir. Una mesa antigua con un montón de cajones, un ordenador de sobremesa y un pequeño portátil para los ratos en los que quería cambiar de ubicación. También compré una pequeña neverita que abastecí de todo tipo de caprichos para no tener que ir hasta la cocina a picotear a cada rato. Mandé pintar la habitación de azul cielo, y conseguí que Ramiro me regalara un pequeño acuario con peces tropicales que nadaban entre rocas y un cofre del tesoro lleno de monedas doradas. Podía pasarme horas enteras mirando sus vivos colores. Había construido un pequeño refugio dentro de mi nuevo hogar.

Tenía algo de dinero ahorrado, así que para agradecer a mi novio todo lo que estaba haciendo por mí, y como no le había hecho ningún regalo por nuestro compromiso, fui a una reconocida joyería de la calle Serrano y le compré un reloj, que aunque costaba un poco más de lo que yo tenía pude pagar tras el descuento que me hicieron.

Una vez metieron el reloj en su caja de madera envejecida y envolvieron de una manera vistosa y elegante pensé en la manera de dárselo, yo también quería hacer algo que nunca olvidara.

Telefoné a Jimena, la secretaria de Ramiro, y le pedí que me dijera cuando tenía mi futuro marido algún hueco libre en su agenda, quería darle una sorpresa. Me dijo que esa misma tarde, sobre las seis no tenía ninguna cita ni reunión, así que me fui a la peluquería a que me peinasen, me hicieran la manicura y la pedicura. Luego pasé por una tienda de lencería y me compré un conjunto realmente seductor.

Volví a casa, me puse el nuevo conjunto bajo un vestido ceñido y corto, conjuntado con unos zapatos de tacón alto y fino y un abrigo de entretiempo corto que me daba un aire sofisticado. En

el bolso guardé la caja que contenía el reloj y salí hacia el despacho de abogados.

Estaba en un edificio de grandes ventanales con balcón, un portero me recibió a la entrada, me identifiqué y me mandó subir a la quinta planta. El ascensor, de los antiguos con rejillas, me dejó ante una puerta de madera brillante con una gran placa que informaba del nombre del despacho. Llamé y unas pisadas femeninas se acercaron a abrir la puerta.

—Hola soy Jimena, tú debes ser Elena —era más baja que yo, pelirroja y con pecas, llevaba gafas de pasta y un flequillo que la hacían parecer una empollona. Su rostro era agradable y transmitía cercanía.

—Hola Jimena, encantada de conocerte, espero que a Ramiro no le haya surgido nada —le dije buscando su complicidad.

—No te preocupes, está aquí. Su despacho es el del final del pasillo, verás su nombre en la puerta, pasa directamente, seguro que le das una sorpresa —me dijo amablemente.

Le di las gracias y me dirigí al despacho de Ramiro, caminando con seguridad con aquellos altísimos zapatos, me sentía sexy e importante. Llamé a la puerta y antes de que me contestase, abrí y dije:

—¿Se puede?

—Elena, qué sorpresa, no esperaba verte aquí —se levantó y me besó a la vez que cerraba la puerta.

—Verás, es que quería darte algo —le entregué la caja con el reloj, que abrió rápidamente.

—Es increíble cariño, no me lo esperaba para nada, no tenías que haberte molestado.

—Lo compré con todos mis ahorros, quería que supieras que todo lo mío, aunque poco, también es tuyo.

Nos besamos con fuerza, y comencé a insinuarme.

—Ese no es el único regalo, aún hay más —me desprendí del abrigo lentamente, me disponía a quitarme el vestido cuando Ramiro me cogió del brazo y me paró.

—¿Estás loca? Aquí no, pueden vernos.

—No nos verá nadie, la puerta está cerrada.

—Elena, por favor, aquí no, si alguien entra, o si nos oyen...

Me acerqué de nuevo a él rozando mi cuerpo contra el suyo.

—Seré silenciosa —susurré mientras besaba su cuello lentamente.

—No. Y es mi última palabra —dijo serio, apartándose de mi lado—, ahora será mejor que te vayas, tengo una reunión importante, no tardarán en venir, y no dará buena imagen que te encuentren aquí así vestida —me tendió mi abrigo y me acompañó a la puerta—. Luego nos vemos en casa, y te compenso —me guiñó un ojo, tratando de suavizar la cara de asombro con que yo le miraba.

No me acompañó a la salida, así que recorrí sola el pasillo hasta la entrada donde se encontraba Jimena, por suerte estaba hablando por teléfono, así que la saludé con la mano y me fui, abochornada, humillada, las cosas no habían salido como yo las había planeado.

Llegué a casa enfadada, si Jimena me había dicho que tenía la tarde libre ¿cómo es posible que de repente tuviera una reunión?

Esa noche no hubo compensación alguna, cuando Ramiro volvió a casa era tan tarde que yo ya estaba dormida.

Seis

Se acercaban las fiestas de Los Álamos, que en vez de celebrarse en verano, como en los pueblos de alrededor, lo hacían con la entrada del otoño. Las calles se engalanaban con hojas secas pintadas de colores y la plaza del pueblo se adornaba con bombillas para albergar, entrada la noche, alguna orquesta que amenizase el baile. Durante esos días no solo los vecinos acudían a la celebración, sino que gente de aldeas cercanas, y familiares de otras provincias se acercaban a disfrutar de las carreras de bicicletas, los fuegos artificiales y las rifas benéficas que se organizaban.

En esos días el bar era uno de los principales lugares de reunión, incluso se montaban unas mesas fuera y Sara y los mellizos ayudaban a preparar tapas y servir las. Las señoras, que no solían frecuentar el establecimiento, salían esos días bien peripuestas, con el pelo cardado y rubor en las mejillas, de los brazos de sus maridos a pasear y a tomar alguna copita de vino dulce o un refresco, picar algo y bailar hasta la última pieza de las canciones en la plaza.

Carmen no paraba en la cocina, preparando tablas de embutidos y quesos, haciendo tortillas, friendo pollo y patatas, y haciendo taquitos de carne de cerdo empanados, que se servían con una salsa de pimientos y que todo el mundo pedía. Convertir un bar en restaurante durante unos días no era tarea fácil, pero las ganancias que se sacaban durante las fiestas eran más que suficientes para cubrir la poca clientela que acudía en invierno.

—A ver niña —dijo Sara a Carmen— cambia ese aceite, que mira como está de oscuro, y ten cuidado no te quemes. En un rato terminaremos con las cenas, y entonces ya me quedo yo con tu padre, tus hermanos y tú podréis ir entonces hasta la plaza, que lleváis todo el día aquí metidos.

Carmen se alegró por la noticia y se afanó en ayudar a su madre a preparar los platos, que una vez listos y tras un grito que avisaba de su finalización recogían velozmente los mellizos para servir en la mesa correspondiente.

—Mamá, me piden más pan, y Carmen, sal a la mesa de al lado de la farola, que se han encontrado no sé qué en una tortilla —gritó Alfredo.

—Pues huevo y patatas ¿qué se van a encontrar? Voy a ver que pasa, seguro que ya van pasaditos de vino.

Se secó la cara sudorosa y las manos en el mandil y salió a la calle, estaba todo abarrotado, incluso había gente esperando a que quedara alguna mesa libre para poder sentarse a tomar algo. Saludó a los rostros conocidos y se dirigió a la mesa de al lado de la farola, donde se encontró a Pepe con un grupo de amigos.

—Hola morena, quería presentarte a mis amigos. Perdona por la broma, pero no se me ocurrió otra cosa que pudiera hacerte salir de la cocina —dijo el muchacho mientras los otros reían. Iba repeinado, con una camisa limpia y planchada y una chaqueta de traje que debía haberle prestado algún pariente, porque le quedaba demasiado holgada.

—Lo siento pero no puedo pararme, tenemos mucho trabajo y mi madre no puede sola con todo, si no hay problema con la comida me marchó.

—Solo es un minuto, mira estos son Felipe, Manuela, Arturo y Margarita —todos saludaron, y

en ese momento Carmen se dio cuenta que iban todos emparejados, menos Pepe.

—Encantada de conocerlos, ahora tengo que irme —se despidió Carmen mirando cada poco al interior, no fuera que su padre se impacientase.

—¿Irás luego al baile? —preguntó el muchacho, pero ella si le oyó no se volvió a responder.

El ambiente en el bar era de lo más festivo, en algunas mesas los vecinos cantaban canciones tradicionales, los niños reunían corchos que unían con palillos para hacer pequeñas construcciones en el suelo, lleno de pisadas y pequeños charcos de bebida derramada. Fulgencio apuraba tras el mostrador los restos de las botellas rellenando otras nuevas, cuando no las acababa de un trago, por lo que ya vociferaba bajo los efectos de alcohol.

—¡Niña! A ver si te pones a recoger mesas que esto parece una pocilga —Y Carmen corría a recoger platos llenos de sobras, vasos sucios y bandejas en las que solo quedaba el brillo del aceite.

En uno de sus viajes a la cocina cargada con la bandeja su madre le dijo:

—Por hoy ya has trabajado bastante, vete a casa, adécéntate un poco, quítate ese olor a fritanga, y vete con tus hermanos al baile. Pasa por aquí antes del cierre, por si tu padre necesita que le echés una mano. Yo limpio la cocina y me voy a casa, no puedo con el alma, creo que quedará dormida antes de quitarme la ropa.

—Gracias mamá —le dio un beso y se marchó corriendo a casa, donde se lavó y se cambió de ropa, el baile la estaba esperando.

Sonaba un pasodoble y las parejas bailaban al compás, girando bajo las luces de colores sonriendo o tarareando la melodía. Los niños corrían jugando con globos y los jóvenes charlaban en grupos apoyados en sus ciclomotores o en los bancos.

Carmen llegó y enseguida vio a sus hermanos que habían cogido algunas de las hojas pintadas de la decoración y las estaban clavando en los moños de señoras descuidadas que al descubrirles gritaban todo tipo de improperios. Todo el mundo se divertía, menos ella, pero al menos disfrutaba con la música y viendo a la gente pasándose bien.

Tras dejar el colegio había dejado de salir, su padre decía que ya no tenía edad para andar con muñecas, así que se dedicó a hacer las labores de la casa y fue perdiendo a sus amistades. Las pocas niñas que conocía del colegio fueron haciendo sus vidas y sus grupos de amigas, algunas, pocas, siguieron estudiando, y otras ya estaban comprometidas. La saludaban los domingos en misa con un “Hasta luego” sin parar a preguntarle como le iban las cosas, porque todas sabían cómo le iba, lo que pasa en todos los pueblos pequeños, la gente sabe más lo que ocurre en otras casas que en las suyas.

Vio a algunos clientes del bar:

—No te reconocía sin el delantal muchacha.

—Carmen, si no fuera porque mi mujer me mata te sacaría a bailar toda la noche.

Y cosas por el estilo.

Se apoyó en la pared de una casa, un poco alejada del barullo y entonces oyó una voz familiar.

—Llevo esperándote toda la noche, no sabía si vendrías —era Pepe con su chaqueta grande y su pelo engominado, que le tendía la mano para sacarla a bailar.

—No sé bailar.

—Ninguno sabe, no te preocupes, no es un concurso, es para divertirnos.

Bailaron una pieza, no sin varios pisotones de por medio. Era difícil seguir la música, pero más difícil era encontrar un hueco en el que poder moverse porque todo el pueblo parecía estar allí metido.

Él se mostró atento y educado con ella, tras bailar le compró un cucurucho de palomitas y fueron a dar un paseo. Carmen estaba a gusto, no es que el muchacho le gustase, pero tampoco le disgustaba, tras tantos meses en el bar era de las pocas personas con las que hablaba y tenía pequeñas conversaciones.

—Se está bien ¿verdad?

—Sí, con el calor que he pasado en la cocina se agradece el fresquito.

—El año pasado pusieron un puesto de helados pero parece que las ventas no fueron bien, porque no está por aquí.

—El día de mi cumpleaños mi madre compró helado de cereza, estaba riquísimo.

—¿Y cuando fue eso?

—La semana pasada, cumplí 16.

—Vaya, toda una adulta —bromeó Pepe.

—Parece que para algunas cosas soy adulta y para otras no.

—¿Por ejemplo?

—Trabajo como una adulta, pero no tengo la libertad para decidir como una adulta.

—El día que te cases eso cambiará.

—No voy a casarme, no quiero salir de mi casa para tener que obedecer las órdenes de un marido, no quiero eso.

—A lo mejor encuentras un marido que no quiera que obedezcas sus órdenes.

—¿Tú crees que existe alguna persona a la que no le guste que le obedezcan?

—Yo mismo estaría dispuesto a dejar que mandases si fueses mi mujer —y acercándola suavemente a él la besó en los labios.

Vicente la había visto llegar a la plaza, tan hermosa como siempre. Ella no necesitaba pintura en los labios para estar bonita. Llevaba un sencillo vestido verde que resaltaba el negro de su pelo. Se había soltado la trenza, y las ondas le caían a los lados de la cara. Sus mejillas estaban sonrosadas y su boca, su boca que se abría asombrada al ver a la multitud, era la boca que él ansiaba besar. La vio observando la plaza, y después como se retiró a un lado a apoyarse en una pared. Estaba sola, creyó ver en su expresión tristeza y decidió acercarse. Pero entonces llegó él, aquel muchacho de la chaqueta grande, y la sacó a bailar.

No dejó de mirarles, durante la canción y después, cuando se la llevó a dar un paseo. Hablaban y hablaban, y ella iba comiendo palomitas, de vez en cuando le ofrecía a él el cucurucho. Se alejaron de la plaza, pero les siguió con cuidado, estuvo a punto de irse, pero no podía, quería que ella estuviera segura, si a él se le ocurría ponerle una mano encima se enteraría de quien era Vicente.

Se paran, se miran, él la coge por la cintura y la besa. ¿Y qué hace ella? Se queda parada, perpleja, luego sale corriendo, y el cucurucho de palomitas queda a los pies del chico, que se mete las manos en los bolsillos y le da una patada.

XII

Al día siguiente me desperté con una nota al lado de la almohada.

“No quise despertar a la bella durmiente, hoy intentaré llegar temprano. Mañana salgo con mi padre hacia Granada, se trata de un caso importante. Pide algo de sushi, así no habrá peligro de que se enfríe. Besos. Ramiro”.

Aún no se me había pasado el enfado por lo del día anterior, pero tampoco quería seguir enojada con él, tenía que entender que estaba muy estresado, tenía mucho trabajo y era de los que se empleaba a fondo en lo que hacía. Tenía todo el día por delante para calmarme, ya se me pasaría, a lo mejor había sacado las cosas de contexto.

Preparé café y me fui a mi rincón de escritura, quería escribir pero ¿sobre qué? Pensé en varios argumentos, pero ninguno tenía la suficiente base como para sacarlo adelante con éxito, así que pasé la mañana navegando por Internet en busca de inspiración.

Sonó el teléfono.

—Hola Elena, soy Marga, ya sabes que nuestros hombres se marchan mañana a Granada, así que nos quedaremos solas un par de días ¿qué te parece si comemos juntas?

—Estupendo ¿a qué hora?

—Vente a casa cuando quieras, si es antes de la hora de comer mejor, así vemos algunas cosas de la boda, tengo varias alternativas para el menú, y quiero que las comentemos.

—Sobre las doce paso por allí.

—Mañana a las doce entonces. Un beso querida.

—Un beso Marga.

Cuando hablaba con la madre de Ramiro no podía evitar acordarme de mi madre, era con ella con quien realmente quería comentar los detalles de mi boda. No es que Marga no lo hiciera bien, era detallista al máximo, pero con mi madre habría sido distinto, las dos habríamos hablado de cómo me gustaría que fuera mi boda y luego habríamos elegido todo, con mi futura suegra era al revés, ella seleccionaba lo que creía conveniente y yo elegía entre las opciones posibles. Pero al fin y al cabo era más su boda que la mía, eran sus invitados los que iban a asistir, tras la discusión con mi padre yo me había quedado sin nadie que me acompañara en un día tan señalado. La gente que conocía no era lo suficientemente allegada para invitarla, y Menchu, y esperaba que eso no cambiase tal y como se habían desarrollado los últimos acontecimientos, iba a ser la madrina.

Pensando en mi madre busqué su cuaderno y lo hojeé de nuevo, aquellas páginas me llegaban tanto, podía visualizar cada momento, cada escena que narraba. Y entonces caí en la cuenta que tenía delante de mis ojos la inspiración que andaba buscando, mi libro se basaría en la historia de mi madre.

Me puse delante del ordenador y no fui capaz de concentrarme, al cabo de un rato encendí el portátil y me tiré encima de la cama, y poco a poco comenzaron a surgir las palabras, y luego las frases, acababa de empezar mi primera novela.

Tan ensimismada estaba que no me di cuenta de lo rápido que había pasado el día, Ramiro

tenía que estar al llegar, así que me fui a un restaurante japonés cercano a por unas bandejas de sushi, me di una ducha y me arreglé un poco.

Eran las doce de la noche cuando llegó a casa.

—Cielo, lo siento, este caso nos trae de cabeza, llevo todo el día preparando las cosas para cuando estemos en Granada, así irá todo más rápido y podremos volver lo antes posible.

—No te preocupes, el sushi no se ha enfriado —le di un beso en la mejilla.

—La verdad es que no tengo apetito, han pedido unos canapés en el despacho y con eso ya me he quedado bien.

—Yo tampoco tengo mucha hambre, ¿qué te parece si nos vamos a la cama? —le abracé por la cintura y apoyé la cabeza en su pecho. Él me separó con cuidado.

—A las seis tengo que estar en pie, he quedado en pasar a recoger a mi padre a las siete, llegar a Granada nos lleva unas horas, y no queremos perder la mañana.

Hice unos pucheros pero no sirvieron para nada, así que tendría que esperar a la vuelta para disfrutar de su compañía.

Noté un beso de Ramiro en la frente pero seguí acurrucada en la cama, cuando volví a despertarme eran las diez de la mañana. La noche anterior me había quedado escribiendo un rato cuando él se fue a dormir, y tan absorta estaba en la historia que pasé horas frente al teclado.

Me levanté y me di una ducha, luego tomé un café mientras releía lo escrito la noche anterior. Me vestí y salí a la calle con tiempo de pasar a comprar unos bombones para Marga, le gustaban los de licor, de una confitería determinada, así que me di un paseo hasta allí para hacer tiempo antes de ir a su casa. No quería llegar demasiado temprano, eso suponía horas y horas de decisiones sobre la boda, así que sería puntual y así no se alargaría la cosa.

Paseé con calma, mirando escaparates, ideando la composición del siguiente capítulo de la novela, estaba contenta, al fin había iniciado aquello en lo que tanto había pensado.

Cuando llegué a la casa de la familia de mi novio había varios coches que no conocía aparcados a la entrada, me extrañó que mi futura suegra no me informase de la presencia de otros invitados al almuerzo, solía darme detalles de cada persona que pisaba esa casa: nombre, apellidos, cargo, influencias y, a veces, hasta su currículum amoroso.

Llamé al timbre, pero no fue Marga quien vino a abrirme, sino una de las doncellas. Al verme se llevó la manó a la boca y no pudo evitar un sollozo.

—Señorita Elena, pase, la señora está en el salón, lo siento tanto.

—¿Qué ha pasado? ¿Marga está bien?

—Elena, hija mía —el grito desesperado de la madre de Ramiro llegó a mis oídos, aceleré mis pasos hacia el salón y allí la encontré rodeada de gente que yo no conocía, con la cara deformada de tanto llorar.

—Marga, qué ocurre —en ese momento no podía ni imaginarme lo que iban a decirme a continuación.

—Señorita —dijo un hombre con barba acercándose hacia mi— Don Manuel De los Ríos Valle de la Fresneda y su hijo han sufrido un accidente de circulación esta mañana. Los dos han fallecido. Lo siento mucho.

La habitación empezó a dar vueltas, veía las caras de la gente mirándome, diciendo palabras

que no conseguía distinguir, note un brazo que me sujetaba, creo que no logré articular palabra antes de desmayarme.

Siete

Carmen corrió en dirección al bar, el beso de Pepe había sido una sorpresa ¿o acaso ella se había insinuado? Estaba confusa, no sabía que hacer, ni que decir, por eso decidió irse, para pensar, para huir de lo que podría haber pasado si se quedase más tiempo junto a él.

Cuando llegó no había nadie, estaban las luces apagadas y todo recogido, su madre le había dicho que regresase antes del cierre, eso iba a suponer un buen enfado de su padre, volvería a darle una paliza, estaba tan cansada de sus golpes... tenía tanto miedo.

Entonces oyó un ruido en el almacén, y se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave. La abrió con cuidado, dentro todo estaba oscuro.

—¿Hay alguien ahí? ¿Papá? ¿Mamá? Chicos ¿no estaréis haciendo de las vuestras? —no obtuvo respuesta.

Con cuidado fue palpando la pared en busca del interruptor para encender la luz, no lo encontró y entró con la idea de buscar otra llave para cerrar y dejar a salvo toda la mercancía.

Escuchó un ruido, como si alguien se levantase del suelo, contuvo la respiración y se dispuso a salir corriendo, silenciosa. Sigilosamente y muerta de miedo intentó salir por la puerta que había dejado abierta. Pero fue más rápido que ella, una mano atrapó la suya y tiró para meterla dentro del almacén.

—Yo, yo ¿quién eres? Enciende la luz que pueda verte ¿Quién eres? No me hagas daño.

—Shhhhhhhhh —ordenó la sombra que la tenía sujeta.

Después sintió una mano que le apretaba la boca, y otra que empezaba a palpar su cuerpo. Inmovilizada por el peso de aquel hombre y con la boca tapada no conseguía emitir los sonidos que gritaban sus pulmones. Sintió la mano apretando sus pechos, su trasero, meterse entre sus piernas, las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, con tanta rapidez que pronto debieron llegar a la piel de su agresor, porque ante ese contacto gimió, y ella pudo oír el sonido de la hebilla de su cinturón al desabrocharse. Puso el cinturón alrededor de su cuello, en ese momento pensó que iba a estrangularla, pero lo usó para amordazarla, apretando con tal fuerza la cinta que creyó que se le partía la mandíbula en dos.

Le golpeó, intentó arañarle, pero la inmovilizó apretando sus muñecas.

Lo siguiente que sintió era algo duro rozándose contra ella. El hombre le arrancó las bragas y con gran violencia la penetró. El dolor se apoderó del cuerpo de Carmen, a cada embestida pensaba que moriría. Y aquel olor, aquel olor que la perforaba, aquel olor que le producía arcadas y que no olvidaría jamás.

De pronto más gemidos, más dolor, silencio. Un silencio que solo rompían sus esfuerzos por querer gritar.

Le oyó subirse los pantalones y marcharse. Tardó un rato en reaccionar, el llanto no la dejaba respirar apenas.

Se bajó el vestido, buscó el interruptor, y encendió la luz. Por sus piernas aún temblorosas caían hilos de sangre y un líquido viscoso. Cogió unos paños y se limpió como pudo. Se quitó el cinturón que oprimía su boca, lo miró y lo dejó allí tirado. Apagó la luz, y sin mirar atrás se fue caminando hacia casa, con paso indeciso, escuchando de fondo la música de la orquesta y las risas de los vecinos que aún seguían de fiesta.

La casa estaba en silencio cuando llegó, se quitó los zapatos a la entrada para no hacer ruido y subió a su habitación con sigilo, se desnudó rápido, se puso un camisón y se metió en la cama. No pudo dormir en toda la noche.

Sara fue a despertarla por la mañana para volver al trabajo, era el último día de las fiestas e iban a tener mucha faena.

—Ya me dirás donde te metiste anoche, que ya me ha dicho tu padre esta mañana que no pasaste al cierre, así que olvídate de ir al baile hoy, porque está muy enfadado hija, él no puede cargar solo con todo el trabajo.

—Mamá, anoche pasó algo —dijo Carmen aún metida en la cama.

—Cuando volví al bar ya estaba cerrado, pero la puerta del almacén estaba abierta, entré y allí había alguien.

—¿Quién? ¿No nos habrán robado?

—No mamá, había un hombre, y me atacó.

—Cómo que te atacó ¿Qué te hizo? ¿Quién era?

La joven contó a su madre como pudo lo ocurrido, con la cara bañada en lágrimas e intentando ocultar la vergüenza reflejada en su rostro tras sus manos. Cuando terminó, no fue el abrazo y el consuelo de su madre lo que obtuvo, ella le dijo:

—Escúchame bien, no quiero que vuelvas a hablar de esto con nadie jamás ¿me has entendido? Nunca, nunca repitas a ninguna persona, sea quien sea lo que acabas de contarme. Ahora levántate, lávate y vete a trabajar, tu padre y yo vamos delante, ya nos vemos allí —la miró con cara de desprecio y salió de la habitación.

Carmen, perpleja por la reacción de Sara se levantó, aún dolorida, e hizo lo que le habían mandado. Volvió al bar y trabajo todo el día, con la mirada baja, como si sintiera que todo el mundo supiera lo que le había pasado, como si todos pudieran ver su magullado cuerpo.

A media mañana, mientras limpiaba los baños y su madre preparaba comidas en la cocina llegó Vicente por la puerta del almacén, y una vez allí intentó llamar la atención de la madre.

—Señora Sara, señora Sara —susurró desde la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

—Hijo por Dios, que susto me has dado. Pero madre mía ¿Qué te ha pasado en la cara muchacho? ¿Te has golpeado? Estás todo magullado.

—De eso quería hablarle, ayer yo, yo, aquí, el almacén, Carmen...—no conseguía enlazar las palabras.

—¡Hijo de mala madre! ¡Hijo de mala madre! ¿Fuiste tú? ¿Tú le hiciste eso a mi pobre niña? —y con un cucharón de la cocina empezó a golpearle en la cabeza hasta que el muchacho pudo escaparse y se fue corriendo.

XIII

En el tanatorio y, después, en el funeral recibí el pésame de centenares de personas que no conocía. Los médicos me habían dado unas pastillas para calmarme, por lo que veía a todo el mundo flotando desde una nube. Esos días Menchu estuvo a mi lado, y algunos amigos de Ramiro también estuvieron pendientes de mí. Marga era un lamento continuo, ella había perdido a su marido y a su hijo, cada poco se acercaba, me abrazaba y me decía:

—Ahora sólo nos tenemos la una a la otra —y llorábamos juntas.

Yo sentía que me habían arrebatado mi oportunidad de ser feliz, a ella le habían quitado todo con lo que había sido feliz.

Más tarde supe que “mi padre” había acudido al tanatorio y, por órdenes expresas de Marga, le habían prohibido la entrada, nunca le pedí explicaciones sobre ese asunto.

Lo que siguió después fueron semanas de dolor, de lágrimas, de encerrarme en mi misma. En la casa que Ramiro y yo habíamos compartido cada esquina era un recuerdo que aumentaba mi sufrimiento. Ya no podía escribir, ni pensar, ni existir, deseé haber estado en ese coche con mi amor.

Lo poco que salía de casa era para ir a ver a Marga, y compartíamos nuestros recuerdos, y nos recreábamos en lo que podría haber sido y ya nunca sucedería. Ella apoyó el que yo siguiera con la novela.

—Si mi hijo quería eso yo quiero eso, seguirás escribiendo, por suerte tengo las cuentas saneadas, y los seguros se ocuparán del resto. Como aún no estabais casados yo soy la beneficiaria, pero no te faltará de nada, te daré una tarjeta de crédito para tus gastos y puedes disponer del piso como si fuera tuyo.

—Marga, eres tan buena conmigo.

—Mi hijo te quería, y estoy segura que esto es lo que esperaba que hiciese en una situación tan dramática como la que estamos viviendo —me decía encorsetada en su vestido completamente negro.

Aquello nos unió a las dos más de lo que podría haber imaginado, me llamaba para consultarme cualquier cosa, nos veíamos continuamente, e incluso mandó preparar una de las habitaciones de su casa para mí, ella necesitaba tenerme a su lado, de alguna manera mi presencia era como seguir teniendo un poco de su hijo viviendo bajo aquel techo.

Yo me dejaba mimar, estaba desolada, y ella me daba todo el apoyo que habría necesitado de cualquiera cuando había perdido a mi madre. Ahora sí me sentía cobijada y querida, sabía que con Marga iba a estar protegida y que no me faltaría nada.

Por mi parte la correspondía siendo fiel a sus costumbres, adaptándome a su modo de vida y consolándola cuando el dolor la hacía romperse en dos.

Volví a escribir, pero me era imposible hacerlo en mi pequeño rincón, o en el resto de las habitaciones, me compré una mochila y en ella metí el portátil, salía por la mañana, me iba a una biblioteca, o a algún parque y allí seguía la tarea. La novela avanzó bastante, mientras escribía podía olvidarme de todo lo demás, y también me sentía un poco acompañada por mi madre, contando su vida, basándome en su cuaderno. Conseguí volcar toda la pena en aquellas páginas,

había perdido a las dos personas que más había querido, y necesitaba alguna vía de escape.

Acostumbré a pasar a cenar por casa de Marga cada noche, nos hacíamos compañía y nos curábamos las heridas. Una noche la encontré seria y pensativa, pero no pregunté, supuse que había tenido un mal día, a mi también me pasaba.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Ella levantó la mirada y clavó sus ojos en los míos, con tal profundidad que sentí un escalofrío.

—Siéntate Elena, tenemos que hablar.

—Por supuesto, tú dirás.

—Esta mañana ha venido a verme Jimena, la secretaria del despacho ¿llegasteis a conoceros?

—Sí, hablamos por teléfono en un par de ocasiones y la vi una vez que fui a hacerle una visita a Ramiro. Me pareció una chica encantadora.

—Jimena está embarazada.

—¡Oh! Cuanto me alegro por ella, estará feliz. No sabía que estuviera casada.

—Es que no lo está. Ese hijo que espera es de Ramiro.

De repente me pareció estar viviendo dentro de una obra de teatro en la que alguien había escrito un guión a mi personaje lleno de baches y problemas.

—Marga, eso no es posible —dije nerviosa.

—Jimena está embarazada de dos meses y en su vientre está viviendo mi nieto.

—¿Cómo puedes estar segura? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—Estuve hablando con otros trabajadores del despacho, todo el mundo conocía la relación que había entre ellos, yo no sé si Ramiro pensaba dejarte o seguir con una doble vida, lo que sí sé es que ella va a darme algo que tú ya no podrás darme nunca. Elena, te pido por favor que abandones la casa de mi hijo, voy a pedir a Jimena que se aloje allí, quiero cuidar de ella y del bebé cuando nazca.

—Marga, pero todo esto, no puede ser verdad, Ramiro me amaba, solo a mi, íbamos a casarnos.

—Parece que Ramiro tenía mucho amor para dar, pero ese no es mi problema. Solo sé que ahora tendré un heredero, creí que lo había perdido todo, pero Dios me ha regalado una nueva familia.

—Dijiste que yo era como tu hija.

—Las cosas han cambiado —me dio la espalda y se dispuso a marcharse— quiero que te vayas, recojas tus cosas y dejes el piso esta misma noche. No consentiré que esa criatura cuando nazca oiga hablar de ti, no quiero que piense que su madre era la otra. Adiós Elena, lo siento mucho —y cerró la puerta tras ella, cerrando también una etapa en su vida y dispuesta a emprender la nueva sin dejar ningún cabo sin atar.

Volví a la que era mi casa aunque solo por unas horas más, aún no me podía creer lo que estaba viviendo, pero me puse a pensar en todas las noches en que Ramiro llegaba tarde a casa, en su negativa a hacer el amor, y sobre todo en el día en que fui a su despacho y me echó con tanta insistencia. ¿Cómo pude ser tan tonta? Me iba dejando señales por todas partes y yo no las veía. Era una estúpida, y ahora ¿qué iba a ser de mi?

Busqué una bolsa de viaje donde metí algo de ropa y cosas de aseo, cogí la mochila con el

portátil y me marché al hotel más cercano.

Al día siguiente, antes de dejar la habitación me di cuenta que solo llevaba 50 euros en la cartera, así que me dirigí al cajero para comprobar que Marga había cancelado la tarjeta. Sin dinero, con una cuenta que pagar y sin tener a donde ir pensé en las opciones que me quedaban. Terminé en una casa de empeños donde conseguí 2000€ por mi anillo de compromiso, yo sabía que valía cinco veces más, pero no estaba en situación de negociar mucho.

Dejé el hotel, y les pedí que me guardaran la maleta hasta la tarde. Me dirigí a un cibercafé y estuve navegando en busca de ofertas de empleo, me apunté a varias, aunque sabía que mi experiencia distaba bastante de lo que estaban buscando. La línea de mi teléfono móvil también había sido dada de baja, así que llamé a Menchu desde una cabina, pero me salió el buzón de voz en todas las ocasiones.

A las siete de la tarde pasé por el a recoger la maleta y me dirigí a casa de mi amiga, llamé a la puerta varias veces pero nadie abría. Por fin conseguí que una despeinada Menchu con una camiseta larga puesta me recibiera.

—Ele ¿qué haces aquí?

—Menchu, no sabes lo que me ha pasado, esto es una pesadilla, tenía tantas ganas de verte — me dispuse a entrar pero vi que mi amiga franqueaba la entrada incómodamente, miré el interior, y sólo tuve tiempo de ver a Pablo Carreras subiéndose los pantalones.

—Lo siento, no sabía que estuvieras acompañada —y me fui por donde había venido abochornada por lo que acababa de descubrir.

La tarde en Madrid era fría, estaba sola, con una maleta y sin un sitio en el que vivir. Entré en una cafetería, pedí un bocadillo y un café y allí empecé a plantearme a donde ir. Boadilla no era una opción, anímicamente no estaba en condiciones de enfrentarme a mi padre, y menos a Loreto a la que ya suponía instalada en la casa de mi madre. Vací mi cartera, rompí las tarjetas de crédito, la de mi cuenta porque estaba sin fondos tras la compra del reloj de Ramiro, y las que él y su madre me habían dado porque ya no funcionaba ninguna. Tras pagar el hotel, comer, y los demás gastos contaba con 1800€. Entonces tuve claro lo que tenía que hacer, pero antes debía cumplir con alguien, mi madre siempre me enseñó la importancia de cumplir las promesas.

Cogí la tarjeta que me había dado Silvia y llamé a su casa, allí nadie contestaba así que me dirigí al hospital, pregunté por ella en información, me dijeron que no eran horas de visita, pero la enfermera me debió ver muy desesperada y me permitió pasar cinco minutos a verla. Entré en la habitación y me encontré a una Silvia delgada y demacrada durmiendo. Su cabello, que supuse inexistente por los efectos de la quimioterapia, estaba tapado por un turbante hecho con tela de toalla. Me acerqué con sigilo, no quise despertarla, así que saqué un papel, un bolígrafo y le dejé una nota:

Querida Silvia,

Hace semanas que dejé la revista, no sé si lo sabrás. Desde entonces han ocurrido muchas cosas en mi vida, veo que en la tuya también, a veces todo se pone en contra y hay que luchar para salir adelante, para poder seguir viviendo. Ahora las dos nos vemos en la misma

encrucijada, aunque en distintas circunstancias, y tenemos que ser fuertes para que seguir adelante.

Venía a contarte que Carreras sigue haciendo de las suyas, como eres lista creo que no hará falta que te diga con quien está haciendo equipo en este preciso momento, pero bueno, eso no importa, esa es otra lucha, nada que ver con la que tienes ahora mismo dentro de ti. Te pido que seas fuerte y logres superar todo esto, yo haré lo mismo, y para ello debo marcharme, Madrid me trae demasiados recuerdos. Siento que no tengamos más tiempo para conocernos mejor. Estoy segura que habríamos acabado siendo muy buenas amigas. Hasta siempre.

Elena

Dejé el papel doblado en su mesita y me dirigí a la estación de metro, cambié de línea varias veces hasta llegar a la estación de autobuses. Miré las taquillas de venta de billetes y barajé varios destinos. Media hora después estaba en ruta.

Ocho

Un agotamiento sin precedentes se apoderó de Carmen durante las semanas siguientes. Tenía sueño a todas horas, tanto, que desearía quedarse dormida de pie. El trabajo en el bar se hacía interminable, y se pasaba la jornada soñando con meterse en la cama.

Pepe volvió a hacer el reparto, ella evitaba mirarle, tanto por la vergüenza que había sentido por aquel beso como por la que aún sentía por lo que le había pasado después. El chico, convencido de su avance con la muchacha bromeaba con ella sobre la situación:

—Mírame mujer, que parece que te he hecho algo malo.

Ella le dedicaba una breve mirada amenazadora.

—Hay que ver como estás últimamente, cualquiera se atreve a invitarte a un chocolate con churros o al cine.

—Tengo mucho trabajo ¿no lo ves? —contestó ella.

—Algún ratito encontrarás para salir de aquí.

—Estoy muy cansada, de aquí me voy directa a casa.

—Te gusta hacerte de rogar... No te hiciste tanto el otro día.

Carmen dio la vuelta y en un impulso repentino le cruzó la cara de un bofetón.

—Vale, lo he pillado, esto no era necesario —dijo Pepe llevándose la mano a su dolorida mejilla.

—Lo siento, yo... —masculló ella asustada de su propia reacción— no me encuentro muy bien últimamente, siento haberte pegado, pero no me ha hecho gracia tu comentario.

—Perdóname entonces tú a mí. Mira Carmen, yo estoy enamorado de ti, sé que eres muy joven y no piensas en casarte ni nada de eso, pero si algún día te lo planteas, que sepas que haré todo lo posible porque lleves la vida que quieres llevar, trabajaré el doble para que puedas estudiar, y te ayudaré en casa para que no te sientas mi criada.

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Si tú supieras...—y en ese momento tuvo que salir corriendo al baño porque una arcada le impidió seguir hablando.

Con el permiso de Fulgencio Pepe la acercó a casa en su camión, Carmen entró y su madre enseguida salió a ver quien llegaba.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué tienes tan mala cara chiquilla?

—He vomitado y estoy muy cansada, dormiré un rato y seguro que luego me encuentro mejor.

Sara siguió a su hija hasta la habitación, y esperó a que se desnudara, entonces la hizo girarse hacia ella y le miró los pechos hinchados, le oprimió uno con la mano.

—¡Ay mamá! ¿Qué haces? Duele.

—¿Cuándo fue tu último periodo? ¿Cuándo?

—La semana antes de mi cumpleaños.

Sara contó con los dedos y a continuación empezó a santiguarse:

—Dios mío de mi vida y de mi corazón, virgen María ¿Por qué? ¿Por qué nos tiene que pasar esto a nosotros? ¿Por qué? —y nerviosa empezó a sacar ropa del armario de su hija—. Ponte esto que vamos a ver a Don Raimundo.

La muchacha se vistió y siguió a su madre que iba a paso ligero en dirección a la iglesia. Pepe, que había parado a fumar un cigarrillo al dejar en casa a la chica las vio y extrañado por la situación las siguió.

—¡Padre! Tengo que hablar con usted, es urgente, por favor.

—Buenos días Sara, hola Carmen, que mala cara tienes muchacha ¿te encuentras bien?

—¿Bien? ¿Quiere que le diga como se encuentra padre? Preñada. A mi hija la ha preñado ese chico suyo que parece medio tonto.

—Sara cálmese, y pasemos a hablar a la sacristía —Indicó el cura bajando la voz y mirando hacia los lados para asegurarse de que nadie les estaba escuchando.

Pepe, oculto tras una columna, no necesitó oír más, la furia encendió su rostro y se marchó.

El cura hizo sentarse a la madre y a la hija, les sirvió un vaso de agua y les hizo contarle lo ocurrido. La hija contó lo que le había pasado en el almacén, la madre como había visto a Vicente magullado al día siguiente y hablando de lo que había hecho a la muchacha la noche anterior. Carmen dijo que ella no podía acusar a nadie porque no sabía quien había sido.

Don Raimundo escuchó atentamente y las mandó a casa, con la promesa de ir a verlas esa misma tarde. A continuación hizo llamar a Vicente y mantuvo con él una conversación a puerta cerrada que duró más de una hora.

Esa misma tarde el cura, apesadumbrado y cabizbajo llamó a la puerta de la casa de Carmen y mantuvo con su madre otra larga conversación a puerta cerrada.

A las diez de la noche encontraron el cadáver de Vicente ahorcado en una finca cercana, en vez de una soga llevaba al cuello un cinturón.

La noticia corrió por el pueblo como la pólvora, no se hablaba de otra cosa que del pobre Vicente ¿Qué habría pasado por la cabeza del muchacho para hacer algo así?

Mientras tanto, dos personas, un hombre y una mujer jóvenes escapaban del pueblo en un camión, sin un rumbo fijo y con la esperanza de encontrar un perdón a sus pecados.

SEGUNDA PARTE

I

Me despertaron las primeras paradas para dejar pasajeros en Asturias, primero Mieres, luego Oviedo y Gijón, fin de trayecto. La estación de autobuses me recibió gris y destartalada, y con frío, mucho frío. La diferencia de temperatura con Madrid era notable, y más a esas horas y tras un viaje envuelta en una potente calefacción que consiguió aletargarme todo el camino.

Eran poco más de las seis y media de la mañana, y la calle se encontraba casi desierta, exceptuando a los pasajeros que habían llegado a la vez que yo y que eran recogidos por sus parientes o estaban a la espera de un taxi. Enfrente había una cafetería abierta y allí me dirigí. Dentro solo estaban dos clientes somnolientos y otros tantos camareros que se afanaban por organizar sus cosas detrás de la barra.

Pedí un café, tostadas y un zumo, tenía mucha hambre, no había tomado nada desde la tarde anterior. En cuanto vi a uno de los camareros desocupado le abordé para preguntarle por algún alojamiento económico en la ciudad.

Tras las explicaciones pagué, dejé una pequeña propina y me fui a la dirección indicada. Por suerte en aquella pensión tenían habitación libre, con un mobiliario básico y anticuado, y aseo propio con ducha, en ese momento era lo único que necesitaba.

Me duché, me metí en la cama y dormí hasta el medio día. Después salí a dar un paseo por la ciudad. Pasé por parques, plazas, calles peatonales y otras repletas de tráfico. Observé a la gente, unos iban y venían con bolsas de la compra, otros paseaban tranquilamente. Envidié sus vidas. Les imaginaba llegando a sus casas a la hora de comer, con sus familias esperándoles y disfrutando de una buena charla en la sobremesa. A mi no me quedaba nada de eso.

Encontré una oficina de turismo, y una chica muy amable me dio un mapa en el que ubicó todos los sitios de interés de la ciudad. No fui a visitar ninguno de ellos, ya tendría tiempo cuando encontrara un trabajo y alquilara un apartamento en el que vivir, ahora no podía permitirme otra cosa.

Necesitaba rehacer mi curriculum, imprimirlo y empezar a buscar empleo. Pero antes de nada necesitaba un teléfono móvil que funcionara para que pudieran localizarme. Opté por uno de prepago, luego, en un cibercafé, rescaté de un mail enviado uno de mis CV, modifiqué el teléfono, la dirección y lo imprimí. Hice cincuenta copias y las entregué en distintos establecimientos: cafeterías, tiendas de ropa o regalos, estancos, mercerías... cualquier sitio que pudiera ofrecerme un trabajo sencillo que me sacase del apuro por el momento, ya tendría tiempo de encontrar algo más acorde con mi preparación.

Pasaron unos días y mi autoestima empezaba a reducirse. El teléfono no sonó ni una vez, mi dinero iba menguando y empezaba a tener la necesidad urgente de algún tipo de ingreso económico. Preparé hojas con mi número de teléfono en las que me ofrecía: en unas a cuidar niños, en otras a limpiar, en otras a dar clases particulares de distintas materias... en esta ocasión sí que recibí alguna llamada, pero ninguna terminó cuajando, así que muy pronto me encontré con menos de 1000€ en mi haber y un futuro muy poco prometedor.

Pasé unos días encerrada entre pesimismo en los que me dediqué a escribir, a tumbarme

encima de la cama y a llorar, mi vida había dado un giro radical, del lujo y la ropa de marca había pasado a vivir en una pensión de mala muerte que muy pronto no podría seguir pagando. Pensé en volver a Madrid, pedir perdón a “mi padre” y volver a casa, pero mi orgullo por entonces era grande, y plantarme cara a cara con él y admitir que la que yo había adoptado como nueva familia se había roto en mil pedazos de aquella forma era demasiado para mi ego.

Hablé con la dueña del hostel, y le conté mi situación, me ofreció ayudar con la limpieza y la colada, por unos pocos euros y sin contrato.

—Estamos en mala época y apenas llenamos unos pocos días. Te pagaré poco, pero a cambio te bajaré el precio de la habitación —me explicó la mujer.

A los dos días me dijo que era demasiado lenta, que se notaba que no estaba acostumbrada a limpiar o a planchar y que lo que yo hacía en un día no tardaba ella o cualquiera de las chicas que iban a ayudar ni dos horas.

Molesta por escuchar aquellas verdades, recogí mis cosas y me marché de allí, me quedaban 500 € en el bolsillo.

Mi situación era límite, no conseguía trabajo “porque la cosa estaba mal” o “necesitaban a alguien con más experiencia” y mi dinero menguaba a cada minuto.

Había visto días atrás una tienda de compra venta de todo tipo de cosas. Vendí parte de mi ropa, estaba nueva y era buena, entregué todo lo que aceptaron, aunque conseguí poco efectivo. Me quedé con el portátil, era pequeño y no me darían demasiado por él, además seguía siendo el único que sabía toda la verdad, en el que escribía todo lo que había pasado a mi madre.

En la misma tienda compré una mochila más grande y un saco de dormir. Luego fui a otra donde adquirí unas buenas botas y unos cuantos pares de calcetines de invierno. Reorganicé todo en la mochila, y me marché a pasear cerca del mar.

Esa sería la primera noche que dormiría en la calle.

Uno

Carmen dio a luz en un hospital de Guadalajara. Compartía habitación con una mujer rolliza y sonriente que acababa de parir a su tercer hijo, un bebé moreno con abundante pelo y cara enrojecida.

Pepe entró en la habitación con un ramo de margaritas silvestres que había cogido a la salida del trabajo y se acercó a ella, que tumbada en la cama permanecía con la mirada perdida en el infinito más allá de la ventana.

Miró a la otra mujer que movió la cabeza negando y luego se acercó a la cama. Primero comprobó que la niña estaba durmiendo, era pequeña y delgada, dormía con los puños cerrados en aquella cunita transparente ajena a todo lo que pasaba a su alrededor.

Dejó las flores en un bote de conserva que hacía de improvisado jarrón de cristal y miró a su mujer, le apartó un mechón de pelo de la cara, pero ella ni se inmutó.

—¿Cómo te encuentras?

Ella no respondió, siguió mirando a través de los cristales, a la lejanía.

El parto había sido largo y doloroso, cuanto le dieron a la niña no quiso mirarla, no quiso cogerla, no quería saber nada de aquel ser que había formado parte de su cuerpo durante tantos meses.

Las enfermeras le hablaron de depresión posparto, dijeron que poco a poco iría aceptando a la niña, que ella era muy joven y puede que no estuviera aún preparada para ser madre, pero que el instinto nacería tarde o temprano.

Pepe sentía no poder estar más tiempo con ellas, su trabajo en un edificio que se estaba construyendo era el único sustento que tenían. Se levantaba temprano y volvía a la noche, el jornal no era mucho, pero bastaba para pagar un alquiler de un pequeño piso y para comer, aunque a final de mes empezaban a escasear algunos alimentos en aquella cocina.

Ahora, con la niña, todo sería diferente, tendría que buscar otro trabajo, porque los bebés necesitan muchas cosas, y él no quería que a su hija le faltara de nada.

Volvió a observarla en la cuna, tan indefensa, tan silenciosa. ¿Cómo era posible que su madre fuera incapaz de mirarla?

Tardaron aún unos días en volver a casa, Pepe habló con los médicos y les explicó que no podía faltar al trabajo, necesitaban el dinero, y Carmen no estaba en condiciones de atender a la pequeña. Ni tan siquiera se levantaba a darle el biberón cuando lloraba por hambre. Viendo la situación lo de amamantarla ni lo intentaron.

Una de las enfermeras, por pena, quedó en pasarse por la casa todos los días al finalizar su jornada a ver como estaban la niña y la madre, y una vez allí habló con las vecinas para explicarles la situación, y enseguida se hicieron cargo. La niña pasó sus primeros meses en casa ajenas, con mujeres que la alimentaban, la bañaban y le hacían las carantoñas que su madre le negaba.

Cuando Pepe volvía del trabajo pasaba a buscarla al piso que correspondiese y tras agradecerles todo lo que hacían por ellos, se marchaba con su bebé a casa.

Allí seguía una demacrada Carmen, metida en la cama, o tumbada en el viejo sofá de plástico

que venía incluido en el alquiler, seguía con la mirada perdida, sin decir palabra, apenas comía.

—Hola mamá, aquí traigo a nuestra princesa, ya está lista para irse a dormir ¿quieres acostarla?

Carmen no respondió, porque no oía, no podía escapar de la maraña de pensamientos que ocupaban su cabeza. Ella no estaba allí, estaba lejos, perdida, y no encontraba el camino para volver.

Pepe acostó a la niña, luego se dio una ducha y fue a la cocina a prepararse algo. Llevaba tantos días cenando solo que ya no se le hacía extraño. ¿Cómo podía ayudar a Carmen? ¿Qué podía hacer él para sacarla de ese silencio?

Además, ella empezaba a tener un aspecto enfermizo. Estaba pálida y su cuerpo era todo huesos, había perdido incluso las formas propias de las mujeres cuando tienen un bebé, no era la misma.

Las noches se hacían eternas, la niña despertaba cada pocas horas por hambre, y tenía que levantarse, preparar el biberón, dárselo y después cambiarla. La ropa sucia se amontonaba si él no se ocupaba de la colada, y el polvo se acumulaba en los pocos muebles que tenían. Así que antes de acostarse pasaba un par de horas organizando la casa.

Necesitaba dormir, en el trabajo apenas se tenía en pie, el agotamiento le estaba consumiendo, pero luego recordaba a la niña y sabía que era el encargado de sacarla adelante.

Tras cenar volvió a la pequeña salita con suelo de linóleo y paredes grisáceas a ver a su mujer, que seguía acurrucada en el sofá, con el pelo sucio y enmarañado, debía llevar sin cepillárselo desde el hospital. Allí estaba, la mujer de la que se enamoró nada más verla, herida, hundida y sin ganas de seguir adelante.

II

Pasé varias veces por delante del portón de entrada de aquel garaje, debía ser grande porque no pasaban demasiados minutos sin que entrase algún coche. La entrada era por una calle y la salida por otra, así que di varias vueltas a la manzana para encontrar el momento adecuado. En cuanto oscureció me quedé mirando un escaparate de una librería que había al lado, y cuando vi un coche que se disponía a entrar me puse alerta. El portón se abrió automáticamente con el mando accionado por el conductor, y el vehículo entró. Antes de que la puerta se cerrase yo ya estaba dentro.

Tenía tres plantas, con unos sesenta coches en cada una, comunicadas con un ascensor y unas escaleras. Aunque a ratos tenía que esconderme porque entraba o salía alguien fui buscando un sitio adecuado para esconderme. Había un baño por planta, pero supuse que los utilizarían así que no era buena idea. También encontré un espacio vacío en la planta —3 en el que había cuatro bicicletas encadenadas y que no parecía tener mucho uso. Lo malo era que la luz de aquel habitáculo se encendía junto con la de las escaleras, y los ladrillos que la rodeaban estaban puestos a modo de celosía, así que cualquiera podía verme a poco que se asomara.

Me decidí por un hueco tras un coche con una funda, supuse que su dueño no lo utilizaba demasiado al tenerlo tapado, a un lado del vehículo tenían un pequeño remolque tras el que me metí. Saqué el saco de la mochila, me senté con la espalda pegada a la pared e intenté dormir.

A pesar de lo mullido del saco la dureza del suelo se clavó en mis huesos a los pocos minutos. No podía estirarme en el suelo por miedo a ser vista, así que muy pronto sentí hormigueo por las piernas. El aire olía a aceite de coche y a tubo de escape. Los ruidos se sucedían, automóviles que entraban o salían, gente que se bajaba o subía de ellos, risas, charlas, pasos, portazos.

Pensé en salir de allí, en buscar otra pensión, en llamar a casa para pedir perdón y que me sacaran de aquel sitio, pero mi dinero era limitado, y en lo otro no pensaba ceder, no podría mirar a aquella mal teñida ordinaria viviendo en mi casa y durmiendo en la cama de mi madre. Ya encontraría la forma de salir de allí, y sería por mi misma.

Apenas dormí, un par de cabezadas mal dadas y poco más. Tuve pesadillas, en las que me encontraban escondida y me sacaban a rastras. Cada poco me despertaba porque creía oír pasos delante de mi. Llegó un momento en que no pude más, recogí mis cosas y salí a la calle, eran las seis y cuarto de la mañana, con suerte encontraría una cafetería abierta para desayunar.

Encontré una cerca del parque de Begoña, no había nadie, solo una camarera que aún iba a ritmo lento. Pedí un café y un bollo, que engullí. Volví a mirar el móvil, ni una llamada, estaba claro que el trabajo por allí no abundaba mucho. Pregunté a la camarera si sabía de algún bar de los alrededores donde necesitaran personal, me dijo que no, pero que pasara de vez en cuando a preguntar por si le comentaban algo. Le di las gracias y me marché, aún me quedaba un largo día solitario por delante.

Deambulé durante unas horas por la ciudad, observé a la gente, los escaparates, los mendigos que pedían en la calle ¿acabaría yo así? No sé si fue porque por primera vez en mi vida me sentí un poco identificada con su situación, pero busqué en mi cartera algunas monedas y las repartí con ellos.

No podía seguir así, sin trabajo, casi sin dinero, sin un futuro prometedor por delante, tenía que buscar una solución.

Saqué el teléfono y marqué el móvil de Menchu. No contestó a la primera y tuve que insistir varias veces. Al fin lo hizo:

—¿Hola?

—Menchu, soy Elena.

—¡Ele! ¿Y este número? No contestaba porque no lo conocía, y no veas lo pesada que es la peña, todo el día llamando para venderte una cosa u otra, o para que te cambies de compañía.

—Menchu escucha, te llamo porque tengo un problema.

—¡Ay Ele! Problemas tenemos todos, pero oye, tengo que entrar en una reunión importante, me han nombrado jefa de redacción, así que imagínate ¡no paro! ¿Te importa llamarme luego? Besitos, ciao —no me dio tiempo ni a abrir la boca cuando ya me había colgado.

Bueno, al menos ella ya tenía lo que quería, solo esperaba que Silvia estuviera bien, que ese puesto se lo hubiera ganado Menchu a golpe de cama, y no porque Silvia no hubiera superado su enfermedad.

Empezó a llover y me resguardé en una biblioteca, me senté en una mesa alejada del resto, busqué un enchufe para cargar el móvil, saqué mi portátil y me puse a escribir. Tan metida estaba en la historia que me di cuenta de las horas que llevaba allí cuando empezó a rugir mi estómago. '

Salí del edificio en busca de algún sitio que ofrecieran un menú barato cuando sonó el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, me llamo Laura, he visto tu anuncio donde decías que cuidabas niños —la cara se me iluminó con una gran sonrisa—. Realmente busco a alguien que lleve a mi hijo al colegio y le vaya a recoger, mis horarios de trabajo no permiten que lo haga yo.

—Por supuesto ¿qué edad tiene el niño?

—Seis años, y es muy bueno, si te parece quedamos para conocernos y hablamos, a ver si nos viene bien a las dos.

Me dio la dirección del comercio que regentaba y quedamos en vernos esa misma tarde.

Tenía que deshacerme de la mochila, no podía ir con ella a conocer a Laura y a su hijo, no causaría buena impresión.

Decidí arriesgarme y fui a un hostel que parecía barato a pedir una habitación. Me duché, me vestí con la misma ropa que llevaba antes porque era la menos arrugada y me arreglé el pelo como pude. Salí con tiempo para encontrar el sitio y llegar puntual, mi madre solía decirme que no había una segunda oportunidad para causar una primera buena impresión, así que a la hora exacta estaba entrando por la puerta de aquella panadería.

—Hola, soy Elena.

—Hola Elena, soy Laura, encantada de conocerte —se acercó y me dio dos besos—. Bueno te cuento un poco lo que necesito y tú me haces las preguntas que consideres —asentí—. Raúl entra en el colegio a las nueve de la mañana y sale a las tres, porque se queda al comedor. La panadería abre a las ocho, por lo que tendrías que estar en casa a las siete y media, despertar al niño, darle el desayuno, asearle, vestirle y llevarle al colegio. Por la tarde te quedarías con él hasta la merienda, después puedes traerle aquí, a estas horas ya no hay casi clientes, y bueno, si puedes

algunos días llevarle al parque a jugar con otros niños pues sería estupendo.

—Por supuesto que puedo, tengo experiencia con niños —mentí—. Vengo de Madrid donde cuidaba a mis sobrinos.

—Fantástico, ahora voy a llamar a Raúl a ver si te da el visto bueno, al fin y al cabo es para él para quien trabajarás —y llamó al niño que tras hacerse rogar apareció por la puerta trasera de la panadería—. Mira nene esta es Elena ¿Te gustaría que te acompañara todos los días al cole? —el niño tímido se escondió detrás de su madre, era rubio y rollizo, aún vestía el uniforme del colegio que estaba manchado de harina de jugar en la trastienda.

Saqué unos caramelos que llevaba preparados en el bolsillo y se los ofrecí.

—Hola Raúl, seguro que te gustan los caramelos —miré a la madre buscando su aprobación— están muy ricos, son de fresa y de naranja —el niño se acercó a coger los caramelos y me observó, cuando iba a cogerlos de pronto retiró su mano.

—Hueles mal.

Se hizo un silencio interminable

—Hijo, pide perdón a Elena inmediatamente.

—Es que huele mal mamá, huele a pocho.

Laura se acercó a retirar a su hijo.

—Perdona Elena, ya sabes como son los críos.

—No pasa nada —dije poniendo en marcha mi sentido del olfato que de pronto se agudizó y empezó a notar el olor a ropa sucia y algo más, noté como el flujo de la menstruación mojaba mi ropa interior, debía llevar un buen rato así y por los nervios de la entrevista no me había dado ni cuenta.

Laura insistió en que el niño se disculpara pero solo consiguió crear una crisis en el pequeño que comenzó a gritar.

—Huele mal, huele muy mal, no quiero que me lleve al cole, se van a reír de mi los demás niños.

Laura avergonzada también debió empezar a notar el problema.

—Parece que no ha habido suerte con el encuentro, si se calma te volveré a llamar, si no sintiéndolo mucho tendré que buscar a otra persona.

Salí de allí con la cara encendida en rojo, pasé por una mercería donde compré ropa interior barata, y luego por un supermercado donde compré tampones y compresas.

Fui al hotel, volví a ducharme, lavé parte de mi ropa en el lavamanos con la diminuta pastilla de jabón de cortesía y la puse a secar en la barra de la cortina de ducha.

Estaba abochornada, pero estaba claro que mi ropa puesta de varios días y tras dormir en un garaje había adquirido un olor peculiar, y mezclado con el periodo no había forma de disimularlo.

Volví a llamar a Menchu pero a la quinta llamada no había contestado, estaba claro que tenía mejores cosas que hacer.

Dormí muchas horas, cuando desperté puse la ropa encima de los radiadores de la habitación, era diciembre y las calefacciones ya estaban encendidas. Recogí mis cosas y me marché, tras pagar la habitación supe que tardaría en volver a dormir en una cama decente, el dinero que me quedaba debía ser para comer.

Fui directa a la biblioteca, donde seguí escribiendo lo que permitían las lágrimas que a ratos caían a raudales por mis mejillas. ¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Qué iba a ser de mí? Había gastado un dinero que no podía permitirme en el hotel para estar decente para la entrevista y había resultado un desastre. Mi amiga pasaba de mí y ni tan siquiera me devolvía las llamadas. Las cosas no podían ir peor. Estaba hundida, nada me salía bien.

Llegó la hora del cierre y tuve que salir de allí, había anochecido, así que tras sopesar otras alternativas volví al mismo garaje en el que ya había dormido, y repetí las noches siguientes.

Me lavaba un poco en el pequeño aseo de la planta en la que me había instalado, pero el agua helada me hacía desistir al pensar en lavarme el pelo, por lo que se fue apelmazando y adquiriendo un brillo grasiento que denotaba aún más mi nueva situación, era una persona de la calle.

Dormía ligeramente, alertada por cada ruido o por las luces que se encendían, mi cuerpo empezaba a resentirse por el cansancio y el frío, esa humedad que me calaba los huesos y que muchas veces era el artífice de mi duermevela. No encontraba una postura cómoda, estaba encogida en aquel pequeño hueco, y en cuanto me movía me daba con la pared o con el metal del remolque. Tenía que buscar otro sitio, allí no aguantaría mucho más.

Una mañana al despertarme había delante de mí una mujer.

Me sobresalté al verla, cogí rápido mi mochila para intentar escapar, pero la mujer me cerraba el paso.

—Hola linda, no se asuste, no voy a hacerle nada ¿no ve lo pequeñita que soy?

La observé mejor, sí, en realidad era pequeña, debía medir 1,50. Era morena de piel y con el pelo negro, que llevaba recogido en un moño. Llevaba una bata azul, y con atención pude distinguir en uno de los bolsillos y escritas en amarillo las letras que formaban el nombre de una empresa de limpieza.

—Me llamo Fernanda —esperó a que yo le diera mi nombre con una sonrisa.

—Yo soy Elena.

—Hola Elena, no es la primera vez que la veo por aquí, pero siempre estaba tan dormida que no quise despertarla. El caso es que este no es un buen sitio para quedarse, y a mí me puede causar un problema si se entera alguien de que la he visto.

—Lo sé, y lo siento, pero no tengo a donde ir.

—Cuando yo llegué de Ecuador también tuve dificultades, sé lo que es, pero hay otras maneras de buscar cobijo, mejor que este garaje, que aunque trato de mantenerlo limpio entran y salen coches todo el día. Por hoy ya he terminado, qué le parece si me espera unos minutos y vamos a desayunar algo calentito.

Espere allí, aún atemorizada, a ratos pensé que aquella mujer que me hablaba con tanta dulzura aún podría llamar a la policía para que me echara de allí a patadas. Pero no, en menos de diez minutos volvió sin la bata, con unos pantalones que acentuaban sus anchas caderas, un jersey verde y una cazadora oscura.

Salimos a la calle y empezamos a andar, salimos de la zona centro y nos dirigimos hacia un barrio con apariencia más obrera que el resto que yo conocía de la ciudad.

Llegamos al portal de un edificio de paredes oscuras y ventanas con marcos blancos ennegrecidos por el tiempo, subimos a un quinto sin ascensor.

—Aquí vivo Linda, bueno, aquí vivimos muchas personas, pero ahora están todas trabajando. Te prepararé un buen desayuno, estarás hambrienta.

Le di las gracias y se marchó a la cocina, dejándome en una salita repleta de fotos en todas las estanterías, en ellas había niños sonrientes, o familias completas posando para la cámara. El sofá tenía a un lado unas mantas perfectamente dobladas y unos cojines recogidos. Contra la pared había un colchón que sería la cama de alguien cada noche. No había lujos, ni siquiera la decoración era equilibrada, las sillas de la mesa redonda que había a un lado, protegida con un mantel de plástico eran todas diferentes, encima una ensaladera que hacía de frutero estaba repleta de plátanos y naranjas. Todo estaba limpio y ordenado. Sentí tristeza, por no tener un sitio como aquel, era realmente acogedor dentro de sus limitaciones.

Fernanda volvió a la salita con un tazón de leche, una tortilla y un buen trozo de pan. Me hizo sentarme en la mesa redonda y comencé a comer. Ella me observaba como quien mira a un perrillo sediento al que le dan un cuenco con agua.

—Los fines de semana hacemos galletas, pero ya se han terminado, a Mariana le salen muy buenas, así que en cuanto se enfrían nos ponemos aquí a charlar y a comer, y no dejamos ni una.

—¿Cuánto tiempo llevas en España?

—Dos años, vine a buscar una vida mejor, y así traerme a mis hijos, pero las cosas van más lentas de lo que me gustaría. Cuando llegué no conocía a nadie, tenía algunos ahorros, así que fui tirando. Limpié casas, cuidé ancianos... pero de muchos sitios me tuve que ir sin cobrar, porque no te hacen contrato ni nada, así que no puedes ni protestar. Luego conocí a gente de mi país, muchas trabajaban limpiando, y en cuanto pudieron darme un trabajo empecé a limpiar yo también. Al menos estoy legal, gano lo mínimo, pero somos ocho viviendo aquí, así que tocamos a poco, y gasto lo justo para poder mandar dinero a mis hijos, y para reunir para los billetes, a ver si consigo traerlos, o no sé, quizá me vuelva a Ecuador —sonrió con añoranza mirando las fotos, me mostró la de sus hijos, una niña y un niño de unos siete y nueve años repeinados y de ojos vivarachos.

—Son muy guapos.

—Son lo mejor que tengo, les echo tanto de menos, allí les cuida mi hermana, ella tiene otros dos, y su marido no trabaja, así que mando para que coman seis.

—Seguro que están orgullosos de su madre.

—Solo espero que no piensen que les he abandonado, que entiendan que tuve que venir para conseguir lo mejor para ellos —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo entenderán, para ellos también tú eres lo mejor que tienen.

Me sonrió y se levantó a por una hoja de papel y un bolígrafo.

—Bueno, y ahora voy a contarle algunas cosas linda —comenzó a garabatear en la hoja—. Esto es Gijón, aquí estamos, aquí está el garaje, el ayuntamiento, la playa... y aquí está la Cocina Económica, ahí podrá comer, pero mejor es que se pase primero por un albergue que está aquí —señaló con una cruz en el improvisado mapa—, allí se ocupan de las personas que no tienen casa. He ido algunas veces de voluntaria a servir cenas, y aunque no podrá estar de continuo al menos podrá dormir algunos días al mes mientras soluciona sus cosas. De todo se sale linda.

Asentí con tristeza, aquella mujer se estaba portando conmigo mejor que nadie en mucho tiempo, no me había preguntado, no me había juzgado, se había limitado a darme de comer y ayudarme.

—No tengo mucho —continuó— pero tome algo de dinero para el autobús y por si quiere hacer alguna llamada.

—Gracias Fernanda, pero no es necesario, tengo algo, no para pagarme un alojamiento, pero sí para el autobús y comer un bocadillo durante unos días.

—La alojaría aquí, pero no hay sitio, en cuanto quede una plaza se vendrá la hermana de Mariana, que ahora vive en otro piso, pero no se lleva muy bien con la gente de allí.

—Ya has hecho bastante por mi, no sé como podré agradecértelo.

—Sé lo que es la pobreza, y sé lo que es estar sola, a mi me ayudaron en su día y no dejaré de ayudar a quien lo necesite. Además, tiene cara de buena gente.

Eso me entristeció aún más ¿Era yo buena? ¿O había vivido los últimos años pensando solo en mi y ahora estaba pagando por ello?

Dos

La jornada había sido dura, estaban a unas semanas de cumplir el plazo de entrega de la obra y el jefe se mostraba nervioso. Apuraba a los trabajadores hasta el último segundo, y no daba ni un respiro en aquel caluroso día de agosto. Pepe estaba agotado, la niña seguía despertándose por la noche y apenas le dejaba dormir. Por las mañanas tenía que levantarse antes para darle el biberón, cambiarla y dejarla en casa de alguna de las vecinas. A pesar de todo, se pasaba el día deseando volver al piso para recoger a la pequeña, tenerla en sus brazos, y observar sus grandes ojos descubriendo el mundo.

No acababa de entender qué le ocurría a Carmen, llevaba demasiado tiempo metida en sí misma, sin hablar, sin reaccionar ante nada, sin cuidarse, parecía que se estaba dejando morir. Cuando las vecinas iban a su casa tenían que obligarla a comer, y por las tardes, cuando pasaba la enfermera la miraba con rostro preocupado. No entendía como no reaccionaba ante la presencia de su hija, aquella niña indefensa que necesitaba a su madre, no estar el día entero en casas ajenas.

Al finalizar la jornada se despidió de sus compañeros y caminó hacia casa, comenzó a correr un poco de viento, se agradecía tras días enteros como metidos en un horno. Llegó dispuesto a cambiarse para ir a recoger a la pequeña, y nada más abrir la puerta notó como una corriente gélida le golpeaba en la cara.

—Carmen, he llegado, me cambio y paso a recoger a la niña —nadie contestó.

Caminó despacio hasta la salita donde ella solía dormir todo el día tumbada en el sofá, pero allí no la vio. Miró en la cocina, y en el único dormitorio de la casa, todas las ventanas estaban abiertas y las corrientes de aire emitían el único sonido que se permitía aquel silencio sepulcral. Llegó al baño y vio la puerta cerrada, un escalofrío recorrió su cuerpo. Golpeó con los nudillos.

—¿Estás ahí? —silencio. Abrió la puerta despacio, temiendo lo que pudiera encontrarse dentro— ¡Carmen!

Se encontró una Carmen completamente desnuda, con todos los huesos del cuerpo marcándose bajo la piel. Estaba sentada en el borde de la bañera, con una tijera en una mano, y los mechones de pelo que no habían caído al suelo en la otra. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Estás bien? —corrió a arrodillarse delante de ella— ¿Qué te has hecho?

Y por primera vez en semanas Carmen separó los labios para decir:

—Estaba sucio, tenía que deshacerme de él.

Pepe cogió una bata y se la puso, le limpió las lágrimas y quitó todo el pelo que había en el baño. Le dijo que no se preocupase, que todo estaba bien.

Sacó ropa y la vistió con mimo, con miedo a lastimar aquel cuerpo frágil en que se había convertido su esposa, ella como un muñeco sin cuerda dejó que la moviera a su antojo. Cuando consiguió terminar de vestirla fue a buscar a la niña, que por suerte ese día estaba en casa de la vecina de al lado. Con el bebé en brazos volvió a por Carmen la cogió por la cintura y le dijo:

—Vamos, alguien tendrá que ayudarnos con esto.

Llegaron a la peluquería de Doña Paquita justo cuando estaba echando el cierre.

Al ver a Pepe con la niña y la cabeza de aquella mujer demacrada y con el pelo lleno de trasquilones no preguntó nada, simplemente se limitó a volver a abrir la puerta de su negocio.

—No me lleva la conciencia que nadie aguante hasta mañana con esos pelos —dijo invitándoles a pasar.

Doña Paquita era una mujer regordeta y de estatura media, tenía cara de bonachona, y regentaba la única peluquería para mujeres que había en aquel barrio. Tenía hijos mayores, y estaba esperando la llegada de su primer nieto, aunque su hijo Rogelio, el que sería padre de la criatura, se había marchado a trabajar a Madrid, así que no podría ver al pequeño tanto como desearía.

—A ver hermosa, siéntate aquí, y veremos que puedo hacer. Y la próxima vez que quieras hacerte un cambio de estilo llamas a Paquita, que para eso estoy aquí.

Con cuidado fue igualando los mechones de Carmen, cortando y observando los resultados en el espejo. Observó mientras a la muchacha, aún tenía la mirada perdida, aunque a ratos miraba en el espejo el reflejo de su cara, hinchada por las lágrimas, color cetrino por la falta de luz y con el dolor clavado bajo la piel. El pelo solo era un complemento poco favorecedor a su sufrimiento.

—Pues no te queda mal el pelo corto, pero claro, que una cara como la tuya puedes quedarte calva y estarás guapa también —terminó su trabajo haciendo una mueca de aprobación por el resultado—. En un par de semanas estará mejor, había mechones demasiado cortos, y lo importante es igualarlo, pero estás guapa, muy moderna.

Carmen se observaba ante el espejo sin mediar palabra, Pepe al ver lo tirante de la situación dijo a la peluquera:

—Le agradecemos muchísimo que abriera de nuevo para nosotros, mi mujer quería aprender a cortar el pelo y experimentó con ella misma, pero no volverá a ocurrir, a partir de ahora tiene usted una nueva cliente —y mirando a la niña añadió— bueno, mejor dos.

Paquita le pidió coger al bebé, y empezó a hacerle carantoñas.

—¿Pero cómo iba a dejar a la mamá de esta preciosidad toda despeluchada? ¿Eh? Bonita, que cosita tan linda. A ver muñeca ¿Cómo te llamas tú? ¿Cómo se llama la princesita que se parece tanto a su mamá?

—Elena, se llama Elena —dijo Carmen, que por primera vez, y para sorpresa de su marido, sonrió mirando a su hija.

III

Caminé por la ciudad ubicando todos los sitios que Fernanda había marcado en su sencillo mapa. Hacía frío, y a ratos lloviznaba. Estaban empezando a colocar las luces navideñas en las principales calles: ángeles tocando la trompeta, un trineo tirado por renos y un Papá Noel a bordo, flores, campanas, regalos... cada calle tenía una temática con la que engalanarse de cara a las fiestas. Navidad, llegarían tan señaladas fechas y yo estaría sola en una ciudad casi desconocida. Empecé a valorar las decisiones tomadas ¿había hecho bien en irme? O ¿simplemente había huido de unos planes que no salieron a mi antojo? Pensé en mi casa, en las Navidades cuando mi madre vivía, en como decorábamos cada esquina de nuestro hogar para que no quedase un rincón que no resultase festivo. Y aquellas cenas de Nochebuena, cuando cantábamos La Marimorena utilizando como instrumentos los cazos de la cocina con cucharones de madera. Mi madre, cómo la echaba de menos ¿por qué tuvo que morir tan joven?

Llena de nostalgia me encaminé hacia el albergue. Era una construcción de ladrillo visto que se escondía tras unos edificios altos. Tenía pequeñas ventanas rectangulares que estaban cerradas. Tardé en encontrar la entrada, y aún así di vueltas hasta decidirme a entrar. Me encontraba en una especie de patio con un árbol y unos bancos donde había aparcadas dos bicicletas. Un camión entregaba unas cajas, y un hombre, con un mono de trabajo le firmaba los albaranes al repartidor.

Me dirigí a él, tenía unos 50 años, y miraba a la mercancía recibida como pensando el mejor sitio para ubicarla.

—¿Podría decirme dónde está la recepción por favor?

—Por allí —señaló una puerta de uno de los laterales— pero no sé si habrá alguien ahora. Puede esperar allí sentada si lo desea, yo me ocupo de estas cajas y luego me paso, si aún no ha llegado nadie ya me encargo de buscar quien la atienda.

Le di las gracias y entré por la puerta que me indicó. Tenía razón, no había nadie. Era un recibidor pequeño con dos sillas, en la pared, sobre una lámina de corcho tenían algunos carteles colgados, con normativa de convivencia, horarios y algunos avisos. El sitio olía a lejía, y no se escuchaba ni un ruido. Me quedé allí esperando, de pie, agarrada a las correas de la mochila que llevaba a la espalda. Al rato pasó una señora acompañada del señor con el mono de trabajo.

—El aseo tiene que quedar arreglado esta tarde, hace frío y estamos completos, así que todos los baños son pocos, y échale también un vistazo a los radiadores, algunos necesitan purgarse porque hacen ruido todo el tiempo —en ese momento reparó en mi presencia—. Buenos días, en un momento estoy contigo —siguió dando instrucciones al señor y después se acercó a mi.

—Hola ¿en qué puedo ayudarte?

—Hola, me han dicho que aquí acogéis a personas que no tienen hogar —bajé la mirada avergonzada.

—Ven conmigo, estamos completos, pero algo podremos hacer.

Pasamos a un pequeño despacho con dos mesas, varios armarios y un montón de carpetas clasificadoras ordenadas en estanterías.

—Mira, Sor María no está en estos momentos, ella es quien dirige el albergue, pero no tardará en llegar, iremos rellenando este papel para tener trabajo adelantado.

Cuando terminó de rellenar el cuestionario con los datos que yo le iba facilitando me explicó

el funcionamiento del centro. Podría pasar allí cinco días al mes, el resto podría solicitar plaza en los albergues de Avilés y Oviedo, y así, rotando tendría alojamiento para casi todo el mes. También me habló de talleres de reinserción, en los que enseñaban distintos trabajos. Le conté que llevaba semanas buscando empleo pero que no encontraba nada, y por eso me encontraba en esa situación.

—No te preocupes, algo saldrá, mucha gente pasa por momentos malos, pero también son muchos los que salen adelante.

Quise creerla, pero si estaba allí es porque ya nada me salía bien.

Sor María entró por la puerta en el mismo momento en que iba a preguntar cuántas personas salen realmente de una situación así. La monja vestía un hábito azul del que sobresalía el cuello blanco de un jersey de lana.

—Hermana, esta es Elena, se quedará unos días con nosotros.

—Hola Elena, bienvenida, haremos todo lo que esté en nuestra mano para que tu estancia sea cómoda, si habéis terminado acompañame por favor.

Sor María era mayor, las arrugas poblaban su rostro y el pelo cano asomaba por la toca. Caminaba lento, frotándose las manos enrojecidas para hacerlas entrar en calor. Subimos unas escaleras y pasamos por un pasillo largo y estrecho. Llegamos a una habitación donde me dio una toalla y una pastilla de jabón. De un gran estantería repleta de ropa cogió un jersey grueso y unos pantalones, calcetines y unas bragas.

—La ropa es de segunda mano, pero está limpia, nos la trae gente que colabora con nosotros, y en estas fechas tenemos abundancia, debe ser que la proximidad de las Navidades ablanda corazones —sonrió— la ropa interior la compramos nosotras con el dinero que nos donan, nos parece más higiénico de esta manera, así que no tengas reparo en usarlas. Ahora te enseñaré donde están las duchas para que te asees, te traeré un cepillo de dientes si lo necesitas.

—No se preocupe, tengo uno.

—Bien, pues si precisas cualquier otra cosa nos lo comentas y ya veremos lo que podemos hacer —me dedicó una gran sonrisa que no supe interpretar si era por lástima o por hacerme sentir cómoda.

—Con esto estará bien, muchas gracias —y no pude evitar ponerme a llorar.

—Hija, hay una primera vez para todo, no te avergüences por estar aquí, la vida a veces nos pone pruebas muy duras, pero Dios nos ayuda a superarlas.

No sé si yo creía o no en Dios, pero la calidez de la voz de aquella mujer me daba esperanza.

Cuando se marchó me desnudé y me metí en la ducha. El agua estaba templada, hacía días que soñaba con algo así, sentía como la suciedad se desprendía de mi cuerpo. Después me sequé, metí mi ropa en una bolsa que me habían dado y me vestí con la limpia. Los pantalones me venían grandes, así que di una vuelta a la cintura para que no se cayesen. El jersey picaba un poco pero era calentito. Me miré al espejo, y a punto estuve de sacar la máscara de pestañas y el colorete para dar un poco de alegría a mi cara, pero me pareció que estaba fuera de lugar.

Me indicaron donde lavar mi ropa, y después me acompañaron a una habitación con tres literas, en las que esa noche dormiríamos un total de seis mujeres, quizás alguna más, porque había camas plegadas pegadas a la pared.

También me dieron unos bonos para comer en la Cocina Económica, me dijeron que el albergue tenía el comedor lleno, pero que la cena podría hacerla allí sin problema.

Salí de nuevo a la calle, más limpia pero con la moral más baja. Hacía unas semanas frecuentaba los mejores restaurantes de Madrid y ahora disponía de un bono para que me diesen de comer gratis. Caminé despacio, casi arrastrando los pies, no tenía prisa por llegar a ningún lado, mi vida se había reducido a buscar donde comer y donde dormir, y para ese día tenía los dos problemas cubiertos.

Llegué al edificio, no tuve que preguntar donde estaba el comedor porque allí había un buen número de personas que iban al mismo sitio. Les seguí y me encontré en una sala con mesas, sillas y una línea por la que pasabas a recoger la comida. Comí un plato de lentejas y pollo con patatas en una mesa compartida con personas que no conocía. No sé ni de que hablaron, ni como eran, me limité a comer. Después me ofrecieron un yogurt, pero fui incapaz de seguir ingiriendo nada. Salí de aquel comedor con la mirada clavada en el suelo, no quería aceptar que había tenido que recurrir a aquello.

Los primeros días en la calle estaba sola, así que mi necesidad solo era conocida por mi, pero ahora, ahora era pública, y la vergüenza me podía. Volví al albergue donde pregunté si podía acostarme un rato, no me encontraba bien, me acurrugué en una litera y lloré toda la tarde. Después fueron llegando otras mujeres, dos de ellas con evidentes signos de drogadicción, no podía calcularles la edad porque tenían la piel llena de marcas y una imagen cadavérica. También llegó una señora mayor, que al verme acurrucada en la cama se acercó a mi.

—Si yo tuviera tu edad estaría todo el día bailando, pero mis piernas ya están cansadas y no me lo permiten. Levántate mujer, que no queda nada para la cena.

—Estoy enferma —susurré.

—La tristeza es una enfermedad que podemos curar nosotros mismos, que de eso sé un rato. Me llamo Belén ¿Cómo te llamas tú?

—Elena.

—Pues Elena, hoy te invito a cenar, tendremos aguachirri con fideos y patatas con despojos, me han dicho que ha desaparecido uno de los inquilinos de esta humilde morada, así que supongo que los despojos vendrán de ahí.

No pude evitar reírme.

—No te rías no, que la caña de los huesos tiene mucha sustancia, si lo sabré yo que me he pasado la vida entre fogones.

—¿Eres cocinera?

—Era, hasta que mis manos dejaron de serlo —me mostró sus manos, con los dedos retorcidos en una posición imposible.

—Lo siento, yo no sabía...

—No tenías porque saberlo, y no lo sientas, tú tienes las manos bien bonitas, la que lo siento soy yo que me quedé sin trabajo, y con una mísera paga que no me da para vivir de una forma decente. Pero bueno, bastantes penurias tenemos ya, vamos a cenar, y así charlamos un ratito, que llevo todo el día en la calle sin hablar con nadie, y así me voy a volver tarumba.

Me levanté de la cama y bajé con Belén al comedor, justo al lado un ventanuco daba a la cocina donde las cocineras no paraban ni un segundo. Había bastante gente esperando la cena, personas de todo tipo, algunos con pinta de llevar años en la calle, otros, parecían gente normal, de la que al final del día se van a su casa.

Nos sentamos en una mesa pequeña y empezamos a charlar.

—Nunca te había visto por aquí.

—Llegué a Gijón hace unas semanas, soy de Madrid.

—Vaya, una señorita de la capital, cuanto honor —su broma no me hizo gracia y ella lo notó—. Yo soy andaluza, de un pueblecito de Cádiz, vine aquí a trabajar, un buen trabajo, en un buen hotel. Pero caí enferma y mis huesos empezaron a hacer de las suyas. Estuve de baja mucho tiempo, y cuando volví me despidieron.

—La gente no tiene corazón.

—La gente tiene negocios que sacar adelante, y yo ya no podía cocinar como antes, no es que mis manos sean inútiles, pero hay cosas que ya no puedo hacer —miró sus manos con tristeza— luego me gasté todo mi dinero en un abogaducho que me consiguió una pequeña paga de 300 euros y luego me sableó por sus servicios.

—¿No has pensado en volver a Cádiz?

—Allí no me queda nadie, me casé pero no tuvimos hijos, creo que alguno de los dos no podía, pero por entonces no me preocupó mucho. Después mi marido se cansó de mí, y andaba por ahí de picos pardos, hasta que me harté y le dejé. Fue cuando me vine a trabajar a Asturias, y mira como han salido las cosas después, está claro que no tengo buena estrella.

—¿No tienes más familia?

—Sí, tengo dos hermanas, casadas y con hijos, pero tampoco quiero cargarlas a ellas con mis problemas, viven con lo justo. En Navidad siempre mando un regalo para los niños, y alguna vez he estado tentada de ir a verlas, pero luego pienso en dormir en una cama calentita y seguro que luego no me sacan de allí ni con agua hirviendo.

—¿Conocen tu situación?

—No, exactamente no saben como vivo, pero como no doy problemas tampoco se preocupan demasiado, las llamo muy de vez en cuando y me invento historias, viajes y demás —se calló un instante y luego me preguntó— ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

En ese instante llegó uno de los voluntarios del albergue con una sopera para servirnos.

—¿Lo ves? Aguachirri, el plato estrella de la casa, y ya verás cuando llegue el muerto con patatas.

Nos reímos y comenzamos a cenar. A nuestra mesa se sentaron poco más tarde otras dos personas por lo que dejamos la conversación que manteníamos para otro momento.

A la hora de irnos a la cama éramos ocho mujeres en total, dos dormían en camas plegables que habían extendido en medio de la habitación, por lo que no había lugar de paso. Una de ellas tenía una tos continua que hizo que tardara en conciliar el sueño, pero al final caí rendida.

Tres

Carmen parecía haber despertado de su letargo, no solo llevaba a la niña perfectamente aseada, alimentada y vestida, sino que había hecho de aquel piso un pequeño hogar. Había cosido unas cortinas, blancas para la salita y la habitación, de cuadros blancos y rojos con dibujos de cerezas para la cocina, y color crema para el baño. La casa lucía limpia y ordenada, con una mano de pintura estaría perfecta, pero habría que esperar a que Pepe tuviera menos trabajo para hacerlo.

Por las mañana iba a hacer la compra con la niña en un carrito prestado por una vecina, su amplia sonrisa la habían hecho ganarse a la gente del barrio, que además se deshacían en elogios y carantoñas con la pequeña. Y muchas veces iba a visitar a Paquita, aunque solo entraba si veía que no tenía clientela, no quería molestar.

—Buenos días Paquita ¿Cómo estás?

—Buenos días Carmen, acércate y déjame ver a la pequeña —le decía la peluquera en cuanto la veía atravesar la puerta.

—Vamos Elena, vamos a ver a Paquita.

—Que preciosidad, y que gordita se está poniendo, cómo se nota que está bien alimentada.

—Come muy bien, no hay queja, y ya ha empezado a dormir las noches de tirón, así nosotros también podemos descansar un poco.

—No me hables de las noches, que tengo a mi Juan con un dolor de espalda que no le deja dormir, y con sus quejidos yo tampoco pego ojo. Luego estoy aquí que cualquier día me quedo dormida con el secador en la mano y le hago un estropicio a alguna clienta.

—Deberías tener a alguien que te ayudara, así podrás descansar un rato cuando las noches sean malas, o estés enferma.

—Ay mi niña, ya quisiera yo, pero aquí no da para pagar a nadie, y si subo los precios me quedaré sin clientas.

—Podrías meter a alguna chica a aprender, no le pagarías, pero le enseñarías a cortar, teñir, peinar...

—¿Y quién va a querer pasarse aquí el día entero aquí de gratis?

—Yo, me encantaría aprender un oficio, y creo que me gustaría ser peluquera.

Paquita se sorprendió, aquella era la chica que había llegado semanas atrás al lado de su marido con el pelo destrozado y la mirada perdida, aquella era la misma chica que cuando entró ni tan siquiera miraba a su bebé, y ahora no solo venía haciéndole carantoñas a la niña, a la que llevaba preciosamente vestida, sino que quería trabajar, y ella creía que era una gran idea.

Así empezó Carmen a frecuentar la peluquería, primero lavó cabezas, después aprendió a teñir, observó a Paquita cortar melenas y hacer peinados y recogidos. Primero iba unas horas y después se pasaba allí el día entero. Elena en el carrito, y después en la silla, las acompañaba en la peluquería, y siempre había alguna clienta o alguna niña que se ofrecía a darle un paseo mientras su madre se afanaba por barrer los pelos que habían caído al suelo o quitaba rulos de alguna cabeza.

—A esta niña tiene que darle el sol, me la llevo a dar una vueltecilla, y luego te la traigo —

solían decirle.

Pepe estaba encantado con el cambio de Carmen, ahora llegaba y ya no se encontraba aquellas escenas desoladoras. Siempre iba bien peinada, y se maquillaba con mucho gusto, ya no era la adolescente de la que se había enamorado, se estaba convirtiendo en toda una mujer.

Además de su trabajo de aprendiz en la peluquería se ocupaba de la casa, y de la niña, que crecía fuerte y sana.

Al principio Pepe echó de manos el no darle los biberones, después echó de menos el no cogerla en brazos, o el no bañarla o cambiarla. Carmen había pasado de no mirar a la niña a ocuparse de ella de una manera obsesiva, tanto que él llevaba semanas casi sin verla, porque cuando se iba estaba dormida, y cuando llegaba su madre se había ocupado del baño, el biberón y acostarla. Pero no le importaba, había soñado tantos días con que ella saliera de la depresión que aunque lo hubiese hecho de forma tan exagerada se sentía contento y feliz por ello.

También estaba el trabajo, quedaba poco tiempo para que acabase la obra en la que estaba y no tenían ninguna más a la vista, lo que quería decir que iban a tener que hacer las maletas y marcharse a algún sitio, y ahora no dependerían solo de él, quizá Carmen pudiera entrar de ayudante en alguna peluquería y así contarían con dos sueldos, y eso significaría poder asentarse en algún sitio. Llevaban meses de un lado para otro y aquello no era vida, ahora tenían una hija a la que proteger, y querían que creciera tranquila, no tener que empaquetar sus ropas y juguetes cada cierto tiempo.

Doña Paquita estaba muy satisfecha de la evolución de su aprendiz, no solo era atenta con las clientas y mantenía la peluquería limpia y ordenada, sino que ya se ocupaba de todas las manicuras y de la mayoría de los peinados. Tenía mano aquella muchacha para hacer que las señoras salieran elegantemente peinadas de allí.

Una mañana que estaban tranquilas, porque llovía y los días de lluvia tenían menos trabajo, Doña Paquita se quitó la bata con la que trabajaba, se sentó en uno de los sillones y le dijo:

—Bueno muchacha, es hora de empezar a cortar, así que coge las tijeras y arrégrame este pelo, que no veas los malabarismos que tengo que hacer para hacerlo yo misma.

Carmen no dudó, le puso una bata, le humedeció la cabeza y poco a poco fue poniendo en práctica todo lo que llevaba observando en el tiempo que llevaba allí. El resultado no pudo ser más favorecedor.

IV

Mi estancia en el albergue resultó difícil, nos trataban muy bien, la cama estaba limpia, podía ducharme y lavar mi ropa. Pero cuando llegaba la noche dormir se hacía complicado. Toda aquella gente venía de la calle, con los huesos calados de frío y con infecciones respiratorias que se convertían en un continuo toser minuto tras minuto. Tampoco faltaban las discusiones, alguien se quejaba de que le faltaba algo, acusaba a otra persona y comenzaban trifulcas en las que muchas veces tenían que intervenir para poner orden las personas que trabajaban allí.

Intentaba permanecer dentro del recinto el menor tiempo posible, me iba a una biblioteca del centro donde pasaba las horas, así que por las noches, cuando regresaba, no estaba en tan malas condiciones como los que se pasaban el día entero en la calle. También había vivido los gritos y el escándalo de los que llegaban bajo la dependencia de alguna droga y carecían de ella. A veces se vivían situaciones bastante violentas.

Acabé de pasar mi última noche allí, ahora podía ir a otra ciudad y solicitar una plaza en otro albergue o volver a dormir en la calle. Me quedaban 50€ en el bolsillo, unas botas, un saco de dormir, dos jerseys, dos pantalones, calcetines y ropa interior, además de un neceser de aseo, mi ordenador, que mantenía siempre oculto de los ojos de los demás y solo sacaba en la biblioteca, y un maldito teléfono móvil de prepago que nunca sonaba, y cuyo saldo para hacer llamadas era de dos euros.

Pregunté a Belén que hacía ella durante el día.

—Pedir chiquilla, ¿qué voy a hacer?

—¿Puedo acompañarte?

—Mira, esto no funciona así, no se pide en grupo, cada uno tiene su modo de hacerlo, vendrás conmigo y te explicaré ciertas cosas, luego tendrás que buscarte la vida.

Entonces me llevó por distintos sitios, me habló de las plazas, si un mendigo solía pedir en la puerta de un supermercado no iba a permitir que nadie más se pusiera allí. Las iglesias eran los sitios más solicitados, y solían estar ocupadas desde hacía tiempo por las mismas personas. Allí se sacaba un buen dinero. Las panaderías y tiendas de mucho tráfico eran exclusividad de clanes rumanos que se repartían entre pedir limosna, recoger chatarra y hurgar en los contenedores de basura a buscar alimentos que pudieran llevarse a la boca.

—Vienen familias enteras, se meten a vivir en casas abandonadas y sobreviven como pueden. Esos son cerrados, ahí no entra nadie más. Luego tienes los pedigüeños profesionales, esos tienen un buen sitio, sacan un dineral en limosnas, y pagan su alquiler como cualquiera, vamos, que se sacan un sueldo al mes, los hay hasta con ahorros.

—Eso no es justo ¿no?

—Yo no soy nadie para juzgar, cada uno vive como puede, o como quiere, las hay que prefieren sentarse en un taburete todo el día con una caja para que le echen monedas antes que ponerse a limpiar o a cuidar viejos.

—Pero le están quitando de comer a gente que lo necesita.

—Ay niña, entre los pobres también hay clases.

Belén era lo que ella llamaba una mendiga activa.

—Yo voy de un sitio a otro, entro en las tiendas, en las cafeterías y pido una ayuda, no voy a pelearme con nadie por un buen sitio, al fin y al cabo yo tengo una pequeña paga que me da para comer algunos días, incluso si me pongo mala puedo pasar un par de días o tres en alguna pensión baratita, me llevo unos bocadillos y un cartón de leche y no salgo de la cama hasta ponerme buena.

—¿Y donde duermes el resto del tiempo?

—Con eso sí que puedo ayudarte.

Caminamos por Gijón durante casi una hora, pasamos de un barrio a otro y fuimos ascendiendo por una cuesta hasta las afueras. A un lado dejamos un parque enorme en el que solo había un señor paseando a su perro, hacía demasiado frío.

Llegamos a una fábrica en ruinas, en una de las paredes, en unas letras escritas en sobre azulejo se podía leer sobre su antigua actividad como fabricantes de cerámica.

Delante de una nave destartada en la que aún quedaban restos de maquinaria había un edificio, que parecía ser el destinado a oficinas. Tenía dos plantas, en la baja no había ventanas, unos plásticos tapaban la entrada de frío y ocultaban el interior a la gente que pasaba por delante. La puerta estaba abierta, tras la misma unos tablones parecían ser usados como seguro para atrancarla por las noches. La planta baja estaba prácticamente vacía, se acumulaban algunos ladrillos y en uno de los laterales había unas garrafas que contenían agua. Olía a casa abandonada, y a comida, a una comida especiada que no supe si me repugnaba o me producía curiosidad.

Belén avisó de su llegada.

—Estoy de vuelta, vengo con una amiga —unos ojos grandes relucieron sobre una piel negra en lo alto de la escalera, me miraban fijamente.

—Belén, hola. Hola chica.

—Se llama Elena —me presentó Belén. Este es Lucky, y es nigeriano.

—Hola Elena.

—Hola Lucky.

Subimos las escaleras y lo que me encontré fue un hogar provisional que Belén me fue mostrando.

—Aquí duerme Pedro —dijo señalando un colchón tirado en el suelo sobre cartones, que lucía una colcha grisácea llena de manchas—, aquí Lucky y John —dos camas plegables de patas oxidadas—, aquí Carlos —una esquina apartada y repleta de fotos de paisajes rodeaba un camastro desordenado y lleno de trastos alrededor—. Y esta es la zona de chicas, esa es mi cama, la de al lado la de Tania, ahí Mari Carmen y al lado Berta, tendremos que buscar un colchón para ti, de momento tendrás que arreglarte con el saco.

—Gracias Belén, creo que estaré bien.

—Bueno, aquí hay unas normas. No se hacen preguntas, se comparte lo que hay y se cuida al que enferma —dijo muy seria.

—Estaré a la altura —le dije, y en ese mismo momento Lucky asomó la cabeza por la puerta.

—¿Alguien quiere bacalao con lentejas pero sin bacalao?

No pudimos evitar reírnos, John era un negro amable y sonriente, durante la comida, que consistía en unas lentejas con patatas generosamente condimentadas, y que había preparado en un hornillo que se encontraba en aquella habitación, me contó que llevaba tres años en España, pero que estaba deseando volver a su país, aquí la vida no le había sonreído. En su país era mecánico de coches, aquí ningún taller le daba trabajo.

—Es un manitas —dijo Belén— cosa que se pueda arreglar la arregla, no veas el invento que ha hecho en ese baño para la cisterna, como no tenemos agua corriente ha instalado un sistema de bidones que se llenan una vez al día y surten a la cisterna, para poder utilizarla normalmente.

Un mes atrás había llegado John, uno de sus hermanos, que tampoco había tenido suerte, y que tras una estancia de semanas en Madrid donde no tenía ni para comer, al fin llegó a Gijón, donde con la ayuda de Lucky y del resto de los ocupantes de la casa, se había recuperado y había empezado a buscar trabajos, que aunque no eran continuos le traían algo de dinero. Ahora estaba por horas en un taller ilegal, lo que le daba entre 100 y 150€ al mes.

Lucky había pasado la noche descargando camiones, por 20€, pero esa era la única manera que tenían de salir adelante.

Tras la comida, bajó a una especie de almacén donde hacía tanto frío que funcionaba también como nevera, y trajo un yogurt para cada una, que nos ofreció cantando y con una enorme sonrisa en la cara. Lucky no era de los que se dejaban vencer por la adversidad, y más adelante lo demostraría.

Salí con Belén a pedir durante la tarde, la acompañaba a los establecimientos pero me indicaba que la esperara fuera. Aproveché lo concurrido de la calle para pedir una ayuda a algunos transeúntes, la mayoría no se dignaron ni a mirarme, el resto negaban con la cabeza o como mucho colaboraban con un “lo siento”.

—Lo joven no vende Elena, eres joven, sana, y encima bonita ¿por qué te debían dar una ayuda? Tienes muchas cosas que ellos no tienen. Para conseguir una limosna hay que dar pena, la vejez, la fealdad, que te falte algún miembro, o seas un extranjero perdido, alcohólico, drogadicto, eso es lo que vende. Cuando te ven a ti piensan “¿y esta por qué no va a fregar portales?”. No les importa que lo hayas intentado e incluso así sigas teniendo necesidad. Ellos quieren verte mal, así al darte una moneda se sentirán mejor. Así funciona —me dijo Belén cuando observó mis fallidos intentos de conseguir algo de dinero.

—Entonces ¿qué debo hacer?

—Ya se nos ocurrirá algo, seguro que algo sabes hacer, ahora vamos a comprar comida para llevar a casa, cada uno lleva una cosa y así cenamos todos juntos, lo más parecido a una familia que vas a encontrar por aquí.

Entramos en un supermercado y compramos dos barras de pan y fruta, luego nos fuimos, paseando por toda la ciudad hasta llegar de nuevo a la fábrica de cerámica abandonada.

Por el camino me contó que había conseguido seis euros esa tarde.

—Con eso me da para comprar comida, y hay que contar con los días que comes en el albergue o en la Cocina Económica, con esos vas tirando. Siempre hay que guardar un poco, hay que comprar medicinas cuando enfermas, y esos días sabes que no podrás salir a pedir. Los días de mucha lluvia tampoco son buenos, por la calle la gente no se para y las cafeterías están tan llenas que es mejor no entrar, molestarías a los camareros, y eso puede hacer que un día te veten la entrada, en muchos sitios lo hacen, no es agradable estar comiendo tranquilamente y que te llegue alguien sucio y vestido con andrajos a atragantarte la comida. Yo no suelo entrar en los restaurantes, son mejores las cafeterías. Con la paga que recibo voy haciendo un pequeño fondo de ahorro, algún día seré muy mayor para seguir en la calle, y con ese dinero espero poder

alquilar una habitación baratita en alguna casa, y descansar.

Cuando llegamos a la fábrica había dos estufas de gas funcionando en las habitaciones, en la improvisada cocina varias personas charlaban a la vez que ayudaban con la cena.

John era igual de negro que Lucky, y mucho más guapo, aunque algo más bajo y callado, no hablaba casi español, por lo que se dedicaba a sentarse y escuchar. Estaba flacucho y vestía unos vaqueros deshilachados, que le sobraban por todas partes, y una sudadera roja.

También estaba Tania, que era cubana, había venido a España con un novio que había conocido en vacaciones, y al final, por las presiones de los hijos de él se vio abandonada y sola. Ahora sólo ansiaba juntar dinero para pagar un vuelo a su país. Era bajita y con buenas caderas, cariñosa al hablar y llena de encanto.

Las otras dos mujeres que vivían allí no aparecieron, pero recordé la advertencia de Belén de no hacer preguntas.

Pedro debía tener algo más de 60 años, de estatura media y complexión fuerte, su sonrisa y sus ojos vidriosos hacían ver que había bebido más de la cuenta. Aquel día no hablé con él, supuse que no habría podido ni articular palabra.

Comimos algunos de pie, otros sentados sobre cajas o cartones, charlando los unos con los otros, estaba a gusto, era el mejor momento desde que había llegado a la ciudad.

Tania bromeaba con John:

—Ay mi negro, que lo que tú necesitas es una mujer como yo para hacerte hablar, que te vas a poner blanco de tanto callarte.

Lucky se reía y agarraba por los hombros a su hermano, contento por tenerle a su lado, sin importar las circunstancias. La iluminación la proporcionaba un aparatoso trasto que Lucky había ideado con una batería de coche que proporcionaba energía a varias bombillas, pero solo en aquella sala, en el resto las velas y las linternas hacían el trabajo.

De pronto se oyó como alguien empujaba la puerta de la entrada, y todos se pusieron alerta, los dos hermanos se levantaron aguzando el oído. La puerta se cerró y oyeron como alguien colocaba los tablones que cerraban la casa por la noche, entonces todos se relajaron y continuaron la charla y las risas.

Al rato apareció en la cocina un muchacho alto, con melena y barba de varios días, al hombro traía la funda de una guitarra, saludó a todos, me miró con sus profundos ojos grises y preguntó:

—¿Quién es?

Belén enseguida se adelantó a presentarnos:

—Carlos, esta es Elena, la he traído yo.

Torció el gesto y se marchó de la habitación sin decir ni una palabra.

—No te preocupes, es de pocas palabras, y no le gustan los extraños, cuando coja confianza verás que es un buen muchacho —me dijo apretándome el brazo con sus retorcidas manos en señal de apoyo.

Lucky había dejado unos cartones en el suelo para que pusiera encima mi saco, así me aislaba un poco del frío y la humedad. Las habitaciones estaban un poco caldeadas por las estufas, que se apagaron al acostarnos. Había mucho más silencio que en el albergue, el único ruido que se oía

era el de los coches que pasaban por la carretera cercana y el respirar profundo de mis vecinas de habitación. Me quedé dormida, pero desperté helada de frío cuando aún no había amanecido. Busqué a tientas en mi mochila el otro jersey y me lo puse encima, también saqué los otros pantalones y los metí en el saco, de algo servirían. Con el trajín Tania se despertó.

—¿Tienes frío linda? —y se hizo a un lado en su colchón para dejarme un hueco en su cama.

No me lo pensé dos veces, me metí allí con ella, y aunque no podía moverme por la estrechez, al menos el frío se hizo más llevadero y descansé unas horas más.

Al día siguiente volví a ir a la biblioteca, después fui a comer a la Cocina Económica, ya no podía permitirme otra cosa. Por la tarde me dediqué a pasear mirando los escaparates con su decoración navideña que mostraban todo aquello que yo ya no podía permitirme.

Pasee por la calle Corrida, donde había a cada tramo alguien pidiendo. Entonces vi a una mujer vestida de novia, con la cara pintada de blanco, una peluca y una sombrilla, que estaba estática en una silla. Sí, era una buena idea, bajo el maquillaje no sabrían mi edad, ni mi estado, podía ser una manera de ganarme la vida durante las navidades.

Pasé por una tienda de chinos y compré un disfraz de Papá Noel, una campanilla y un cuenco de plástico. Busqué en varios contenedores, hasta que en uno encontré unos cojines viejos. Me lo llevé todo a un callejón donde me vestí con el disfraz, con el relleno de los cojines engordé el traje por dentro, me fui a la concurrida calle, puse el plato en el suelo y me quedé estática, con la campanilla en la mano. Al rato comenzó a pararse gente, los niños querían hacerse fotos conmigo, sus padres las hacían con el teléfono móvil y muchos me dejaban alguna moneda en el cuenco, cada vez que lo hacían yo hacía sonar la campanilla y los niños se reían a carcajadas. Pasé dos horas así, cambiando de vez en cuando de postura para no quedarme entumecida. Conseguí casi 30€.

Cuando dejó de pasar tanta gente volví al callejón donde me quité la ropa, guardé como pude todo el relleno dentro de mi mochila y me puse a caminar en dirección a casa. Por el camino pararía a comprar comida, había pensado en un pollo asado con patatas, quería celebrar mi nuevo trabajo.

Cuando pasé por el parque de Begoña vi un grupo de gente parado, de allí salía una melodía.

Me acerqué con curiosidad, para ver que atraía a tantas personas, y con sorpresa vi que en el centro estaba Carlos, con su guitarra, cantando y tocando, todos le escuchaban con atención, hasta yo me quedé un rato, sin que me viera, era realmente bueno.

Cuatro

Elena cumplió un año con una pequeña celebración en casa, invitaron a algunas vecinas y a sus hijos, ellas habían criado a la niña sus primeras semanas de vida y eran un poco parte de la familia. También se pasaron Paquita y su marido, que le regalaron un caballo balancín de madera, con una sillita encima en la que se podía sujetar a la pequeña con una especie de cinturón y que la niña se empeñó en estrenar nada más verlo.

Carmen preparó unas tortillas, bocadillos y unos platos con queso y jamón. Para los pequeños había una jarra con zumo de frutas, y los mayores regaron la merienda con vino y cerveza. Era la oportunidad para agasajar a todos aquellos que les habían ayudado tanto en el tiempo que llevaban allí.

Y llegó el momento de la tarta, con una vela en el centro, apagaron las luces y todos cantaron el cumpleaños feliz. Mientras, Carmen traía la tarta en las manos andando muy despacio por miedo a que se apagara la llama. Elena, nada más que le pusieron el pastel delante alargó la manita para intentar tocar el fuego.

—No preciosa —dijo su madre retirándole la mano—, hay que soplar así —y ayudó a su hija, entre las risas de todos a apagar su primera vela.

Tras los aplausos y la apertura de regalos, muchos vecinos se fueron marchando, quedando solo los amigos más allegados.

Juan el marido de Paquita hablaba con Pepe en un rincón de la salita.

—¿Cómo van las cosas por la obra?

—Bueno, se está terminando el trabajo, ahora solo voy media jornada, no sale nada más.

—¿Y que vas a hacer?

—Tendré que buscarme algo, no quisiera marcharme de aquí, la niña es feliz y Carmen cada día está más integrada, no sabes como os agradecemos que la acogieseis en la peluquería, está entusiasmada con el trabajo.

—Pero con lo poco que podemos pagarle no es suficiente para alimentar a una familia.

—Lo sé, y tendré que buscar una solución, pero aún no se me ha ocurrido nada.

—Mi hijo Rogelio trabaja en Madrid, para una compañía de taxis. Está contento, dice que se saca un buen sueldo, y luego están las propinas. Lo malo son los horarios, muchas veces le toca trabajar por las noches, que está mejor pagado. Su mujer no trabaja, porque el niño es muy pequeño y allí no tiene quien se lo cuide, pero pueden pagarse un alquiler y viven sin pasar falta de nada.

—Parece que ha tenido suerte, yo me pasé muchos años al volante, no me importaría trabajar en algo así, conducir me relaja, y siempre será menos cansado que la obra.

—Si quieres hablo con él, a ver si puede meterte, pero claro, supondría marcharse de aquí.

—Eso es lo que quiero evitar.

—Lo que tienes que evitar es que tu familia pase penurias, y aquí el trabajo no sobra.

—Tienes razón, lo hablaré con Carmen, a ver que piensa ella. Gracias por el ofrecimiento.

—De nada hombre, estamos para ayudar, sabes que os apreciamos mucho —y miró a Elena jugando en el suelo con un muñeco de trapo, aquella niña era como una nieta para él, iba a sentir

su marcha.

Todos se fueron a sus casas, Pepe ayudó a Carmen a recoger y a limpiar. Luego acostaron a la niña, que tras tantas emociones se había quedado dormida abrazada a un muñeco. Después se sentaron en el salón y comieron un poco de la tortilla que había sobrado de la fiesta.

—He estado hablando con Juan.

—¿Sobre qué?

—Le he contado que ahora solo trabajo la mitad de la jornada y que no sale faena nueva por la zona —la cara de ella cambió de expresión, sabía que no tardaría en llegar ese momento.

—¿Y?

—Me ha dicho que su Rogelio trabaja de taxista en Madrid, y que puede hablar para que me encuentren un trabajo.

—Lo que supone marcharnos de aquí.

—Sí, sé que la idea no te gusta, a mí tampoco, aquí vivimos tranquilos, tú te dedicas a lo que te gusta y Elena tiene mucha gente que la quiere, pero si yo no encuentro trabajo nos quedaremos pronto sin dinero, y tenemos que preocuparnos por dar a nuestra hija lo mejor.

—¿Y si sale mal?

—No sabremos como va a salir si no lo intentamos. Cuando reunamos algún dinero podrías incluso abrir tu propia peluquería.

Carmen había pensado mucho en ello, por las noches fantaseaba con tener su propio negocio. No es que con Paquita no estuviese contenta, al contrario, siempre estaría agradecida por haberle enseñado tanto y tratarla tan bien, pero le gustaría hacer algo por ella misma, tener sus propias clientas, y sabía que en ese pueblo no podría abrir una peluquería y hacerle la competencia a su amiga.

—Está bien, iremos a Madrid, quiero intentarlo.

Aún tardaron tres meses en preparar su partida, Rogelio habló con su patrón que quedó en darle una oportunidad a Pepe. Sólo puso una objeción:

—En el trabajo se llamará José, para Pepe ya estoy yo, evitaremos confusiones.

—No se preocupe, eso no será problema, es un buen chico, y muy trabajador, le aseguro que no se arrepentirá —dijo Rogelio alegrándose de la decisión de su jefe.

Los vecinos se despidieron apenados de la pareja, y les hicieron algunos regalos para su nueva casa, un juego de toallas, unas sartenes y un vestido nuevo para Elena, que había cosido una de las vecinas. Hubo llantos, besos y abrazos, y la promesa, que nunca se cumpliría, de volver a verse muy pronto.

V

Sor María tenía razón, las Navidades ablandan los corazones de la gente. En aquella época no faltó comida en la casa, incluso había repartos de ropa y mantas en las asociaciones de beneficencia. Los transeúntes se mostraban más generosos con las limosnas e incluso les regalaban tabletas de chocolate y turrón que iban amontonando al lado de una ventana.

La cena de Nochebuena tanto en el albergue como en la Cocina Económica era especial, pero solían estar los comedores tan abarrotados que nadie en la casa pensó ni en aparecer por allí, prepararían su propia fiesta.

Mari Carmen y Berta aparecieron por separado unos días antes, eran las otras dos ocupantes de la habitación de señoras. Un antiguo despacho que ahora ocupaban cinco camastros, el último, apareció allí un día, supongo que de la mano de John y Lucky, y era para mí. Si las dos no eran familia lo parecían. Tenían más o menos la misma edad, y parecían haber vivido en la calle toda la vida, se movían como pez en el agua por la red de albergues y solo en momentos muy puntuales acudían a dormir a la casa. Siempre juntas, siguiendo la misma rutina.

Pedro llevaba días sin salir, cuando no estaba completamente borracho estaba durmiendo, o canturreando alguna melodía triste sentado en la escalera que unía la planta baja con el primer piso.

Me daba pena aquel hombre, parecía haberlo pasado muy mal, era el que estaba más deteriorado de todos nosotros.

El día de Nochebuena por la mañana, antes de salir a hacer la ruta de Papá Noel le oí llorar, y me senté a su lado.

—Cuando somos pequeños las Navidades son lo mejor del año, pero cuando pasa el tiempo estas fechas van convirtiéndose en algo triste ¿verdad? Siempre nos falta algo que en el pasado teníamos y que se echa de menos —al oír mi voz levantó la cabeza y puso una mano en mi brazo.

—He hecho tanto mal, nunca podré perdonarme todo lo que he hecho.

—No se preocupe Pedro, todos cometemos equivocaciones.

—Yo me equivoqué en todo, en todo, tenía una familia perfecta, una casa bonita, un trabajo, amigos, y fallé a todos, y nunca más podré mirarles a la cara.

—Siempre hay tiempo para enmendar errores —apreté su mano, aquel hombre me daba lástima de verdad.

—Yo era de los que iban con traje y corbata ¿sabes? Era un señor respetable, me casé con mi Adriana, y luego nació Noelia, una nena preciosa y lista. Ella me adoraba, cuando llegaba a casa se lanzaba a mis brazos y le encantaba que le hiciera cosquillas, y las perdí princesa, por mi cabecita loca —lloró un rato antes de proseguir—. Trabajaba en una gran empresa, me ocupaba de todas las cuentas, de los pagos, de los cobros, pero lo que más me gustaban eran las inversiones, comprar acciones y que a los pocos meses duplicaran su valor. Los jefes estaban encantados conmigo, era eficaz y les hacía ganar mucho dinero.

Recordé que Belén me había dicho que no se hacían preguntas, no sabía si eso incluía las de una conversación normal o no, pero era él quien me estaba contando sus cosas ¿no se suponía que debía ayudarle a desahogarse?

—¿Y qué pasó entonces? —pregunté.

—Pues que metí la pata —suspiró—, empecé a jugar, primero a las cartas con amigos, después en el casino a la ruleta. Cuando ganaba alguna cantidad me sentía Dios, pero luego volvía a jugar y acababa perdiéndolo todo, y aún más, porque siempre trataba de recuperar hasta la última moneda que había llevado. Al principio jugaba cantidades pequeñas, luego fueron creciendo, y empecé a sacar dinero del banco. Mi mujer no sabía nada, porque las cuentas en casa también eran cosa mía, pero un día devolvieron el recibo del colegio de la niña, así es como ella se enteró. Llamó al banco y le dijeron que estábamos en descubierto. No me pidió explicaciones, solo se dedicó a llorar, lloraba abrazada a nuestra hija, parecían tan indefensas...

Después, le conté lo que me había pasado, le prometí no volver a jugar, le dije que volveríamos a tener dinero como siempre. Y ella me creyó, y yo también me lo creía. Pero ya estaba enfermo, y empecé a buscar más dinero para jugar, estaba convencido que ganaría un gran premio y me haría rico.

—Y volvió a jugar.

—Sí, pero esta vez el dinero lo sacaba de la empresa en la que trabajaba, desviaba ingresos, me quedaba con parte de lo destinado a pagos, negociando con los proveedores pagos en varias veces, creía que lo estaba haciendo tan bien que nadie se daría cuenta.

—Pero no fue así.

—No, en un par de meses me habían pillado, la vergüenza para mi mujer fue enorme, me echó de casa.

—¿No ha vuelto a verlas?

—A la niña sí, estuve en un centro para tratar la ludopatía, y cuando salí iba a verla a escondidas en el patio del colegio. A la madre no volví a verla. Luego mira como terminé, me alejé de ellas, creo que fue lo mejor que pude hacer.

—Pero sigue echándolas de menos.

—Echo de menos todo, a ellas lo primero, pero también el poder darme un baño de espuma, o fumarme un cigarro sentado en mi sofá.

—¿No ha intentado volver?

—Me jugué un total de veinte millones de las antiguas pesetas, si volviera me apalearían. Creo que bastante favor me hicieron en la empresa por no presentar cargos, lo hicieron por la niña, para evitarle la vergüenza, a ellos les debía unos cinco millones.

—Eso es mucho dinero.

—Sí, pero estaba convencido de que alguna vez ganaría, y ya ves, no pude perder más.

—No sé que decirle Pedro, su historia es muy dura, pero tiene que intentar salir adelante, no podemos pasarnos la vida metidos en esta casa.

—De aquí no saldremos, al menos yo. ¿Quién va a dar un trabajo a un viejo borracho y ladrón?

—Pues habrá que dejar la bebida, y demostrar al resto del mundo que ha aprendido la lección.

—Aún hay veces que me cuesta no entrar a un bar a jugarme las pocas monedas que gano pidiendo en alguna tragaperras.

—Saldremos de esta —dije, aunque no plenamente convencida—, ya verá.

Le di un abrazo, olía a alcohol y a sudor. El aseo en la casa lo llevábamos como podíamos, porque el agua escaseaba, por lo que yo optaba muchas veces por ir a darme una ducha al

albergue, donde no ponían problema, al menos el agua estaba caliente y las toallas limpias.

Salí a la calle y me fui a hacer la ruta vestida de Papá Noel. Ese día no fue necesario posar de estatua todo el rato, los niños venían corriendo a saludarme y me pedían que les dejara muchos juguetes esa noche, no conseguí mucho dinero, pero me sentí satisfecha.

Llegué a casa cuando Belén y Lucky preparaban la cena, ese día comeríamos ternera, lo que no era muy habitual, ensalada y patatas. Y Lucky nos prepararía una sopa típica de su país. Teníamos turrón y chocolate, y yo había pasado a comprar dos botellas de vino.

Mari Carmen llegó con una bandeja de dulces que le habían regalado y Berta con una botella de sidra achampanada y más turrónes.

—Turrón duro, anda que solo hace falta ver mi boca para saber que solo podré chuparlo —y nos enseñaba su dentadura falta de piezas.

—Hay una de blando, no te preocupes que sin turrón no te quedas —le decía Mari Carmen.

Tania llegó cantando, alegre como siempre, no sabemos de donde lo había sacado pero llegó con una bolsa enorme de espumillón y adornos.

—En Navidad hay que poner la casa bonita, ayúdame Elenita guapa, que vamos a dejar esto más elegante que el palacio de Banquinjan ese.

Nos reímos y comenzamos a adornar la cocina, cantamos villancicos y así se nos olvidó un poco el dolor que sentíamos por dentro todos nosotros. Lejos de nuestro lugar, de nuestra familia, lejos de una chimenea que espera a llenarse de regalos.

El alboroto casi consiguió que no oyéramos a Pedro irse de la casa.

Belén me miró con tristeza y dijo:

—No soporta estas fiestas, hay que respetarle.

Asentí, pero sentí de nuevo pena por aquel hombre que había sido víctima de sí mismo.

Carlos llegó a tiempo de sentarse a la improvisada mesa. John, aún somnoliento fue el primero en empezar a comer aquellos filetes que me supieron deliciosos. Luego estuvimos charlando, unos hablaban de cuanto echaban de menos a su gente, otros decían que siempre podría ser Navidad, que en esta época no faltaba de nada. Yo callaba y escuchaba, me sentía una traidora entre todos ellos, si estaba sentada en aquella mesa era porque yo solita me lo había buscado. A mi me habían llevado allí mi orgullo y mi egoísmo, el pensar solo en mi y en nadie más.

Tania pidió a Carlos que tocara algo, eso animó la velada, la cubana sacó a bailar a John, que aunque seguía sin apenas hablar se rió con los contoneos provocadores que su compañera de baile le regalaba.

Tras la última canción Carlos se levantó, se fue a su habitación y volvió con una bolsa.

—Bueno, no soy Papá Noel, pero tengo aquí algunas cositas para vosotros.

Comenzó a repartir paquetes, que abrimos con la mayor ilusión, ninguno esperaba un regalo por Navidad.

A Belén le regaló unos guantes de lana para proteger sus malogrados dedos, a Lucky una radio pequeña que el nigeriano agradeció con un gran abrazo, a John un gorro para el frío, a Tania un pañuelo para el cuello lleno de colores, como a ella le gustaba. Mari Carmen y Berta recibieron una bufanda cada una, y yo me encontré con una bolsita de cuero, y al abrirla saqué una pequeña bola de cristal tallado que según le daba la luz reflejaba distintos colores, se la agradecí con una

gran sonrisa.

—No tenías que haberte molestado —dijo Belén—, estamos como para hacernos regalos, además mi niño, yo no tengo nada para ti.

—No necesito nada, pero la música amansa a las fieras, y durante las fiestas se me está dando muy bien la cosa, no podía menos que compartirlo con vosotros. Sois lo único que tengo —Belén le abrazó, y yo me sentí conmovida por aquel momento.

Aquella gente, que carecía de casi todo se cuidaba y compartían lo poco que tenían con los demás. No vi momentos de egoísmo, ni a nadie intentar comerse algo que no le correspondiera de los alimentos comunes. Miraban los unos por los otros, respetando su independencia, sin exigir nada a cambio.

La noche fue tranquila, el vino ayudó a que durmiera de tirón. Cuando me levanté había café recién preparado en la cocina, y un despeinado Carlos sentado en una silla con una taza en las manos.

—Buenos días y Feliz Navidad —le deseé.

—Buenos días —me dijo serio.

—Gracias por el regalo, me ha gustado mucho, no esperaba que tuvieras nada para mi.

—No suelo dejar a nadie de lado, no es mi estilo.

—Desde que estoy aquí parece que no estás cómodo, tengo la impresión de que no te gusto —dije sin mirarle a la cara temiendo su respuesta.

—No importa si me gustas o no, aquí tratamos de sobrevivir, y si no creas problemas yo no seré tampoco un problema para ti.

—Eso suena a amenaza.

—Eso suena a aviso —y dejando la taza vacía sobre la mesa salió de la cocina dejándome sola.

Oí como salía de la casa pocos minutos después.

El resto no tardó en levantarse, era un día de los buenos para conseguir dinero, la gente iba a comer con sus familias y se sentía mal al ver a quien no tenía recursos.

Como mi disfraz de Papá Noel ya se había quedado fuera de juego decidí descansar aquel día, y pensar cual sería el atuendo de mi próxima estatua, tendría que ser algo más atemporal.

Recogí la casa, limpié lo que pude y adecenté las habitaciones. Quería devolver un poco de todo lo que estaban haciendo por mi a aquella gente, y fue lo único que se me ocurrió. Salí a buscar agua para ahorrarles trabajo a Lucky a John, que eran quienes solían ocuparse de ello. Aquellas garrafas pesaban como condenadas, solo podía cargar una a la mitad de cada vez, así que iba rellenándolas a la llegada hasta dejarlas completas, pasé unas dos horas con aquella tarea.

Cuando volví oí un ruido en la planta de arriba nada más abrir la puerta.

—Hola —saludé para asegurarme que me respondía una voz conocida.

—Sube a ayudarme ¡rápido! —gritó Carlos.

Subí a toda prisa y me encontré a Carlos desvistiendo a Pedro, que tenía la cara deformada llena de golpes y heridas, me quedé paralizada.

—¿Qué le ha pasado?

—Supongo que algún cabrón ayer bebió más de la cuenta y se ensañó con el objetivo más

fácil.

Bajé corriendo a por el agua que había dejado junto a la puerta, y con una camiseta que rompimos en trozos fuimos limpiándole las heridas. Apenas se quejaba, si no fuera por que se podía oír su respiración habría pensado que estaba muerto.

—Le encontré cuando vi un grupo de gente mirando, nadie se acercó a ayudarlo, solo se pararon a observar, como si fuéramos perros —dijo Carlos con rabia—. Te ven en la calle, con la ropa sucia y ya no vales nada como persona, se creen superiores, no merecemos nada para ellos.

Callé, estaba enfadado y creí mejor no contrariarlo.

—¿No será mejor llevarle a un hospital?

—Le limpiarán las heridas y le mandarán a casa.

—Es que no le veo muy consciente, no parece estar bien.

Carlos miró a Pedro, que hacía un silbido al respirar.

—Parece que le cuesta respirar, puede que tengas razón, llamaré a una ambulancia —se dispuso a salir de la casa.

—Espera —le dije. Fui a mi habitación y volví con el teléfono móvil que aún tenía dos euros de saldo—. Lo compré cuando llegué a Gijón para buscar trabajo. No sirvió de nada —me expliqué por miedo a que me juzgara.

Llamó a la ambulancia que tardó media hora en llegar, esperé en la calle para indicarles por donde tenían que subir. Fueron rápidos, le hicieron un reconocimiento y, tras mirar aquel lugar en el que malvivíamos, se llevaron a Pedro que seguía casi inconsciente. Carlos fue con él.

Cuando regresó ya estaba bien entrada la noche y todos esperábamos preocupados alguna noticia, según habían ido llegando les había informado de lo ocurrido.

—Está estable —nos dijo Carlos nada más vernos— le han hecho radiografías para ver si tenía daños internos por la paliza, pero está bien. Lo malo es que tiene neumonía. Pasará un par de días en el hospital y luego quieren mandarlo al albergue hasta que se recupere.

—Él no quiere ir al albergue —dijo Lucky— sabes que se niega a ir allí.

—Lo sé, pero tiene que alimentarse bien, dormir en un sitio caliente y llevar un tratamiento adecuado.

—Dejaremos la estufa encendida junto a su cama durante toda la noche, y nos turnaremos para vigilarlo y cuidarlo, y de que coma bien ya me encargo yo —dijo Belén poniéndose en pie. Todos la apoyaron.

—Está bien, lo haremos.

Pusimos un bote vacío sobre la mesa y todos fuimos dejando dinero en él. Con aquello habría que costear la comida, el tratamiento, conseguir otra bombona de butano y, si llegaba, un par de pijamas de felpa calentitos para que pudiera cambiarse todos los días. Aporté todo lo que tenía, menos un dinero destinado al nuevo disfraz que me aseguraría el sustento las semanas siguientes. También le di a Carlos mi móvil para que lo vendiera, algo sacaría por él en alguna de tienda de compra venta de cosas de segunda mano. También tenía el ordenador, pero si me desprendía de él ¿cómo podría seguir escribiendo? Pensé que si la cosa se ponía peor lo haría, pero de momento quería quedármelo.

Pedro volvió a casa dos días después, limpio, con las heridas comenzando a cicatrizar y con el agotamiento que le producía la dificultad con la que el aire llegaba a sus pulmones. Belén le

había preparado caldo, así que le hicieron meterse en cama y tomárselo caliente. Mari Carmen fue la encargada de comprar la medicación, llegó cargada de cajas de pastillas, y luego nos fue explicando a todos cuantos días, cada cuantas horas y en qué cantidad debíamos administrárselas al enfermo.

Nos turnamos en su cuidado, día y noche, no era bueno dejar aquella estufa sin vigilancia, todo el mundo conoce los estragos que pueden causar. Y para alegría de todos, al cabo de una semana, Pedro empezó a mejorar.

Cinco

Llegaron a Madrid a la vez que el frío. La ciudad se mostraba gris y ruidosa, Carmen, con la niña en brazos, la miró con tristeza antes de bajarse del camión. Se quedarían unos días en casa de Rogelio y su esposa, hasta que encontrarán un alquiler adecuado a sus posibilidades y, mientras, José podría ir familiarizándose con su nuevo trabajo, con aquellas calles largas y transitadas que tantas veces recorrería.

La casa de Rogelio estaba cerca de la estación de Atocha, era un piso antiguo, con los techos altos y unas ventanas que malamente encajaban para cerrarse. Tenían dos habitaciones, una de las cuales se cedió a los invitados durante su estancia, la cocina, el salón, que era lo único que daba a la calle, y un baño, que al igual que el resto daban a un pequeño patio interior.

El pequeño Mario, unos meses más joven que Elena miraba con atención a los visitantes, y la niña alargaba sus bracitos para poder tocar al bebé.

—Estaremos bien Carmen —dijo Ana, la mujer de Rogelio al ver que su cara no manifestaba alegría alguna.

—Cuesta empezar de cero de nuevo, tengo ganas de tener un hogar en el que poder quedarme mucho tiempo.

—Yo te ayudaré a buscar un piso que os guste, Madrid es muy grande, seguro que encontramos algo pronto.

—Gracias Ana, eres muy amable al permitirnos quedarnos en tu casa.

—No se merecen, sabemos lo que has ayudado a mi suegra y el aprecio que os tienen, para nosotros sois como de la familia. Ahora vamos a dar de comer a estos niños y salgamos a dar un paseo para que conozcáis el barrio.

El paseo no mejoró la primera impresión que Carmen se había llevado de Madrid. Demasiada gente, demasiados coches, demasiado ruido. Ella había nacido en un pueblo, y después siempre habían vivido en sitios tranquilos, esto no es lo que ella esperaba para su nueva vida.

José observaba a su mujer, y supo lo que significaban aquellas expresiones en su cara. En cuanto se quedaron a solas le dijo:

—Hay pueblos mucho más tranquilos en las afueras de Madrid, yo puedo ir y venir todos los días, por eso no hay problema, lo importante es que la niña y tú os encontréis a gusto.

—¿Has visto que ruido Pepe? Y tantos coches, si hasta me cuesta respirar aquí, no creo que pueda acostumbrarme.

—Mañana, en cuanto acabe de hacer la ruta con Rogelio pasaré a recogeros y buscaremos un sitio en el que vivir.

Tras varios días de búsqueda acabaron en Boadilla del Monte, bastante cerca de Madrid para que él pudiera ir y venir todos los días, pero lo bastante lejos como para no tener ruido ni contaminación. Hasta que reunieran algo más de dinero tuvieron que conformarse con alquilar un pequeño bajo amueblado, con una habitación y un baño reducido con una pequeña ducha. La cocina solo podía albergar a una persona, por lo que las comidas las tenían que hacer en la pequeña mesa que estaba delante del sofá, pero era algo provisional, cualquier cosa mejor que

quedarse en la ciudad.

José se levantaba temprano para irse a Madrid, allí había empezado a conducir un taxi de la compañía, y poco a poco iba haciéndose con la ciudad, los recorridos, y las calles con menos tráfico para llegar antes a los destinos que marcaban los clientes.

Pepe, su jefe, era un hombre entrado en carnes que sacaba las cuentas a final del día, y se quedaba con los porcentajes correspondientes. José percibía menos porque no tenía su propio coche, ese era un tema en el que más adelante tendría que pensar, por el momento se conformaba con tener para el alquiler y la alimentación de la familia.

Carmen pasaba el día sola con la niña en aquella casa, cuando no hacía mucho frío paseaban por el pueblo o iban al parque para que jugase con niños de su edad. Ahora que sabía caminar aquella minúscula casa se quedaba pequeña para toda su energía.

Cuando José llegaba del trabajo la niña ya estaba acostada, cenaba algo con su mujer y se iba a dormir. Madrid le agotaba.

Al llegar la primavera, con algo de dinero ahorrado y la venta del camión pudieron comprar un taxi que les permitiría ganar más dinero. Carmen comenzó a buscar otra casa, una más grande y céntrica, en la que pudiera, cuando su economía lo permitiese, abrir su propia peluquería, pero nada de lo que veía la convencía, y lo que le gustaba no podían permitírselo.

Elena crecía ajena a todas las dificultades, sus grandes ojos negros estaban descubriendo el mundo, y sus manitas alcanzaban cada vez más cosas. Además se pasaba el día con su mamá, que la colmaba de mimos y carantoñas. Era una niña feliz.

VI

Con la mejoría de Pedro la vida en la casa volvió a su rutina, todos salíamos a buscarnos la vida por la mañana, y regresábamos cuando ya había oscurecido.

La cuesta de enero también se hizo evidente para nosotros, que tras la bonanza Navideña empezamos a ver menguadas nuestras ganancias, y teniendo en cuenta que teníamos que sacar también para una persona más la cosa se nos complicó bastante. La lluvia y el frío contribuyeron a nuestra escasez.

Aunque la mayoría seguíamos comiendo en la Cocina Económica, por las noches muchas veces nos íbamos a la cama sin cenar, o con un vaso de leche en el estómago. Al hambre se unía el frío, lo que hacía casi imposible conciliar el sueño. Fueron las noches más duras, en las que intentaba cerrar los ojos e imaginarme que estaba durmiendo cómodamente en mi cama tras haber cenado una rica sopa caliente, pero lejos de calmarme lo que conseguía era aumentar mi tristeza por verme en esa situación, y muchas veces terminaba llorando.

Mari Carmen y Berta volvieron a desaparecer durante semanas, seguramente estarían haciendo la ruta de albergues por toda Asturias, ya eran mayores, y sus cuerpos se resentían más por el frío.

Lucky y John eran los más afortunados, el primero había conseguido un trabajo por horas en un taller los días de mucha faena, y John seguía manteniendo su trabajo, si la cosa no se torcía, no tardarían en salir de la casa para irse a algún piso alquilado, aunque fuera compartido.

Yo me había comprado un disfraz de presidiario, con su bola atada a una cadena y todo, era amplio para poder mantener la ropa debajo y no quedarme helada con aquellas bajas temperaturas. Me pintaba la cara de blanco y una gran lágrima negra cayendo por una mejilla y me pasaba horas en posturas que provocaran la risa, o al menos la curiosidad de los que pasaban. No conseguía mucho dinero, pero al menos era algo.

Los días de lluvia salía con mi mochila y me iba a la biblioteca, allí estaba la calefacción puesta, a veces, antes de ponerme a escribir, me quedaba dormida.

Cuando volvía a casa solía llevar algo para Pedro, un bocadillo, un bollo de pan, un cartón de leche... cualquier cosa que pudiera hacerle ilusión. Y me encontraba a un hombre, aunque casi recuperado, triste y decaído.

—¿Cómo ha pasado el día?

—Estoy cansado de estar aquí, solo os doy más trabajo a vosotros, quiero recuperarme pronto para salir a conseguir algo de dinero, no merezco que hagáis todo esto por mi —y acarició el pantalón de uno de los pijamas de felpa que le habíamos comprado.

—Si no nos ayudamos entre nosotros ¿quién nos va a ayudar?

—Soy una carga princesa, siempre he sido una carga.

—No diga tonterías, nos ha gustado cuidarle, nos hemos sentido útiles —y conseguía que sonriera ligeramente.

Le dejaba descansando y me iba a la cocina a ver si Belén había llegado, ansiaba conversar con ella, era una grata compañía para mí. Pero ella tardó unos días en aparecer, luego me contó que sus deteriorados y viejos huesos habían solicitado una cama cómoda y caliente en el albergue. Echaba un poco en falta que nadie te diese explicaciones ni te las pidiese, que nadie se extrañase

si no volvías a la casa una noche, o si tardabas varias en hacerlo, eso me hacía sentir insegura, si algo me pasaba ¿quién iba a darse cuenta?

Empecé a pensar en mi situación, en que aquello no era vida, en que tenía que salir de allí, pero por más que daba vueltas a las ideas no conseguía que ninguna fuese la solución a mi situación.

En el albergue ofrecían cursos de formación, pero ¿acaso no estaba ya formada y no me había servido de nada? ¿A qué podría dedicarme?

Una mañana de lluvia volví a la biblioteca, me senté en la mesa en que lo hacía habitualmente y me puse a escribir, cuando levanté la mirada observé que en la mesa de al lado alguien se había olvidado un cuaderno, lo cogí y lo guardé. Luego pude observar que solo tenía unas pocas hojas escritas, las arranqué y se lo llevé a Pedro como regalo del día.

—Hola Pedro, hoy le traigo algo que no se come, a no ser que tenga mucha hambre claro — divertida saqué el cuaderno de la mochila—. He pensado que a lo mejor le apetece escribir algo, o dibujar, no sé, para que se entretenga un poco.

—Gracias princesa, pero lo mío siempre fueron los números, la parte artística no la tengo muy desarrollada.

—Todo es ponerse.

—No, unos destacamos en unas cosas y otros en otras, y dime ¿en qué destacas tú?

Le miré perpleja, si contestaba a esa pregunta tendría que contarle todo, y aún no sabía si estaba preparada para confesarme con nadie.

—Soy una buena estatua —le guiñé un ojo, y él me devolvió una mirada triste y dolida. Él me había abierto su corazón hablándome sobre su pasado y yo no quería corresponderle hablándole del mío. Ahora sé que hice mal.

Me metí en la cama deseando que al día siguiente no lloviera, el mes estaba siendo nefasto, y necesitaba comprar algunas cosas de aseo. No recuerdo cuando me dormí, pero sí que me despertó una mano, y al abrir los ojos vi una mirada profunda clavada en mí, era Carlos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Ven conmigo —me dijo, y yo le seguí.

Me guió hasta su habitación y allí pude ver a Pedro, tumbado en su cama, completamente quieto, a su lado un vaso derramado al lado de las cajas vacías de sus medicamentos, y una nota, escrita en el cuaderno que le había regalado que solo decía “Gracias por todo amigos”.

Me eché a llorar, aquel pobre hombre no había soportado vivir con su culpa, sabía que por mucho que consiguiera salir de la pobreza jamás recuperaría todo aquello que anhelaba. No tenía esperanza, y sin eso, no se puede vivir.

Carlos me abrazó, él también estaba temblando, aquella pérdida iba a ser muy dura para todos.

—Debemos calmarnos Elena, hay mucho por hacer.

—¿Qué hay que hacer?

—Pues llamar a la policía para decirles que hemos encontrado un cadáver, y marcharnos de aquí cuanto antes.

—¿Cómo vamos a marcharnos y dejarle sólo? ¿Y los demás? ¿Cómo vamos a avisarles?

—Todos salimos a diario con las cosas que necesitamos, no hay nada aquí que no puedan conseguir por ahí.

—No Carlos, no podemos hacer eso, las camas, y la ropa, los cacharros para cocinar, todo está aquí, y sabes lo que cuesta conseguir todo eso. Además, creo que Pedro merece que alguien esté a su lado.

—¿Quieres quedarte con él? —preguntó irritado— ¿Sabes que es lo primero que harán? Pedirte la documentación, y si alguien está buscándote será la forma de encontrarte ¿eso es lo que quieres?

Lo pensé un momento, seguramente nadie me buscaba, pero si lo estaban haciendo no quería que me encontraran, no en aquellas condiciones.

Tapamos el cuerpo de Pedro con una manta y recogimos varias cosas, un carro de la compra que usaba Belén como maleta nos sirvió para llevarnos el hornillo, una cacerola y mantas. El resto fue en la mochila de Carlos y la mía, y en varias bolsas más que cargamos antes de marcharnos.

Estuvimos dando vueltas, él miraba edificios y casas abandonadas, las observaba y negaba, volvíamos a caminar y volvía a observar. Al cabo de una hora paramos delante de un edificio cercano al parque de Isabel la Católica, tenía varias plantas, y ocupaba la mitad de la manzana, aquello era enorme. Dimos varias vueltas y me fijé en sus ventanas, había plantas con ventanas que parecían nuevas, en otras viviendas habían sido arrancadas y podían verse dentro unas paredes pintarrajeadas e incluso quemadas por el fuego. Nos dirigimos a la entrada, que estaba cerrada con unos tablones cruzados clavados. Pudimos colarnos por una trampilla que alguien había hecho y que más parecía para entrada y salida de perros que para una persona. El edificio estaba abandonado, pero allí vivía más gente. Noté que nos observaban, nadie dijo nada.

En las escaleras encontramos basura y excrementos, allí apestaba, seguro que había ratas entre toda aquella porquería. Por suerte ninguna se dejó ver.

Dejamos las cosas escondidas en uno de los pisos vacíos, haciendo el menor ruido posible. Quedamos en que él avisaría a los hermanos nigerianos y yo me acercaría al albergue o iría por las calles donde podría encontrarme con Berta, Mari Carmen o Belén, para avisarlas de lo sucedido y de nuestra nueva ubicación, quedamos en vernos allí al anochecer.

Tardé en encontrar a Belén, variaba sus rutas según le parecía, pero a la hora de comer era fácil localizarla en la Cocina Económica. En cuanto vio mis ojos enrojecidos supo que algo había pasado, y me apartó a una esquina, donde le conté todo. Se santiguó y dijo:

—Si es lo que él quería está bien, no se puede obligar a nadie a vivir.

Y luego comimos en silencio, aunque no pude meter más de dos cucharadas de sopa en el estómago.

—Vamos Elena, tienes que comer, hace frío y ahora si nos cambiamos de casa no nos va a sobrar el dinero —me riño Belén.

—Es que me acuerdo del pobre Pedro, allí, tan quieto.

—Mi niña ¿es la primera vez que ves a un muerto o qué pasa?

—No, vi a una persona morir —bajé la mirada al plato— a mi madre.

Belén se levantó y me dio un abrazo que sirvió para que soltase las lágrimas que me quedaban dentro.

—¿Sabes qué te digo? —me acarició la cabeza—. Ha llegado el momento de salir de toda esta mierda. Hoy tendremos reunión familiar.

No sabía qué quería decir con eso, pero sus palabras sirvieron para calmarme.

Por la tarde encontré a Tania, estaba en el parque sentada con un anciano al que le pasaba la mano por los hombros. No iba a acercarme, pero ella me vio y enseguida vino a mí.

—Hola linda ¿Cómo tú por aquí?

—Venía a comentarte algo, pero parece que estás ocupada —le dije reprochándole la actitud con aquel señor.

—Nena, no les robo, simplemente les doy un poco de cariño, y ellos me dan dinero para me compre alguna chuchería, algunos no tienen ni para darme.

—Tania, eso no está bien.

—¿No está bien? ¿Y quién lo dice? ¿Es mejor que estén solos y nadie les de un beso o un abrazo? ¿No crees que si me dan el dinero lo hacen con gusto? La mayoría se pasa días enteros sin hablar con nadie, y yo les doy conversación, solo eso, otros buscan algo más pero ¿Qué tiene de malo? ¿Es mejor dejar que se pudran?

Torcí la cara dándome cuenta de que había sido demasiado brusca.

—Lo siento Tania, lo siento de verdad, yo no soy quien para juzgarte, supongo que tengo demasiados prejuicios, pero tal y como me lo dices tienes razón.

—Está bien linda, ¿Qué tenías que contarme?

—Pedro ha muerto, se quitó la vida con las pastillas.

Una mueca de dolor se dibujó en su cara, miró hacia el anciano del banco, me hizo una seña con la mano para que la esperara un momento, fue a darle un beso, se despidió de él y me acompañó.

—No se dejaba ser feliz —me dijo al cabo de un rato— no se lo permitía, él quería pagar por el dolor que había causado.

—Lo sé, y me da mucha pena.

—No linda, él eligió, al igual que tú eliges, cada uno marca su destino, lo que nos pasa, queriendo o sin querer, viene por las cosas que nosotros vamos haciendo. Después la vida nos va poniendo pruebas, de cómo las pasemos dependerá todo.

—Es una manera de verlo —le dije, en el fondo no le faltaba razón.

Compramos dos barras de pan y dos bandejas de mortadela con aceitunas, y con ello nos dirigimos al lugar donde íbamos a dormir esa noche.

Cuando llegamos ya estaban todos, menos Mari Carmen y Berta que prefirieron quedarse en el albergue.

Había cartones por el suelo, unas velas para iluminar y unas cuantas cosas para comer que cada uno había traído, todo en frío.

Belén fue la primera en hablar:

—Bueno, ya estamos todos, así que primero cenemos y después hablemos —sacó de su bolsa dos botellas de vino— y brindemos por Pedro, porque tenga una vida mejor que la mierda que tenemos aquí.

Comimos e hicimos el brindis, aquella situación me parecía grotesca, pero era la mejor forma de llevar las cosas.

—Ahora que tenemos la tripa bien llena tras esta cena tan refinada vamos a empezar a ponernos serios —prosiguió Belén tras dar un trago directamente de la botella.

—Mari Carmen y Berta no sé que pensarán de todo esto, pero por el momento cuento con los que estamos aquí, si estáis de acuerdo con lo que voy a proponer claro —nos miró uno a uno—. Tengo algo de dinero ahorrado para el día que no pueda seguir en la calle, pero con eso no creo que tenga ni para un año de alquiler, y espero vivir mucho tiempo —rió—. Así que he pensado en invertir todo ese dinero y lo que vosotros podáis aportar en montar un negocio.

Todos la miramos con cara de que se había vuelto loca.

—No me miréis así, escuchad y luego me decís que pensáis. Hay tres albergues que llevan el tráfico principal de sin techo en Asturias: Gijón, Oviedo y Avilés. Todos los días son varias las personas que se trasladan a esos albergues, y ¿sabéis lo que cuesta el autobús? ¿Y el tren? Pues he pensado que les llevemos nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Lucky

Compraremos una furgoneta, y cobraremos el viaje a la mitad, al principio lo haremos de ilegal, porque el papeleo nos llevará un dinero que no tenemos, después haremos las cosas como hay que hacerlas. Cuando ya podamos facturar aprovecharemos esos viajes para transportar paquetes para empresas o particulares, también a un precio económico. Está todo calculado, mientras Pedro estuvo enfermo pudimos hablar mucho tiempo, y el tío era una máquina con los números. En cuanto tengamos dinero para una segunda furgoneta la compraremos, y ampliaremos el servicio de reparto. Al principio sólo habrá trabajo para uno o dos, así que tendremos que hacer turnos, pero si las cosas salen bien, en menos de un año, todos estaremos muy ocupados.

Nos mantuvimos callados un rato, mirándonos unos a otros, esperando a que alguien dijera algo.

Entonces John, al que casi nunca oíamos hablar, levantó una botella de vino, le dio un trago y dijo:

—Bien —y puso el pulgar hacia arriba.

Todos comenzamos a reírnos y a felicitar a Belén por su gran idea, podríamos intentarlo. ¿Por qué no? Y al día siguiente nos pusimos manos a la obra.

Seis

Tardaron casi un año en encontrar un piso del gusto de Carmen. Se trataba de una primera planta, en un edificio color ladrillo, situado en una calle con bastantes comercios. Tenía tres habitaciones y un salón grande, un baño, un aseo y la cocina.

El salón, que tenía el aseo al lado, se iba a destinar a la peluquería, por lo que se mantuvo vacío por el momento. Una habitación sería para Elena, otra para sus padres, y en la restante se montaría una salita con unos sofás y una mesa de comedor pequeña, aunque quedase bastante justo solo eran tres, no necesitaban mucho más espacio.

José seguía trabajando todas las horas que podía, hasta que la peluquería estuviera montada solo entraba su sueldo en casa, así que trataba de ganar lo máximo posible. Por lo que Elena rara vez veía a su padre, incluso los fines de semana era raro que no trabajara, y cuando no lo hacía solía dormir casi todo el tiempo.

En el nuevo vecindario Carmen se mostró mucho más abierta, charlaba con las señoras cuando se las encontraba en el portal, saludaba cortésmente a los señores, y hacía gracias a los niños. Ese iba a ser su hogar, y quería que todo fuera perfecto.

Con el dinero que podían ahorrar cada mes iba comprando material para su negocio. Comenzaron pintando las paredes en un tono salmón, y colocaron grandes espejos para que las clientas pudieran mirarse, luego vinieron los sillones, los secadores, un armario y el resto del mobiliario. Diez meses después la peluquería abrió sus puertas.

Las primeras clientas fueron las propias vecinas del edificio, movidas por la curiosidad y un poco por compromiso, pero todas fueron quedando satisfechas del resultado obtenido y empezaron a correr la voz de la buena mano que tenía Carmen cortando y peinando y, además, de los precios tan ajustados que tenía.

En poco tiempo la casa se convirtió en un ir y venir de señoras que iban a teñirse, ponerse tubos, o arreglarse para alguna celebración. Luego estaban las fijas, las que cada semana iban el mismo día y a la misma hora y que conseguían aguantar con el peinado impecable hasta la siguiente cita.

Una cafetera de goteo ubicada en una mesita en un lateral del salón hacía las delicias de las clientas, muchas llegaban con tiempo para tomarse un café y así charlar con el resto de clientas y con la propia Carmen.

Elena solía jugar en el suelo encima de una mantita, cuando no estaba de brazo en brazo recibiendo las adulaciones de toda aquella gente que pasaba por allí.

—¿Sabes que con tres años la niña ya podría empezar al colegio? —informó Filo, una de las habituales.

—Lo sé—contestó Carmen— pero es que aún me parece pequeña.

—Para estar aquí aguantando charlas de viejas es mejor que esté en el colegio jugando con otros niños —intervino Elsa, que además era su vecina de puerta.

—Y hablando de colegios ¿sabéis quien ha empezado este curso a la clase de mi Mauro? La hija de la Rosa, que flaca que está esa niña, parece que está enferma.

—Bueno mujer, ya sabes que los críos en esas edades no paran, quemará todo lo que come — opinó Elsa.

—Que va a comer, si su madre se pasa el día dando a la lengua por ahí, vamos, que si te toca delante en la panadería te puedes pasar la mañana, siempre está con sus historias. Esa no llega a tiempo a preparar la comida ni de broma, a saber lo que pondrá en la mesa.

Carmen callaba, no solía entrar en las conversaciones en las que criticaban a la gente del pueblo, al final allí todo se sabía, y ella ahora tenía un negocio y no quería quedar a mal con nadie.

Con los primeros beneficios de la peluquería compraron una habitación nueva para Elena, toda en blanco y rosa, con las cortinas y el edredón a juego, parecían los aposentos de una princesa. Todo era poco para su hija, quería que tuviera lo que ella no había tenido, ella no tendría que soportar nunca lo que su madre había vivido, estaría protegida y sería feliz, era lo único que deseaba. Las largas horas de pie en la peluquería, los dolores de espalda y el cotorreo continuo de sus clientas, todo lo soportaría si podía hacer que su hija pudiera estudiar lo que quisiera y vestir la mejor ropa posible.

Elena comenzó al colegio al curso siguiente, con su faldita de tablas a cuadros y un jersey azul parecía una pequeña jovencita. Lloró al separarse de su madre, desde que tenía uso de razón siempre había estado a su lado, era como una parte de ella. Y los primeros días en aquel edificio le parecieron insoportables, allí no había adultos que la contemplaban todo el rato, sino un montón de mocosos gritando y corriendo que la ponían muy nerviosa. Prefería la peluquería, donde ella peinaba a sus muñecas igual de guapas que peinaba mamá a las señoras, donde todo el mundo le decía cosas bonitas y le daban caramelos. Allí estaba su sitio.

VII

John consiguió una furgoneta de segunda mano a buen precio y en muy buen estado por medio del dueño del taller en el que trabajaba. Necesitaba una buena limpieza y un cambio de neumáticos, pero eso era tarea sencilla.

Pasados unos días todo el grupo había vuelto a ocupar las oficinas de la antigua fábrica de cerámica, en la parte de atrás del edificio existía una zona en la que podíamos aparcar sin que la furgoneta quedase a la vista de nadie, y allí es donde se encargaron de ponerla a punto.

Belén, Tania y yo nos comenzamos a divulgar entre los asiduos a los albergues el nuevo servicio que íbamos a dar, y la acogida fue muy buena, ya no se trataba solo del precio, estábamos hablando de no ser observados por el resto de los pasajeros del transporte público, de no tener que cargar con bolsas sucias y de evitar las caras de asco por el difícil olor para quienes gozaban de lavadora y agua corriente en casa.

Al principio los viajes los realizaban John y Lucky, aunque nunca preguntamos si su carné de conducir estaba en regla, pero por suerte no tuvimos ningún problema. Yo el carné lo tenía, pero nunca me había puesto al volante tras dejar la autoescuela, así que les acompañé en algunos de los viajes para hacerme con la ruta, y cuando había tiempo me llevaban a un polígono industrial para darme unas cuantas clases prácticas. En un mes pude ponerme al volante de nuestro negocio clandestino.

Las ganancias por los pasajeros no eran muy altas, pero Tania había conseguido un extra que nos venía muy bien, los viajes al aeropuerto. Sus ancianos muchas veces se iban de vacaciones o a ver a algún familiar y el taxi les salía caro, así que por la mitad de precio les llevábamos, cargábamos sus maletas y les dejábamos en la cola del mostrador correspondiente para que facturasen. El boca a boca hizo el resto, y en unas semanas teníamos más clientes de los que podíamos atender.

En poco tiempo Belén pudo hacer todo el papeleo para que Transportes Pedro fuera una empresa oficial.

Mari Carmen y Berta no entraron en el tema, decían que el poco dinero que tenían no lo querían invertir en algo que no era seguro, y que tampoco podían aportar gran cosa, preferían seguir como hasta ahora.

Carlos entregaba todas las semanas la mayor parte de las ganancias que conseguía con su música. Los hermanos seguían con sus respectivos trabajos, pero al ser por horas conducían siempre que podían y cargaban y descargaban paquetes. Belén se ocupaba de las cuentas y Tania de atender a los clientes, cuadrar rutas y agendas, y de paso seguía dando cariño a sus viejitos.

En aquellos días me sentía muy útil, por fin estaba haciendo algo en tanto tiempo, que además de aportarnos alguna ganancia servía para ayudar a otros como nosotros. En aquella furgoneta conocí a un montón de personas y unas cuantas historias, que me hicieron ver que aunque yo pensaba que había caído lo más bajo posible había sido afortunada, porque nunca había tenido que dormir bajo un puente, o entre unos arbustos, no me había faltado comida aunque no siempre pudiera permitirme elegir lo que metía en el estómago, y jamás me habían pegado una paliza como las que algunas personas contaban. El tiempo en la calle deteriora muchísimo, y no es raro ver quien acaba alcoholizado, porque la situación se hace insoportable y no se ve salida. Tuve suerte

al coincidir mi primera noche de albergue con Belén, sin ella no sé como habría acabado.

Cuando no tenía viajes que hacer me iba a la biblioteca, al mejorar mi estado de ánimo habían crecido las ganas de escribir, en esos momentos no recordaba que era pobre, ni que vivía en unas oficinas abandonadas, ni pensaba en mi futuro. Me metía en la historia de mi madre como si yo misma la estuviese viviendo, la sentía como si cada cosa me hubiera pasado a mí. No la contaba tal cual, eso era algo que yo conocía y formaba parte de mi vida, simplemente me basé en ella, conté algunas verdades y añadí una evolución mucho más favorable que la que había vivido realmente, conté lo que a ella y a mi nos habría gustado ser, a donde habría querido llegar.

Cuando necesitaba aire fresco salía a pasear, y a veces iba a escuchar a Carlos cantar. Para hacer la gracia le dejaba una moneda en la funda de la guitarra, moneda que cada mañana aparecía sobre mi mochila al despertar.

Una mañana me lo encontré de bruces cuando salía de la biblioteca:

—Vaya ¿nos ha salido lectora la princesa?

—¿Por qué me llamas princesa? Pedro también lo hacía.

—Porque tú no vienes de la pobreza, ni de haber pasado hambre, ni de dormir en la calle, eso se nota. Se nota en como comes, en como hablas, en que la suciedad aún te asusta.

—No me asusta, sabes que puedo soportar lo mismo que vosotros —me giré y me dispuse a continuar mi camino.

—No te enfades, no es nada malo, es que tengo curiosidad.

—La norma dice no hacer preguntas.

—Las normas están para saltárselas.

—Pues habla tú primero —le clavé la mirada.

—La princesita tiene curiosidad ¿eh? —dijo con sorna— ¿De dónde habrá salido este desgreñado que toca la guitarra?

—Fuiste tú quien empezó, si quieres me lo cuentas y sino nada —vi su mueca divertida en la cara y no pude evitar reírme—. Está bien, me muero de curiosidad, cuéntamelo todo por favor —y me agarré a su camisa rogándole como una fan enloquecida.

—Vamos a tomar un café —y nos dirigimos a un sitio tranquilo para poder charlar.

Nos sentamos en un bar casi vacío, una amable camarera nos sirvió el café acompañado de un trocito de bizcocho, le dimos las gracias y pusimos nuestras heladas manos alrededor de las tazas para entrar en calor.

—Bueno, momento de confesiones, cuéntame —le apremié antes de dar el primer sorbo.

—Nací cerca de Segovia, hace 26 años. Mis padres tenían una especie de orquesta, los dos cantaban, y mi padre tocaba la guitarra y el piano. Actuaban en fiestas de pueblos, bodas, y en cualquier sitio donde consiguieran un contrato. Prácticamente vivíamos en la carretera, menos cuando volvíamos al pueblo que nos quedábamos en casa de mi abuela, ella estaba viuda y le encantaba tener compañía.

Las temporadas en el pueblo eran las mejores, había niños con los que podía jugar y no me pasaba las horas del espectáculo encerrado en la caravana escuchando una y otra vez el repertorio de canciones de mis padres. Era un niño solitario, y creo que lo sigo siendo —esperó a que yo dijera algo, pero al ver que le escuchaba atenta prosiguió—. Hasta que llegó el momento de empezar al colegio, ellos decidieron dejarme con mi abuela mientras iban a trabajar a un sitio y a

otro. Fueron años felices, estaba con niños y jugaba en la calle hasta que me llamaba a cenar.

Durante los meses de verano sí que solían recogerme para alguna de sus “giras” pero yo hacía todo lo posible por quedarme en el pueblo con mis amigos.

Un otoño llegaron muy contentos, estuvieron hablando con la abuela durante mucho rato en la cocina, cuando me mandaron entrar ella lloraba, y mi padre me dijo que les habían contratado en un hotel en Benidorm para todo el año, así que iría con ellos.

Me despedí del pueblo, de mis amigos y de la abuela, entonces no sabía que no volvería a verla nunca más.

—¿Qué edad tenías?

—Unos 9 años, a esa edad aún no entendía por qué no se marchaban ellos solos a vivir a aquella ciudad y me dejaban tranquilo.

—¿Qué pasó entonces?

—Llegamos a Benidorm, como empezaba la temporada baja no había mucha gente, así que la ciudad me gustó, me gustaba correr por la playa, ver los edificios y que, al fin, tenía una habitación que no llevaba ruedas.

Mis padres actuaban en un hotel por las noches, y por las tardes lo hacían en un bar-restaurante. Eran tiempos prósperos y aquello nos daba para vivir holgadamente.

Comencé a ir de nuevo al colegio, me costó integrarme, a veces pienso que ni lo intenté, supongo que no quería hacer amigos para no tener que perderlos otra vez. Me apunté a clases de música, y también empecé a hacer natación. Dentro de la piscina no tenía que hablar con nadie, solo tenía que nadar, nadaba durante horas, hasta que estaba agotado y me iba a casa a dormir.

La rutina hizo que el matrimonio de mis padres empezara a ir mal, discutían a todas horas, no importaba quien estuviera delante. Mi madre lloraba mucho, y cuando él se marchaba dando un portazo yo la abrazaba, quería protegerla.

Un día mi padre no volvió, no se despidió, no fue capaz de decirme nada, simplemente se marchó, y ahí me quedé, solo, con mi madre. Por aquel entonces yo tenía 16 años.

Ella siguió cantando, en el hotel la apreciaban, así que le buscaron un nuevo teclista para que la acompañara en las actuaciones. En cuanto yo cumpliera la mayoría de edad iba a trabajar con ella, eso lo tenía seguro, mi voz no era mala, y la guitarra y el piano se me daban tan bien o mejor que a mi padre. Incluso pensaba ya en tocar nuevos estilos para abarcar a un público más amplio. Pero nada pudo ser. Mi madre se echó un novio, era uno de los directivos del hotel, no sé si eso venía de atrás y era lo que había provocado la crisis entre mis padres, pero cuando se hizo oficial ella dejó de venir a casa a dormir, pasaba todo el tiempo trabajando o con él.

A veces me acercaba a verla actuar, y ella me dedicaba sus mejores sonrisas cuando cantaba, la veía feliz, al menos había alguien que lo era.

Cumplí los 18, y llegó la hora de ir a la universidad. Me decanté por la informática y me marché a Alicante. Mi madre me alquiló allí una habitación, y dejamos el piso de Benidorm, ella ya se había instalado con su novio, y los fines de semana podía quedarme con ellos.

El tipo vivía en un piso enorme con todo tipo de comodidades, y mi madre estaba encantada. Eso cambió con el tiempo, en mis visitas empecé a encontrarla más demacrada y ojerosa. Había veces que me recibía en bata y sin arreglar, eso no era propio de ella, siempre iba peinada y maquillada como una diva —se entristeció al recordar.

—¿Tomaba drogas? —pregunté arrepintiéndome al momento.

—No, eso jamás, por probar no probaba ni el alcohol, pero tenía otras debilidades. Él era celoso, no le gustaba que mi madre hablase con los clientes, y esa era parte de su trabajo, así que cuando llegaba a casa, tras alguna actuación que el veía como provocadora, terminaban discutiendo y le daba una paliza. Cuando descubrí las primeras marcas creí volverme loco, hablé con ella y le dije que eso no podía seguir así, que se viniera conmigo y que ya encontraría otro trabajo. En Alicante también había muchos hoteles, podía mudarse allí.

Ella le disculpó diciendo que al momento se arrepentía de lo hecho y le pedía perdón, y que el resto del tiempo la trataba como una reina, que ya cambiaría.

Pero no cambió, vi marcas más veces, y una vez presencié como le levantaba la mano. Él no esperaba que llegara en ese momento, pero cuando entré en el piso la tenía agarrada por el cuello con una mano y con la otra le daba puñetazos en el estómago. Me cegué y fui hacia él, comencé a golpearle sin pensar en lo que estaba haciendo. Casi lo mato, cuando me di cuenta de la furia con la que le había atacado me asusté de mi mismo —se llevó las manos a los ojos, ocultando su vergüenza.

—Tranquilo, cualquiera habría defendido a su madre, no hiciste nada malo.

—Lo hice, podría haberle matado, aquel tío estaba en el suelo y no se podía ni mover, y ¿sabes lo que hizo ella? Se lanzó sobre mi dándome manotazos, gritándome que le dejara en paz, que lo iba a estropear todo, que la dejara ser feliz, que esa era su vida.

—Eso sí que es duro. Por eso te marchaste ¿verdad?

—Cogí mis cosas y regresé a Alicante, dejé el cuarto de estudiante y me fui a Segovia, a casa de mi abuela, pero cuando llegué no había nadie, una vecina me dijo que había fallecido hacía años. Nadie me había dicho nada, y ella había muerto, y no podía quitarme de la cabeza a mi abuela sola, en aquella casa, sus últimos días. Entonces me dediqué a recorrer España haciendo lo único que sabía, y aquí me tienes.

—Y desde entonces vives en la calle...

—No siempre, hay sitios donde consigo ganar mucho dinero, incluso podría permitirme una pensión barata o un pequeño alquiler, pero estoy ahorrando.

—¿Para qué?

—No sé, quiero irme, a Londres, o a Nueva York, a algún sitio donde pueda empezar de cero.

—¿Y tu madre? ¿No has vuelto a saber de ella?

—No, supongo que seguirá con él, con los lujos y caprichos que le da, y con sus palizas también. Ella hizo su elección, yo no voy a meterme en su vida —miró mi cara aún asombrada—. Y tú princesa no te preocupes, soy un superviviente, andrajoso pero superviviente. Si te parece dejamos tu historia para otro café, se acerca la hora de comer, así que vamos yendo.

No sé que nos unió al tener esa conversación, pero al salir de la cafetería, y de forma natural, nos cogimos de la mano y seguimos andando.

Siete

José seguía con sus interminables turnos de trabajo y el cansancio empezaba a ser una constante diaria. Lo que él quería era pasar más tiempo con su mujer y su hija, pero entre que la niña iba al colegio y que Carmen estaba todo el día trabajando apenas pasaban un rato juntos, y él solía estar tan cansado que muchas veces se quedaba dormido en el sofá.

Desde que había empezado con el taxi no se había cogido vacaciones, había preferido trabajar y así cobrar doble ese mes, pero ya necesitaba un poco de descanso.

Semanas atrás habían hablado con la propietaria del piso en el que vivían y le habían mostrado su interés en comprarlo, aunque el precio le pareció caro sabía que Carmen no deseaba tener la peluquería en otro sitio, así que acabaron aceptado lo marcado y con un préstamo del banco y un poco que tenían ahorrado gracias a los ingresos de la peluquería se quedaron con el piso.

Quizá no fuera un buen momento para proponer unas vacaciones en familia, pero ningún momento iba a ser bueno, así que en cuanto llegó a casa se lo planteó a su mujer que, aunque un poco reacia al principio, acabó aceptando que necesitaban relajarse un poco.

Fueron a una agencia de viajes y tras desechar varios destinos, por el precio o por la distancia, se decantaron por Gandía, a donde irían a pasar quince días en cuanto Elena acabase el curso.

La niña ya tenía siete años, cuanto más crecía más se parecía a su madre, incluso cuando se enfadaban hacían los mismos gestos. En el colegio no destacaba especialmente, pero no había nada que se le diera mal, acaso las matemáticas se le atragantaban un poco, pero como era muy metódica a la hora de estudiar y hacer los deberes al final no tenía ningún problema.

Al igual que con Carmen la niña era habladora y cariñosa con el padre se mostraba distante y callada, él lo achacaba a todo el tiempo que pasaba fuera de casa y parecía no darle importancia, aunque en el fondo le dolía que no se tirase a sus brazos igual que hacía nada más ver a su madre.

Por fin llegó el ansiado mes de julio y la familia partió hacia levante en busca de playa y ambiente veraniego. Fueron en autocar, para evitar que él condujese más de lo que hacía habitualmente, y el trayecto les pareció interminable. Elena fue todo el trayecto mirando el paisaje por la ventanilla, y a cada momento preguntaba donde estaban y cuanto faltaba para llegar.

Se alojaron en un hotel de tres estrellas muy cercano a la playa, a donde iban todos los días cargados con la sombrilla, las hamacas, y una colchoneta hinchable que se le había antojado a la niña. A media mañana iban a tomar un refresco y luego comían en el buffet del hotel, nunca habían visto tanta comida junta. Las tardes eran de siesta, piscina y paseos, aquello sí que era vida.

—Me podría quedar aquí siempre —dijo José a su mujer.

—Yo también, pero seguramente nos quedaríamos sin dinero antes de llegar a cansarnos de esto.

—Eso tenlo por seguro, aunque no podemos quejarnos, ahora las cosas nos van bien, con todo lo que hemos pasado...

Ella le echó una mirada fulminante y le dijo:

—Nunca, nunca vuelvas a hablar de lo vivido, me lo prometiste, prometiste guardar el secreto,

Elena no debe saberlo nunca.

—Y no lo sabrá Carmen, nunca lo sabrá, al menos por mis labios.

Ella aún contrariada adelantó el paso para alcanzar a su hija que iba ensimismada comiendo un helado.

Él callaría, callaría siempre ¿acaso no lo había prometido delante de todas aquellas personas? Además ¿qué culpa tenía la niña de los errores de los demás?

No dudó en alcanzarlas y seguir charlando como si nada hubiese pasado, miró a Carmen y le ofreció una sonrisa, ella se la devolvió. Eran la viva imagen de una familia feliz.

VIII

Transportes Pedro marchaba viento en popa, Belén quería diversificar el negocio montando un taller para Lucky y John.

—¿Has visto a esos muchachos como trabajan? —solía decirme—. Son increíbles, arreglan lo que les pongan delante, creo que harían progresar el taller sin ningún problema y con eso ya podrán rehacer sus vidas.

—No estaría mal, la verdad que son grandes chicos y se lo merecen todo.

—Son estupendos, para mi son los hijos que no tuve.

—No te me pongas melancólica mujer, que hay que disfrutar de los buenos tiempos.

—Ay Elenita, y tan buenos, quien nos iba a decir hace unos meses que íbamos a tener un negocio propio, y además alquilar un piso.

—¿Piso? ¿De qué me estás hablando?

—Shhhh es una sorpresa, no digas nada, pero he conseguido un piso, no está lejos de la fábrica de cerámica, andando unos cinco minutos, es el primer edificio nada más pasar el parque. Es grande y luminoso, me lo dejan con muebles y todo, y a muy buen precio. La dueña es una señora de mi edad, que se va a vivir con su hija, así que lo alquila para sacarse un dinerillo.

—¡Belén, eso es estupendo! —grité emocionada.

—Baja la voz chiquilla que a este paso se van a enterar hasta en Roma. Te cuento —siguió hablando casi en un susurro—, tiene una cocina hermosa, con su nevera, su horno, y una mesa en condiciones. Y tres habitaciones, una chiquitilla, que es la que me voy a quedar, otra para Tania y para ti, y la otra para los chicos, que dormirán más apretados pero al menos calentitos y en un sitio limpio. Y el baño, con bañera y todo, bueno, ya verás, vamos a estar estupendamente. Después el que quiera irse a su aire que se vaya, pero cuando veáis el piso no vais a querer moveros de allí —me dio unos codazos bromeando.

—¿Y cuándo nos mudaremos?

—El fin de semana, que es cuando empieza el mes, tú te vienes conmigo a limpiarlo el sábado y a hacer algo de compra para tener cositas en la nevera y por la tarde nos llevamos a los demás de sorpresa.

La sonrisa ya no se me borró de la cara el resto del día. Me imaginaba a mi nueva familia pasando la puerta de aquella casa, ocupando sus camas, sus armarios, dándose un buen baño, abriendo la nevera para coger algo de comer. Todo eso que llevábamos tanto tiempo sin tener, y ahora gracias a Belén disfrutaríamos de nuevo. Esa mujer era una santa.

Volví un par de veces a la biblioteca con la esperanza de encontrarme a Carlos a la salida, tras aquella mañana de confesiones había vuelto a mostrarse distante, y yo quería que estuviera más cerca. Sí, aquel chico me gustaba, su independencia, la seguridad que emanaba, su voz, su forma de mirarme. Pero parecía que aquel interés no era mutuo, porque apenas le había visto en los últimos días. Y me negaba a dejarme caer por los sitios donde él tocaba, no iba a arrastrarme delante suya para que me hiciera caso.

En el bolsillo siempre llevaba la bolita de cristal que me había regalado en Navidad, me quedaba embobada mirándola, sus destellos de colores, cómo reflejaba la luz... era un poco tonta,

pero me estaba enamorando.

El sábado me levanté temprano, estaba entusiasmada con la sorpresa que había preparado Belén. Como ya me había dicho el piso no estaba muy lejos de donde vivíamos. Llegamos a tiempo para que una señora mayor y muy amable nos diera las llaves y nos explicara como funcionaba la caldera y donde estaban las llaves de paso del agua y del gas. En cuanto se fue nos pusimos manos a la obra y limpiamos toda la casa, aunque había poco que hacer porque la dueña la había dejado impecable. Una de las habitaciones, en la que dormiríamos Tania y yo, tenía una cama matrimonial, dos mesitas y un gran armario, también contaba con una cómoda de madera tallada con un espejo, ahora veía todo eso como un lujo, hacía unos meses habría definido aquella decoración como anticuada y hortera. El cuarto destinado a los chicos tenía dos camas pequeñas.

—Habrá que meter un somier y un colchón ahí en medio, pero esto tendrá que esperar un poco, así que a alguno le tocará dormir en el sofá —dijo Belén.

—No creo que le importe demasiado —reí pensando en los sitios en los que a la mayoría nos había tocado dormir.

—Mira, este será mi cuarto —una pequeña habitación con una cama, un armarito y un tocador—. Ese tocador me servirá de mesa de despacho, en cuanto tengamos teléfono podré llevarlo todo desde aquí —asintió orgullosa.

—No sabes lo que significa para mi todo esto que estás haciendo, eres increíble.

—Lo soy —me guiñó un ojo— pero no se lo digas a nadie.

Nos separamos para hacer la compra, mientras yo iba a por la comida ella dijo que tenía que hacer algunos recados. Cuando volví me encontré en el recibidor con seis pares de zapatillas perfectamente alineados y un cartel encima que ponía en letras grandes “BIENVENIDOS A CASA” y una carita sonriente. No pude evitar emocionarme y lloré un rato, pero esta vez era de felicidad.

Me dejó el privilegio de darme el primer baño en aquel piso, aquello me pareció increíble, el agua caliente envolviendo mi piel, el vapor empañando el espejo, el olor del jabón flotando en el ambiente, aquella era una sensación que hacía demasiado que no sentía. Estaba tan a gusto que no me moví hasta que el agua comenzó a enfriarse. Después me sequé con calma, me vestí y salí del edificio para ir a avisar a los chicos. A algunos les encontré en casa, a Carlos y a Tania tuve que ir a avisarles a los sitios que solían frecuentar. Les dije a todos que nos habían contratado una mudanza, y que a las siete debían estar en aquella dirección sin falta para ayudar, que nos reportaría unos buenos ingresos.

A la hora en punto estaban todos en la acera frente al portal esperando. Llamé al timbre y todos subieron detrás de mi. Cuando llegamos al piso la puerta estaba abierta, ninguno se atrevió a entrar, aunque las zapatillas se veían perfectamente.

Entonces la voz de Belén sonó desde el interior:

—Adelante muchachos, estáis en vuestra casa —y ella en albornoz y zapatillas salió a recibirlos.

Al principio reinó el desconcierto, luego vinieron las preguntas, los gritos, los abrazos, la alegría, aquel momento fue mágico, es difícil explicar como se siente alguien cuando vuelve a tener un hogar.

Recorrieron la casa, miraron las habitaciones, se tumbaron en cada colchón, abrieron y

cerraron los grifos como si nunca hubiesen visto el agua corriente, y el momento culminante fue cuando llegaron al salón y vieron la televisión, Tania no tardó ni dos segundos en hacerse con el mando y empezar a zapear.

—Podremos ver películas de amor y lujo que son las que a mi me gustan —dijo mientras se acomodaba en el sofá y ponía los pies sobre la mesa.

—Ni hablar niña, es nuestra casa y debemos cuidarla, venimos de vivir en una pocilga, pero todos sabemos tener modales, así que esos pies fuera —Belén le dio un manotazo para que los pusiera en el suelo—. Además, a partir de ahora hay nuevas normas. Aquí quiero saber cuando entráis y cuando salís, si vais a tardar quiero saberlo, si no vais a dormir en casa también. No quiero porquería por aquí, así que podéis lavar toda la ropa y deshaceros de los cachivaches inútiles. Y a partir de ahora os quiero a todos relucientes, ducha diaria, y dientes y uñas bien limpios.

—¡Sí mamá! —coreamos divertidos por lo seria que se había puesto.

—Y ahora, volved a por vuestras cosas y os venís para acá rapidito, que voy a ir preparando la cena, hoy tenemos mucho que celebrar.

No hizo falta que lo dijera dos veces, todos salieron disparados y no tardaron ni una hora en regresar, volvieron casi con lo puesto, es increíble lo poco que puede llegar a necesitar una persona.

La cena consistió en ensalada, chipirones fritos y una tabla de embutidos, todo estaba riquísimo. Luego Belén sacó una botella de vino para brindar:

—Por nosotros y nuestro brillante futuro —estábamos viviendo un sueño, aquella imagen se grabaría en mi mente para siempre.

Tras la cena y una buena sobremesa Belén se sintió cansada:

—Chicos yo me voy a dormir, estoy deseando estrenar esa cama, vosotros sois jóvenes ¿Por qué no salís a pasarlo bien por una vez?

Nos miramos divertidos y en menos de nada Tania y yo estábamos poniéndonos pintura en los labios y ayudándonos con el pelo. No había pasado ni media hora cuando ya estábamos en la calle, con rumbo a algún sitio donde pudiéramos bailar y tomar algo, esa noche nos daríamos aquel lujo.

Tardamos en atravesar Gijón para llegar a la zona de copas, y terminamos en un bar cubano donde nuestra compañera nos llevó. El ambiente era muy animado y todos bailaban. Tania no tardó en arrastrar a John al medio de la pista, y él enseguida se puso a seguir sus contoneos. Lucky les miraba con una gran sonrisa en la cara. Carlos seguía distante conmigo, así que no quise fastidiarme la noche intentando acercarme a él, pedí una cerveza y me quedé mirando embobada a las muchas parejas que estaban en la pista, algunos parecían profesionales. Cuando acabé la cerveza me apeteció otra, pero pensé en el poco dinero que llevaba en el bolsillo y no quise arriesgarme a quedarme sin nada. Parece que aquel chico que me miraba desde la otra punta de la barra me leyó el pensamiento porque no tardó en plantarse a mi lado:

—¿Te apetece una cerveza preciosa? —era alto, morenazo y guapísimo, su camiseta ajustada marcaba cada músculo de su cuerpo, no podía decirle que no.

—Gracias.

—No hay de qué morena. ¿Te apetece bailar?

Con la cerveza en la mano salí a la pista y me dejé llevar por él, me dijo que se llamaba

Sandro y que tenía un gimnasio.

—Se nota, eres tu mejor tarjeta de visita —y ya un poco achispada le toqué los bíceps dando el aprobado a aquel maravilloso cuerpo.

A aquel baile siguieron otros, y a aquella cerveza siguieron otras. Cada vez que miraba a la barra veía a Carlos solo, mirándome fijamente, con cara de pocos amigos. Aquello me gustaba cada vez más, estaba poniéndole celoso y eso era lo que quería.

Vi a Lucky en la pista bailando con una rubia espectacular, que bien se movía aquel chico y que calladito se lo tenía, parecía que estaba siendo una gran noche para todos, menos para Carlos, pero él se lo había buscado.

No sé cuanto tiempo pasamos allí dentro pero llegó un momento en que notaba el sudor caer por mi frente, y me costaba mantener el equilibrio por todo lo que había tomado.

—No puedes irte de aquí sin probar un mojito, están riquísimos —me decía Sandro, y cada vez que tenía el vaso a medias me lo quitaba para ponerme uno nuevo.

—Estoy mareada —le dije— necesito que me dé un poco el aire.

—Está bien muñeca, pues vámonos de aquí —y cogiéndome por el brazo me sacó del local.

Estaba aturdida, todo me daba vueltas, y de repente me sentí muy cansada.

—Quiero irme a casa —le dije.

—Allí te llevo en un momento —y empujándome contra la pared me besó bruscamente.

Le aparté con igual rudeza.

—Quita, no me toques.

—Vaya, ahí dentro no estabas tan agresiva nena —y se dispuso a besarme otra vez.

—Te ha dicho que no la toques —la voz de Carlos se oyó a sus espaldas.

—¿Y quién lo dice? —dijo Sandro a la defensiva.

—Ha venido conmigo y se va conmigo.

Todo ocurrió muy rápido, Sandro empujó a Carlos y en un momento salieron del local Lucky, Tania y John. Lucky se puso entre ellos.

—Amigo, tranquilo, no queremos problemas, ha bebido un poco, solo es eso.

Tania ya me había apartado de allí.

Estuvieron hablando un rato, y consiguieron calmar al enfadado Sandro, que antes de irse me gritó que no se va por la vida de caliente braguetas.

Me eché a llorar, luego nos fuimos todos a casa, en silencio, al final se había estropeado la noche. Por el camino Tania me llevaba abrazada, secándome a cada poco la cara con la palma de su mano. Los chicos caminaban delante, cada uno a un lado de Carlos, iban los tres con las manos en los bolsillos, a paso ligero, como queriendo que aquel trayecto terminase lo antes posible.

Entramos en la casa sin hacer ruido, y nos fuimos a la cama. Dormí un par de horas y me desperté, estaba completamente desvelada. Cuando salía con Menchu solía pasarme, si me pasaba bebiendo no conseguía dormir la noche entera.

Me levanté a por un vaso de agua, y al pasar por el salón vi a Carlos dormido en el sofá. Me acerqué a él le di un beso y le susurré “perdona”. Su brazo rodeó mi cuello acercándome a él y me apretó en un abrazo antes de quedarse dormido de nuevo.

Ocho

Tras las vacaciones Carmen había cambiado, se volvió si cabe aún más protectora con Elena. La llevaba al colegio y esperaba hasta que entrase el último niño y cerrasen las puertas del centro para irse. Había hablado con la profesora para recordarle que jamás debería entregar a la niña a nadie que no fuera ella, puso el pretexto de que su marido trabajaba todo el día y era imposible que nadie más pudiera ir a buscarla.

Cuando regresaban a casa, en vez de dejarla estar en la peluquería, como hacía habitualmente, la mandaba a su habitación a hacer deberes o jugar con sus muñecas. El temor a que alguien pudiera acercarse a la pequeña y contarle toda la verdad se había apoderado de ella.

Se aseguraba de darle la cena y acostarla antes de que su padre llegara a casa, y los fines de semana jugaba a peinarla, vestirla y maquillarla como una princesa para asegurarse de que en aquel juego de chicas no participaba nadie más.

José no tardó en darse cuenta de que Carmen trataba de dejarle de lado, pero esperaba que fuera algo pasajero y que con el tiempo todo volviera a la normalidad. Algunas veces conseguía que hicieran los tres juntos excursiones a la sierra, al zoo, o incluso iban al cine. La madre cargaba con la cámara fotográfica e inmortalizaba aquellos “preciosos momentos familiares” que luego enseñaba a sus clientas y atesoraba en su escritorio.

Desde afuera parecían un matrimonio de película: trabajadores, cariñosos y volcados en su hija, pero la realidad era bien distinta.

Elena empezó a comportarse como una niña caprichosa, que obnubilada por la presencia y el carácter de su madre encontró en ella el modelo en el que reflejarse y no solo ansiaba su compañía y dedicación, sino que comenzó a asquearle la presencia de los demás.

Pasaron los años, y la niña, ya entrando en la adolescencia, se había vuelto altiva y arrogante. De cara a la gente sabía guardar las formas, tenía buena maestra, pero después odiaba aquella vida mediocre que le había tocado. Al menos tenía a su madre, ella sí que era distinguida. No entendía como siendo tan guapa y elegante había terminado con alguien como su padre, que emanaba simplicidad por los cuatro costados. Si su madre quisiera podría codearse con las familias más elegantes de Madrid, en vez de tener que pasarse el día poniendo rulos a los cuatro pelos que traían en la cabeza aquellas mujeres a las que peinaba todos los días.

Todo esto lo reflejaba en su diario, el que mamá le había regalado para su trece cumpleaños. Era precioso, forrado en terciopelo granate con un escudo dorado en el centro en el que se entrelazaban unas rosas y las siluetas de dos caballos. Le encantaba escribir aquello que sabía que nadie más iba a leer, e inventarse historias de una vida mejor, donde ella vivía en una gran mansión con criados y doncellas que le cepillaban el pelo y le preparaban baños de espuma con pétalos de flores. Y allí estaría su madre, tomando el té con un vestido elegante y delicado, dando instrucciones al servicio para preparar la cena o podar los setos del jardín, aquella vida de ensueño era maravillosa.

Pocas veces salía con chicas de su edad, le resultaban aburridas, siempre metidas en ese pueblo, con las mismas conversaciones, hablando de chicos, de aquellos mindundis sin clase que vivían cerca de ellas, o que conocían del instituto. Ella estaba por encima de aquello, si alguna

vez se enamoraba sería de un chico con clase, de esos que consiguen que les respeten con solo mirarlos, no de un andrajoso de aquellos con ropa barata y mochilas de colegio.

Ella iba a llegar lejos, tan lejos como su madre se habría merecido llegar.

IX

El domingo me tocó hacer una recogida en el aeropuerto con la furgoneta a media mañana, casi lo agradecí, tras lo ocurrido la noche anterior me sentía avergonzada.

Cuando volví a casa ya habían comido, Belén me había reservado un plato de arroz con pollo, y fue la única que se sentó a acompañarme mientras daba cuenta de él.

—¿Qué pasó anoche Elena? Los chicos parecen disgustados.

—Les fastidié la fiesta, a todos, bebí más de la cuenta y estuve bailando con un tipo que luego intentó propasarse. Carlos salió a defenderme y poco más y se lleva una paliza, menos mal que los demás intervinieron y todo quedó en un mal momento.

—La juventud, con qué ganas vivís la vida. Pensaba que había pasado algo peor, casi no han hablado a la hora de comer.

—Bueno, no estuvo bien, me siento mal por ello, estaba siendo una noche tan estupenda...

—De todo se aprende, y debemos dar gracias que no llegara a pasar nada que pudiéramos lamentar. A ver si hoy hablas con Carlos, casi no ha comido, se ha marchado con la guitarra hace un buen rato, no me gusta verle así, es un gran chico.

—Lo sé —y me terminé el plato pensando en qué decirle cuando le tuviera delante.

Dormí un par de horas de siesta para recuperarme del cansancio acumulado, me di una ducha y me vestí para salir de casa. Había empezado a llover, pero casi que agradecía aquellas gotas sobre mi cabeza.

No encontré a Carlos en los sitios donde solía tocar, pero con la lluvia tampoco habría tenido mucho público. Caminé por la ciudad, pensando donde podría estar, y al final mis pies empapados pararon delante de la puerta de la cafetería donde habíamos estado desayunando aquella mañana de las confesiones.

Allí estaba. Nuestros ojos se cruzaron, las gotas de lluvia habían calado en mi pelo y se deslizaban por mi cara. Me quedé parada, no sabía qué decir, ni que hacer. Entonces él se levantó, dejó unas monedas sobre el platito de la cuenta, cogió la funda con su guitarra y vino hacia mí. Antes de que pudiera decir nada sus labios habían encontrado los míos, y sus brazos protegían todo mi cuerpo.

Nos besamos durante todo el trayecto de vuelta a casa, yo le pedía perdón, y él a mí, y nos reíamos y nos abrazábamos, parecíamos dos adolescentes. La lluvia continuaba pero no nos importaba mojarnos, era otro momento de felicidad, parecía que estaban viniendo todos juntos.

En casa disimulamos, nos cambiamos de ropa y estuvimos viendo la tele con el resto. Durante la cena repasamos los horarios para el día siguiente, quien se encargaría de cada viaje y a qué sitios habría que ir a recoger y entregar paquetes. Yo apenas podía atender a lo que hablaban, mi mente y mi mirada estaban puestas en Carlos, ahora estaba segura de que tenía un motivo para seguir adelante, algo por lo que luchar.

La semana fue complicada por la lluvia, el tráfico era más lento y los problemas para aparcar mayores. Me tocó hacer casi todos los viajes, los nigerianos tenían trabajo extra en los talleres y hasta que la empresa de transportes no tuviera unos ingresos más consolidados no querían dejar de ganar todo el dinero que las reparaciones proporcionaban.

Llegaba a casa agotada, y con el frío metido en el cuerpo, me iba a dormir enseguida, no tuve tiempo de estar a solas con Carlos ni un segundo.

Una noche me desperté y fui hacia el salón donde él dormía. Me acurruqué a su lado, al momento se había despertado y nos besábamos apasionadamente. Nuestras manos empezaron a explorar el cuerpo del otro, queríamos ir más lejos. Pero me paró:

—Aquí no, vete a tu cama, cualquiera puede despertarse y sorprendernos.

Un poco fastidiada regresé a la habitación que compartía con Tania, me apetecía mandarla al sofá a dormir y que él viniera a tumbarse a mi lado, le deseaba tanto... pero allí dentro todo se complicaba.

Cuando llegó el viernes, Carlos me dijo que preparara mi mochila para el fin de semana, le miré desconcertada.

—No te preocupes, he pedido permiso a Belén, sabe que vienes conmigo.

—¡No! —grité ruborizándome.

—¿Te crees que es tonta? Nos da mis vueltas a ti, a mi y al resto.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa.

—Dame una pista.

—¿Qué más da? ¿No confías en mi?

—Sí, claro que sí, es que tengo curiosidad.

—La curiosidad mató al perro, ¿nunca te lo habían dicho?

No hice más preguntas, preparé mi mochila con las cuatro cosas que tenía, y caminamos hacia la fábrica de cerámica.

—Qué romántico hombre, ahora sí que me has sorprendido —me miró divertido y cuando llegamos hizo ademán de entrar, pero rodeó el edificio y acabamos en el solar donde estaba aparcada la furgoneta.

—Hoy conduzco yo —y sacó las llaves que seguramente Belén le había dado, ese fin de semana no había recogidas.

—Vaya, al menos podré ir de copiloto mirando el paisaje, acabas de ganarte otro punto.

Salimos de Gijón en dirección Santander. Pasado Llanes llegamos a un pueblecito donde Carlos preguntó por un tal Tino, le indicaron y llegamos a una casa. El tal Tino le entregó unas llaves y le dio unas indicaciones, en menos de diez minutos llegamos a una cabaña en un alto desde donde se divisaba un paisaje increíble.

La casita tenía una habitación, un baño y un salón con chimenea, dentro del salón y en uno de los laterales estaba la cocina, con su cocina de gas, un horno, un fregadero y la nevera. Era de piedra y los muebles de madera dejaban ver los troncos barnizados. Un sitio precioso, un nidito de amor en toda regla.

Me entusiasme al verlo, nos besamos, nos abrazamos y nos reímos, bromeamos con no salir de allí en todo el fin de semana. Y tras la excitación inicial acabamos haciendo el amor. Fue el momento más dulce y romántico de toda mi vida.

La nevera estaba repleta de productos artesanos de los que dimos buena cuenta para cenar. No nos molestamos con formalismos, pusimos un plato con cosas para picotear del que íbamos

comiendo los dos, y dos vasos en los que servimos vino.

—Esto es precioso. ¿Cómo lo has encontrado?

—Por Internet, no eres la única que va a la biblioteca ¿sabes?

—¿Me has visto alguna vez? Dentro, quiero decir.

Se puso serio.

—Te he visto varias, he visto como llegas y enchufas ese ordenador que tienes escondido. He visto como te dormías delante de la pantalla y también te he visto teclear durante interminables horas.

—Vaya, y yo que creía que no te importaba...

—Al principio sospechaba de ti, tu forma de ser, tus modales de chica fina, ya sabes, de princesita. Un día de lluvia te vi pasar por la plaza del Carmen, y te seguí. Pensaba que ibas allí a cobijarte de la lluvia, pero pasé por allí otras mañanas y te encontré en la misma mesa, haciendo lo mismo.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de mi confesión.

—Solo si tú quieres.

—Quiero.

Y empecé a contarle mi historia. Cómo había muerto mi madre, mi mala relación con mi padre, mis noches locas por Madrid con Menchu, mi trabajo, Silvia, Ramiro, su familia, la boda y como no, su muerte.

Carlos me miró durante todo el tiempo prestando atención a mis palabras y sin intervenir en ningún momento.

—No entiendo cosas —me dijo en cuanto terminé mi relato.

—Puedes preguntar lo que quieras —le invité.

—¿Por qué dices que tu padre no es tu padre?

—Encontré un cuaderno de mi madre, había escrito en unas cuantas páginas su historia, basándome en ese cuaderno estoy escribiendo una novela sobre su vida, por eso me has visto tantas veces con el ordenador en la biblioteca, y por eso nunca me he desprendido de él.

—¿Me dejarás leerlo? Creo que me ayudaría a comprender.

—Sí, te dejaré, pero tienes que guardarme el secreto, y prometerme que no te vas a reír.

—Sabes que no me reiré de nada que sea importante para ti.

Fui a por el ordenador, lo encendí, busqué el archivo y lo abrí. En qué momento se me ocurrió hacer aquello, Carlos se metió tanto en la lectura que no me hizo caso ni esa noche ni durante el día siguiente.

El sábado por la noche, tras pasar el día sola paseando por los alrededores llegué dispuesta a arrancarle el ordenador y exigirle que me hiciera caso, estábamos desperdiciando un entorno mágico, y la oportunidad de estar los dos juntos y solos. Cuando entré la tapa del ordenador estaba cerrada, y él estaba sentado con los brazos cruzados, esperándome.

—Bien, ¿qué te ha parecido?

—Creo que tienes un problema.

—¿Ah sí?

—Sí, creo que estoy enamorado de ti.

Sonrojada y sin saber si hablaba en serio o en broma le dije:

—Venga, seamos serios, dime qué te ha parecido.

—Es bueno, la historia tiene gancho, aunque le faltan cosas por pulir, pero me ha gustado, y no porque me acueste con la escritora.

—¿De verdad? ¿Crees que merece la pena?

—Sí, merece la pena. ¿Qué piensas hacer cuando lo termines?

—No sé cómo terminarlo, es una historia inacabada.

—¿Y por qué no hablas con tu padre?

—Ya te he dicho que no es mi padre —contesté molesta.

—Siempre se ha ocupado de ti, te ha cuidado y ha trabajado para que no te faltara de nada, que te sintieses más cercana a tu madre vale, pero ¿no piensas que él se ganó su puesto a pulso? ¿Tú crees que si no te quisiera habría hecho por ti todo lo que hizo? ¿No es más padre ese que el cabrón que le hizo a tu madre lo que le hizo?

—¡No me grites!

—No te estoy gritando, te estoy exponiendo la realidad. Creo que has sido injusta con él creo que antepusiste tu bienestar al suyo, que fuiste una desagradecida, y una egoísta. Creo que si acabaste en la calle fue por tu cabezonería, y no por otra cosa. Tienes talento y lo sabes, ¿era más fácil salir corriendo Elena? ¿Era más sencillo que afrontar las cosas de cara?

—Yo no te he juzgado —las lágrimas se atropellaban por mis mejillas.

—Mierda tía ¿es que nadie te ha dicho nunca la puta verdad a la cara?

—¡Déjame en paz!

—¿Qué te deje en paz? Si te digo esto es porque me importas, estoy enamorado de ti, ya te lo he dicho y no es ninguna broma, por eso me jode que intentes destruir tu vida, tienes un hogar Elena, tienes que volver.

—¡No voy a hacerlo, nunca! Ahora déjame.

Me fui a la cama y tras llorar un buen rato debí quedarme dormida, porque cuando abrí los ojos ya era de día. Me quedé un rato más en la cama, recordando todo lo que había pasado la noche anterior, la discusión con Carlos, tenía que meditar sobre aquello. Puede que tuviera razón en muchas cosas ¿cómo podía haberme portado así con el hombre que me crió? Además, siempre había querido y respetado a mi madre, viví una infancia maravillosa, pero fui demasiado egoísta y solo pensé en mí.

Me levanté y me encontré el salón vacío, primero pensé en que Carlos había salido a dar una vuelta, pero entonces, encima de la mesa vi las llaves de la furgoneta, miré hacia donde habíamos dejado las mochilas y la suya no estaba. Recogí la mía pero nada más tenerla en las manos noté su poco peso, la abrí y vi que mi ordenador no estaba allí, tampoco la cartera.

Aquel cabrón me había robado y me había dejado tirada en mitad de la montaña.

TERCERA PARTE

I

Volví a Gijón acompañada por la desilusión, tuve que apartarme de la carretera varias veces porque las lágrimas me empañaban la visión. Cómo había podido ser tan tonta y dejarme engañar de esa manera. Sus melosas palabras, sus gestos, su interés por mí, todo mentira. Y ahora allí estaba yo, con ganas de poner la furgoneta con rumbo a cualquier parte que no fuera la casa de Belén. Quería escapar, huir con mi corazón herido, empezar de cero. Pero recordé que eso no se me daba nada bien.

Cuando llegué al piso fue Tania quien me abrió la puerta, al verme sola y con los ojos hinchados me abrazó, me acompañó a la habitación, me ayudó a desvestirme y a meterme en la cama, y se quedó allí a mi lado, acariciándome el pelo, sin decir ni una palabra, haciendo compañía a mi desgracia.

Los días siguientes no fueron mucho mejores, me convertí en un muerto viviente, iba de la cama al baño y del baño a la cama, lo poco que conseguí meter en el estómago eran las sopas y cremas que Belén preparaba y me llevaba en un cuenco a la habitación. Se sentaba al borde de la cama hasta que me lo terminaba, y como si fuese una niña pequeña iba acompañando cada cucharada que me tomaba con un “venga, un poquito más, está muy bueno”.

Nadie hizo preguntas, nadie se puso del lado de nadie, pero todos estuvieron allí, cada uno a su manera, dejando claro que nunca me dejarían sola, pasase lo que pasase.

Pasaron los días y ni rastro de Carlos, se había llevado su mochila y su guitarra, no echaría en falta nada más. Puede que ya estuviera camino de Londres, o de Nueva York... con mi ordenador y mi cartera.

Belén vino a sentarse a mi lado:

—Elena, cariño, hay que seguir adelante, si te quedas en la cama todo el tiempo lo único que conseguirás es dejar que te coma la tristeza, debes levantarte y continuar, eres una superviviente, tú puedes —me dijo con dulzura.

—No, no puedo, he ido tirando y tirando y esto ha sido como el mazazo que me ha hecho ver en qué me he convertido, en una andrajosa, en una perdedora. Si no fuera por ti seguiría durmiendo en aquella casa con las ventanas sin cristales, seguiría metiendo mi ropa dentro del saco para entrar en calor, y seguiría teniendo que ir a pedir los bonos para comer gratis. ¿Te das cuenta en qué se ha convertido mi vida?

—Yo no acostumbro a lamentarme del pasado, lo vivido ahí se queda.

—Pero lo vivido marca, va erosionando por dentro, y llega un momento en que el desgaste no te deja seguir.

—¿Va a conseguir el amor lo que no consiguió el frío?

Bajé la mirada, y volví a llorar, parecía la protagonista de una de aquellas telenovelas que mi madre ponía en la peluquería para entretener a las clientas por las tardes, y aquello no me gustaba.

—Además —añadió Belén—, los hermanos andan agotados por cubrir los trabajos en el taller y las rutas con la furgoneta. Deberías volver a conducir. Si no lo haces por ti, hazlo al menos por ellos —se levantó y se marchó dejándome un rato para ordenar mi cabeza.

Al final me levanté, me di una ducha y tras una buena taza de café me puse manos a la obra,

como un autómeta. Lo primero que tuve que hacer fue poner una denuncia por robo para conseguir un duplicado de mi documentación, por supuesto que no señalé directamente al que sabía que había sido el autor de aquello, supongo que me basé en el beneficio de la duda, o que mis sentimientos aún no me dejaban ver las cosas con claridad.

Después me dediqué a hacer viajes, cargar bultos, recoger pasajeros y dejarlos en sus destinos. Así un día, y otro, y otro.

Por las noches me acurrucaba en mi lado de la cama y me quedaba mucho rato despierta, odiando a Carlos por haberme hecho aquello. Me había robado el poco dinero que tenía, la documentación, el ordenador y aquel libro que llevaba tanto tiempo escribiendo y que era una parte de mí. Ahora ya no tenía nada que me atara al pasado, aquella novela era el vínculo con mi vida anterior, con mis raíces, él lo había arrancado todo.

Uno

Acabó la época del colegio y comenzó la del instituto. Elena siguió siendo buena estudiante y una jovencita que no daba problemas en casa.

No le gustaba salir, así que con 14 años seguía jugando a las muñecas, peinándolas y haciéndoles estilismos imposibles. Compraba telas de raso con las que les hacía vestidos de noche, que iban acompañados de recogidos con horquillas de pedrería o de flores de tela. Así quería ser ella, una dama vestida de seda y diamantes.

José comenzó a darse cuenta de que la niña no salía con otras de su edad, se pasaba horas encerrada en su habitación sola, y ni siquiera invitaba a casa a alguna amiga para jugar con ella.

Lo habló con Carmen, que no le dio importancia, encantada de que la niña no saliera de su zona de control.

Entonces decidió llevarla una tarde a casa de Rogelio, Mario era de su edad, y aunque apenas habían vuelto a verse desde su llegada a Madrid puede que congeniasen.

A Elena no le gustó la idea de salir de casa, y menos para ir a casa del otro taxista, si mamá no había mostrado nunca mucho interés por quedar con ellos por algo era. No obstante, ante la insistencia de José, toda la familia se preparó para la visita en la capital.

Rogelio y familia seguían viviendo en la misma zona, aunque habían cambiado de piso con la llegada de Lorena, su segunda hija, que ahora tenía once años. Así que José aparcó el taxi cerca de la estación de Atocha e hicieron el resto del recorrido andando. Tan ensimismados iban con una conversación sobre la cantidad de tráfico que había en aquella zona y la dificultad para aparcar que Elena, sin darse cuenta, tropezó con una pequeña caja de cartón que contenía las ganancias de un mendigo sentado en la acera. Las monedas salieron disparadas en distintas direcciones y el mendigo, un hombre mayor y con dificultad de movimiento, empezó a recoger las que estaban más cercanas.

Elena miró al suelo, miró al hombre, y continuó hablando con sus padres como si tal cosa.

—Ayuda a recoger las monedas y discúlpate —ordenó José en un tono mucho más serio del que solía usar.

—Papá, no voy a agacharme a recoger las monedas de un pobre.

—Tú las has tirado y tú las vas a recoger, será pobre, pero ante todo es persona.

—No lo haré —ya le daba bastante asco ver a una distancia prudencial la suciedad de aquel hombre con las uñas mugrientas y el pelo lleno de nudos como para acercarse a él.

José cogió a Elena del brazo y la llevó hasta la primera moneda.

—Agáchate y cógela.

—Me haces daño.

—¡Agáchate y cógela!

—Mamá di que me suelte, me hace daño —comenzó a lloriquear.

Carmen, fue la primera que comenzó a agacharse y a recoger las monedas dispersadas por la acera. Después se unieron otras personas que pasaban por allí. Cuando terminaron se acercó al mendigo y le dijo: “lo siento mucho, y le ruego disculpe a mi hija, no parece que la hayamos educado muy bien”.

Elena aún enfadada gritó a su madre:

—Mamá ¿cómo has podido decir eso? ¿Cómo has podido recoger las cosas a ese hombre? Estaba sucio, ¿le has visto?

—Le he visto, y yo sé lo que es estar sucia, y lo que es no tener dinero, y tu padre también lo sabe, creo que algún día debería contarte tus orígenes, quien no sabe de donde viene difícilmente podrá valorar su vida.

Carmen y José se miraron, puede que no estuvieran haciendo las cosas tan bien con la niña, al dárselo todo quizá no le estuvieran dando lo más básico, había que poner remedio a eso, sino acabaría siendo una tirana, como su abuelo.

Aquel día Elena comenzó a odiar a su padre, cómo se atrevía a pedirle que recogiera la basura de nadie, cómo se había atrevido a cogerla del brazo como si fuera una delincuente e intentar obligarla a agacharse y pedirle perdón a aquel andrajoso. Y lo peor de todo, cómo con su insistencia había hecho que su madre acabara recogiendo las monedas de aquel hombre. Estaba claro que su padre era de otra clase, no de la de ellas, nunca había entendido que su madre se hubiera casado con un hombre así. Esa noche, desde la soledad de su cama recordó una y otra vez la humillación que la había hecho sentir, le maldijo, y se juró que llegaría un día en el que haría que se arrepintiera de haber hecho algo así.

Mientras tanto, en el escritorio de la peluquería Carmen abrió un pequeño cuaderno y con lágrimas en los ojos comenzaba a escribir en sus páginas.

II

Llegó el verano a Asturias, aunque suponía toda una sorpresa, tanto estaba el día soleado como a los cinco minutos empezaba a llover como si el mundo fuera a acabarse.

El tráfico entre albergues disminuyó con el buen tiempo, sin frío se puede dormir en cualquier sitio, y hay más horas de luz para conseguir dinero o algo que echarse al estómago. En las calles incluso se podían ver nuevas caras, y dejaban de verse otras habituales de mendigos profesionales que habían conseguido lo suficiente como para volver a su país de vacaciones.

Los casi dos meses que habían pasado desde que Carlos se había marchado me habían servido para pensar en mí, en lo que quería, y en lo que iba a hacer. Si algo había aprendido de la estancia en aquella montaña era que no se podía confiar en nadie, pero también que había cosas en las que yo me había equivocado, y una de ellas era mi padre.

Reuniría dinero y volvería a Madrid, hablaría con él y me disculparía, cara a cara, como hay que hacer las cosas. No quería llamarle y que supiera como vivía, aunque ahora estuviese en muchas mejores condiciones que hacía seis meses. No se trataba de llegar a casa como una triunfadora, pero tampoco quería llegar como una fracasada. Después de encontrarnos ya vería lo que haría, pero podría intentar conseguir trabajo en alguna revista o periódico, o quizá trabajar en el mundo de Internet, eso tampoco me disgustaba y ofrecía un montón de oportunidades profesionales. También quería ver a Silvia, ojalá todo le hubiese salido bien, ya encontraría la manera de dar con ella, porque su tarjeta estaba en la cartera que Carlos se había llevado. Carlos... le odiaba tanto, y por otra parte deseaba tanto verle, pedirle explicaciones, que me diera una razón para perdonarle.

Ya había hablado con Belén y ella, aunque apenada por mi próxima marcha, estaba de acuerdo con mi decisión. Estaba pagándole el carné de conducir a Tania para que se incorporase a las rutas en el momento en que yo me fuese. La gran familia tenía que seguir adelante, conmigo o sin mí.

Hacía un año, por aquellas fechas yo estaba en un resort de lujo en el caribe, junto a mi prometido guapo y rico, tomando champán y langosta, y desde entonces habían pasado tantas cosas... unas impuestas por la vida, y otras que yo sola me había buscado. Quizá debería empezar otro libro, contar mi experiencia, hablar a los demás de lo fácil que es acabar en la calle, de que podría pasarnos a cualquiera. Podría hablar de todas las historias que me contaban en los viajes de la furgoneta, las de mis compañeros de casa, pero eso sería como quitarles lo poco que les quedaba, los recuerdos, que son los que te hacen seguir adelante cuando ya no tienes esperanza.

Con el verano también llegaron las fiestas en los distintos pueblos y barrios, aquello nos tuvo haciendo hasta turnos de noche, quedábamos con grupos de amigos y les trasladábamos de un sitio a otro, así no tenían que coger el coche y podían beber sin problema. La única condición que poníamos es que no estuvieran en muy mal estado, ya que no nos apetecía tener la furgoneta oliendo a vómito durante varios días. La mayoría de las veces eran grupos simpáticos que cantaban durante todo el camino o que hablaban a voces, con la lengua resbaladiza, contando anécdotas vividas que el alcohol engrandecía. Los turnos nocturnos los hacíamos de dos en dos, Tania solía ir con John y yo con Lucky, la ida o la vuelta que hacíamos de vacío no parábamos de

charlar. Fue el primero que se atrevió a hablar sobre Carlos.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, unos días mejor que otros.

—Tiene que haber una explicación. Es un gran chico.

—Intento buscarla, pero no la encuentro.

—Él gana bastante con su música, no necesita tu dinero.

—Hay personas que se sienten bien cogiendo lo de los demás, aunque no lo necesiten.

—Sigue pareciéndome todo muy extraño. Y lo más raro es que aún no haya vuelto.

—No creo que lo haga, tenía sus planes.

—A veces los planes se cambian.

—Él tenía las cosas claras, lleva mucho tiempo solo.

—Ahora te tenía a ti.

—Parece que yo no era suficiente —reí amargamente.

—Lo que no es suficiente para algunos es la plenitud para otros —me dijo serio—, si él no supo apreciarte aparecerá otro que agradecerá que no lo haya hecho.

—Gracias Lucky.

—Nada de gracias, me invitas a un café —me dijo bromeando.

—Eso está hecho, elige sitio.

Paramos en la cafetería de una gasolinera, a esas horas no había muchos sitios abiertos. Tomamos un café y charlamos un poco con el chico que nos atendió, de los horarios nocturnos y esas cosas.

Cuando volvimos al piso nos fuimos directamente a dormir, al día siguiente Lucky volvía al taller y yo tenía que hacer unas cuantas recogidas. Me despertó el timbre de la casa pocas horas después. No hice ni el mínimo intento por moverme de la cama, quería descansar un rato más. Oí a gente hablar, pasos, a alguien que abría la puerta de mi habitación.

—Elena cielo, deberías levantarte, alguien ha venido a verte —me dijo Belén un poco nerviosa.

Me levanté, me puse unos vaqueros, una camiseta y salí en dirección al salón. Allí de pie, con el pelo mucho más canoso y ojeras de haber dormido poco estaba él, me había encontrado.

—Elena...

—Papá... —no pude seguir hablando, un nudo se había apoderado de mi garganta. Corrí hacia él y le abracé, y no pude evitar llorar. Los dos lloramos, había pasado demasiado tiempo.

—Te he buscado todo este tiempo, nadie sabía donde estabas, la madre de Ramiro no quería ni recibirme, conseguí hablar con tu amiga, la que trabaja en la revista en la que tú lo hacías.

—Menchu.

—Sí, Menchu. Me dijo que no sabía donde estabas, y al final recordó que la habías llamado y buscó el número, pero llamé un montón de veces y nadie contestaba.

—Hace tiempo que no tengo ese teléfono.

—Ahora da igual, te he encontrado, y no sabes lo que me alegra ver que estás bien. No sabes lo rápido que funciona la cabeza, he pensado en mil cosas que podrían haberte pasado, pero ahora estás aquí. ¿Cómo estás hija?

—Bien papá, tengo muchas cosas que contarte, y tengo que pedirte perdón por todo, por cómo me he portado contigo, no merecías nada de lo que he hecho.

—Eso ya no importa, todos hemos aprendido de nuestros errores. Yo te dejé irte de mi lado, ahora sé que no volveré a hacerlo.

—Te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti, ahora tendremos que recuperar el tiempo perdido.

La inesperada visita de mi padre trajo una gran alegría no sólo para mi, sino para el resto de la casa. Había venido con Loreto, y se hospedaban en un hotel. Belén insistió para que se quedasen en el piso, ya nos apañaríamos con el reparto de camas, pero ellos prefirieron no hacerlo, querían dejarnos nuestro espacio.

Loreto resultó ser una señora campechana y cariñosa, además de una gran cocinera, por lo que enseguida hizo buenas migas con Belén. Las dos se metían en la cocina y entre sartenes y cazos nos preparaban la comida o la cena con entrantes, dos platos y postre casero, parecía que estábamos de boda, pero teníamos tanto que celebrar que cualquier banquete era bienvenido.

Paseé con mi padre por la ciudad, y le conté, suavizando muchas cosas, qué había sido de mi vida desde que había llegado allí. No le hablé de Carlos, desde que había llegado mi familia pensaba mucho menos en él.

También tuve la oportunidad de hablar con Loreto, y de disculparme con ella.

—No te tienes que disculpar niña, lo pasado pasado está, no sabes lo contenta que estoy yo por que mi José por fin sonría. Estos meses han sido una lucha constante, y ahora estamos todos felices.

—Pero he sido tan injusta...

—La vida es injusta, pero al final lo pone todo en su sitio. Yo quiero a tu padre, y te querré a ti, ya verás en cuanto nos conozcamos mejor como se nos hace fácil estar juntas, si yo soy muy llevadera.

—Yo no tanto.

—Pues no es eso lo que dice Belén de ti, te pone por las nubes. Que si trabajadora, que si buena chica, que si eres como una hija para ella...

—Si al final me salen madres por todas partes —bromeé.

—No, eso lo quiero dejar claro. Tu madre aunque no esté seguirá siendo tu madre siempre. Yo te cuidaré cuando necesites, te escucharé cuando quieras hablar, tendrás en mi a una amiga, pero jamás pienses que intento ocupar su lugar. Ya no eres una niña Elena, has demostrado que sabes cuidarte sola y que eres independiente.

—No lo decía por eso Loreto, pero gracias.

—Gracias las tuyas mi alma, que mira que eres guapa, no has sacado nada de tu padre —rió divertida.

“Mi padre” aún nos quedaba un tema por tratar.

Dos

—¿Estás segura de esto?

—Lo estoy.

—Carmen, hemos callado tantos años... y ahora ¿vas a contarle todo?

—No se lo contaré ahora, pero si algún día me pasara algo me gustaría que leyese este cuaderno.

—Me estás pidiendo algo que no me deja en muy buen lugar.

—Tu lugar es el que te has ganado. Ella debe saber la verdad.

José seguía sin estar convencido, pero aceptó guardar la pequeña libreta, si quería decírselo ¿no era mejor que se sentaran los tres a hablar como la familia que eran?

Lo que en ese momento él no sabía es que en poco más de tres años tendría que esconder ese cuaderno entre las cosas de Carmen para que Elena lo encontrase. Y que eso marcaría un antes y un después en sus vidas.

III

Pasados unos días y José y Loreto comenzaron a planificar su vuelta a Madrid, él no podía faltar al trabajo mucho más, y ya habían encontrado lo que ido a buscar a Gijón.

Me dijeron que era mi vida, y que era una decisión que yo debía tomar, si quería quedarme o si quería volver con ellos, y no tuve que pensarlo demasiado, era el momento de volver a casa, y enfrentarme a la vida que había dejado atrás hacía casi ocho meses.

Como despedida mi padre nos invitó a todos a cenar en una sidrería. Fue una noche inolvidable. Comimos, bebimos, cantamos, y lloramos, porque los lazos que se habían formado durante aquellos meses eran fuertes, y el separarse, iba a ser muy duro.

Prometí a Belén llamarla cada poco, y volver a visitarles alguna vez. Les ofrecimos nuestra casa para que bajasen a vernos cuando quisieran, aunque yo sabía que con el ritmo de trabajo que llevaban, y con una persona menos, eso iba a ser complicado.

Al día siguiente salí por la puerta de aquel piso, dejando con tristeza mi hogar y mi gran familia, fue uno de los días más difíciles de mi vida.

Se ofrecieron a llevarnos, pero mi padre, que no acababa de llevar bien lo de transportar a gente en una furgoneta, aunque tuvieran licencia para ello, prefirió ir por su cuenta.

Bajamos en un taxi hasta el centro, les pedí que continuaran y me esperaran en la estación. Antes de irme me quedaba algo por hacer.

Entré en una confitería y compré una caja de bombones. Pedí una tarjeta y un bolígrafo a la dependienta y la añadí al bonito paquete hecho con papel brillante y lazos de colores.

Luego me acerqué a la puerta del garaje donde había dormido algunas noches. Esperé a que se abriera y volví a colarme, iba limpia, bien vestida y maquillada, nadie lo vería raro.

Fui hasta la esquina donde Fernanda me encontró aquella mañana y le dejé la cajita con los bombones y una nota que decía “Tú fuiste mi luz cuando todo era oscuridad. Gracias. Elena”. Esperaba que la encontrara y así poder agradecerle de alguna manera aquel desayuno, sus consejos, y su amabilidad.

Luego paseé hasta la estación, despidiéndome de las calles, de las esquinas donde había hecho de estatua, de los sin techo que seguían esperando que alguien les diera una moneda para poder tomar un vaso de leche, también pasé por delante de la biblioteca, que tantas horas me había acogido. Y me volví a acordar de Carlos, y me pregunté dónde estaría y que sería de él.

Media hora después salía de Gijón subida en un tren con rumbo a Madrid. Cerraba otra etapa en mi vida.

IV

La vuelta a la casa de Boadilla me llenó de recuerdos. Algunas cosas habían cambiado. El salón de peluquería era ahora el salón de la casa, con una gran mesa de comedor, sofás y un mueble para la televisión.

Loreto había pintado las paredes en distintos tonos de naranja, más vivo en una de las paredes, y más suave en el resto, que conjuntado con las cortinas daban a la estancia un aire cálido y acogedor.

Mi habitación estaba tal y como yo la había dejado. Con la ropa ordenada en el armario y los juguetes de cuando era pequeña guardados en un baúl de madera tallada. Lo único que habían cambiado era mi escritorio. Lo habían puesto en la pequeña habitación que antes era la salita, y ahora tenía estanterías con mis libros, el antiguo sofá y el equipo de música. Loreto lo había preparado todo para que cuando volviera tuviera mi propio espacio.

Pasé unos días sin salir de la casa, necesitaba empapararme de ella antes de volver a pisar la calle, aunque supiera que a la hora de dormir tendría mi habitación, con una cama para mi sola, con las sábanas limpias y bien planchadas, y que en la mesa no me iba a faltar un buen plato de comida.

El primer día que salí fue para ir a Madrid, no quería parar mucho por Boadilla, sabía que las vecinas me harían un montón de preguntas que no tenía ganas de contestar.

Estuve al lado del edificio donde estaban las oficinas de Diamond Life, pero no me atreví a entrar, quería preguntar por Silvia, pero eso supondría encontrarme a Menchu, o a Pablo, y era algo que no me apetecía en absoluto, ellos formaban parte de las personas que había decidido dejar por el camino en mi nueva vida.

También me acerqué a la zona donde vivía Marga, me podía la curiosidad, quería saber qué había pasado en todo aquel tiempo, pero cuando iba a llegar a la casa me di cuenta de la estupidez que estaba haciendo y di media vuelta. Al final terminé dando un paseo por un centro comercial, donde me compré algo de ropa y después regresé a Boadilla.

Los días siguientes los dediqué a revisar mi currículum y a hacer un listado de empresas a las que enviarlo. Me apunté a numerosas ofertas de empleo por Internet, e incluso pensé en montar algún tipo de negocio por mi cuenta. Quería trabajar, y cuanto antes mejor. Necesitaba sentirme útil, tener una estabilidad que me asegurase, en la medida de lo posible, no tener que volver a pasar por todo lo que había pasado desde la muerte de Ramiro.

Pero las pocas entrevistas para las que me llamaban eran para empleos mal pagados y que no me ofrecían tampoco unas expectativas de formación que merecieran la pena, la cosa no iba a ser tan sencilla como pensaba.

La suerte llegó en forma de llamada telefónica, fue Loreto quien me informó.

—Preguntan por ti, de Sierra Editorial.

—¿Sierra Editorial? No me suena de nada, pero voy enseguida.

Contesté al teléfono y hablé con una chica muy amable que me citó para esa misma tarde en sus oficinas, tenía una entrevista.

Con el poco tiempo del que disponía busqué información de la editorial por Internet pero no

encontré gran cosa. No recordaba tampoco haberles enviado mi currículum, pero el caso es que me habían llamado y tenía la esperanza de que fuera para algo bueno. Me puse el único traje que tenía que no me quedaba demasiado grande tras mi pérdida de peso y que había sido mi atuendo para todas las entrevistas de las últimas semanas, me maquillé ligeramente, me cepillé el pelo y salí hacia Madrid.

Llegué al número de la calle Espronceda que me habían indicado, Sierra Editorial estaba en el bajo. Cuando entré pude ver que tenían unas oficinas modernas, todo era tan blanco que parecía el interior de un Iglú, pero me gustaba. La recepcionista llamó por teléfono para anunciar mi llegada, y me pidió que tomase asiento hasta que me recibieran. A los pocos minutos una cara familiar se acercó a mi.

—¡Silvia!

—¡Elena!

Nos dimos un abrazo, y después nos revisamos una a la otra. Ella también había perdido peso, pero estaba igual de guapa y elegante que siempre. Llevaba un traje blanco, que parecía a juego con el entorno, el pelo corto y una gran sonrisa en la cara.

—Menuda sorpresa. ¿Ahora trabajas aquí?

—Ahora trabajo aquí y, además, soy la dueña.

—Es estupendo, al final te has lanzado —pasamos a su despacho, igual de blanco que el resto de las instalaciones.

—Cuando volví de la baja no veas el tinglado que había montado en la revista. Menchu estaba de súper jefa, mangoneando todo pero sin tener idea, con unos aires de grandeza que no te puedes ni imaginar.

—Sí que puedo.

—Pues esa fue la gota que colmó el vaso, hablé con Pablo y pactamos mi despido. Ahora como está encoñado con ella pues encantado de quitarme de en medio. Él se quedó lo que quería y yo me llevé un buen dinero, que sumado a lo que tenía ahorrado y a un pequeño crédito son los padres de Sierra Editorial

—¿Y qué hacéis? Busqué por Internet pero no encontré gran cosa.

—Tenemos en marcha un par de revistas: una para una cadena de hoteles y otra de un centro comercial, los contactos que tenía se están portando y, de momento, han apostado por nosotros. Además estamos estudiando la publicación de obras de mayor envergadura, pero eso tendrá que esperar, primero hay que asegurarse la entrada de dinero, y para eso necesitamos más anunciantes. Y ahí es donde encajas tú.

—No sé si como comercial tengo mucho futuro.

—No será solo una labor comercial, eres periodista, y me gusta tu estilo, así que escribirás, pero también entrarás en contacto con anunciantes que nos interesen, al principio será difícil, pero si las revistas tienen éxito luego se hará muy sencillo.

—Puedo intentarlo.

—No Elena, no puedes intentarlo, puedes conseguirlo.

Seguimos hablando de nosotras, me dio las gracias por la carta que le había dejado en el hospital y me dijo que había pensado en mi nada más montar la empresa, tuvimos una conversación muy emotiva y gratificante. Le conté muy por encima lo que había sido mi vida en los últimos meses, ya tendríamos tiempo para hablar largo y tendido, ahora tenía que centrarme en

mi nuevo trabajo.

Empecé al día siguiente y enseguida me sentí parte del equipo, el encanto de Silvia y su entusiasmo contagiaba a todos, y trabajábamos con ganas e ilusión. Conseguí algunos anunciantes, algunos permanecerían durante varios números, lo que me dio un respiro en mi labor comercial y así pude centrarme en la periodística, que era la que me gustaba. Mi vida volvía a tener un orden, y eso se reflejaba en mi estado de ánimo.

V

Mi primer sueldo vino acompañado de una pequeña celebración en casa, encargué lechazo al horno para llevar en un prestigioso asador y compré dos botellas de buen vino. Loreto preparó una ensalada con salsa de mostaza que estaba para chuparse los dedos, y los tres nos sentamos a la mesa como si fuera el día de Navidad, vestidos para una gran ocasión.

Tras la cena mantuvimos una sobremesa de lo más agradable, y Loreto, poco acostumbrada al vino se disculpó para irse a dormir “a ver si las paredes dejaban de dar vueltas”.

Habían pasado casi dos meses desde mi vuelta a casa, y seis años desde que habíamos dejado de tener la conversación que aún teníamos pendiente, y aquel me pareció un buen momento para iniciarla.

—Papá, me gustaría que hablásemos de algo.

—Tú dirás —se puso serio.

—Cuando murió mamá encontré un cuaderno escrito por ella en el que contaba parte de su vida, ¿conocías ese cuaderno?

—Sí, lo conocía, ella me habló de él.

—¿Sabías lo que contenía?

—No llegué a leerlo, pero sé de lo que te hablaba.

—Entonces podré hacerte la pregunta que necesito hacerte —no encontraba el modo ni las palabras adecuadas para formular aquello.

—Adelante.

—¿Quién es mi padre?

Su rostro cambió, me miró con pena, empezó a hablar, calló, pensando en las palabras que iban a salir por su boca, entonces me cogió la mano y me dijo:

—Elena, tu padre soy yo.

—Pero en el cuaderno...

—El cuaderno te diría un secreto que tu madre quiso guardar siempre. La violaron cuando aún era una niña, y la mala suerte hizo que quedara embarazada. Por ese embarazo tuvimos que huir del pueblo, allí tenían las mentalidades muy cerradas y la vida de tu madre no habría sido fácil de seguir allí, la habrían señalado con el dedo. Yo la quería, le propuse que nos casáramos y nos fuéramos, el cura aceptó, y tu abuela nos ayudó, era la primera que quería mandar la vergüenza cuanto más lejos mejor. Nos fuimos sin saber muy bien a donde, pasamos penurias porque salimos sin apenas dinero, pero luego fuimos saliendo adelante. Tu madre perdió al bebé que esperaba a las dos semanas de irnos, era demasiado joven y puede que su cuerpo aún no estuviera preparado para eso. Luego volvió a quedarse embarazada de ti, y el resto de la historia ya la conoces.

—Papá —dije temblando— todo este tiempo dudando de ti, pensando que no era tu hija, que era una molestia en tu vida.

—Siempre has sido mi hija, y aunque hubieras sido aquel bebé lo habrías seguido siendo.

—Lo siento tanto, siento mis dudas, siento todo lo que te he hecho ¿podrás perdonarme alguna vez?

—No tengo nada que perdonarte, nadie dijo que ser padre fuera fácil, y bueno, aunque eras una niña caprichosa nunca fuiste mala, fue bastante sencillo criarte.

—Y tú siempre trabajando, para que no nos faltara de nada.

—Y tu madre, no lo olvides, era una trabajadora incansable, fue una de las cosas que me gustaron de ella cuando la conocí. Y lo guapa que era, por supuesto, en eso se parece a ti.

Mis dudas, esas dudas que habían conseguido poner patas arriba toda mi existencia se habían resuelto con una simple conversación. Todo el tiempo que había perdido pensando en el contenido de aquel cuaderno y al final era todo tan sencillo... No podía ser más feliz, mi padre era mi padre, y yo estaba orgullosa de ser su hija.

Me fui a la cama y dormí profundamente, ahora sí que realmente estaba en mi casa.

Al día siguiente llamé a Belén y estuve un buen rato hablando con ella. Me dijo que estaban mirando una segunda furgoneta, el trabajo en el taller de Lucky escaseaba, así que pronto le despedirían. Con la nueva furgoneta podrían hacer más rutas y más entregas, ya lo tenía todo calculado. Esperaba que pudieran ahorrar algo todos los meses, y así en un año más o menos podría abrir un taller para los hermanos, iría echando un vistazo a ver si encontraba algún traspaso económico y ya encontrarían a alguien que se encargara de los repartos, además también contaba con Tania.

Esta última logró arrebatarme el teléfono a Belén para contarme que estaba saliendo con John, supongo que es algo que todos veíamos venir, pero me alegré muchísimo por ellos, hacían una pareja estupenda, y se complementaban muy bien. Les deseaba lo mejor.

Quedé en ir a verles un fin de semana, pero un poco más adelante, todavía me sabía a poco el tiempo que pasaba en casa y, además, estaba completamente absorbida por el trabajo.

Silvia estaba muy ocupada con lo que ella llamaba “la diversificación del negocio”, y pasaba días enteros fuera de la oficina, por lo que delegaba muchas funciones en mí. Tanto tenía una reunión de contenidos como estaba aprobando alguna maquetación. Estaba tan ocupada que no me di cuenta de lo que estaba pasando a mi alrededor.

Un viernes Silvia me pidió que me quedara después del trabajo para hablar de cómo estaban saliendo las cosas. Cuando entré en su despacho estaba seria, y aquello me dio mala espina, parecía que había durado demasiado la buena racha. Hice un rápido repaso mental para buscar algo en lo que podría haberme equivocado, pero estaba pendiente de tantas cosas a la vez que no fui capaz de encontrar algún error que fuera el motivo de aquella reunión.

—Elena siéntate por favor —me dijo mientras me miraba fijamente y jugaba a dar vueltas a un bolígrafo con una de sus manos. Tengo que admitir que las piernas me temblaban, y que tuve que abrazarme a mi cuaderno para que no se me notara tanto el nerviosismo.

—¿Pasa algo Elena? Te noto distinta.

—Tenemos un gran proyecto entre manos.

—Lo sé, y estoy trabajando duro para que siga adelante.

—No, no hablo de ese proyecto. En su día te conté que una parte de la editorial se dedicaba a las revistas, pero ha llegado el momento de poner en marcha la otra parte.

—Te escucho.

—Vamos a comenzar con la publicación de libros, he estado ausente estas últimas semanas porque tenía que arreglar muchas cosas para no dejar ningún cabo suelto. No sé si lo que voy a hacer saldrá bien o mal, pero voy a hacerlo, y espero contar contigo para ello.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Bien, pues entonces, tenemos reservada una sala en el Círculo de Bellas Artes para el próximo jueves, allí se presentará el primer libro publicado por Sierra Editorial. Hay que conseguir la mayor afluencia de público posible, preparar una nota de prensa para los medios y mandar unas cuantas invitaciones. Aquí tienes un listado que he preparado con todo lo que hay que hacer, y con el nombre de las personas que nos interesa que acudan.

—Me pondré con ello inmediatamente. ¿Podrías hablarme del libro? ¿Y contarme algo del autor? Eso me facilitaría mucho el trabajo.

—Por supuesto, que cabeza la mía, aquí tienes, puedes leértelo durante el fin de semana.

Puso un libro sobre la mesa, la portada era blanca, muy al estilo Sierra Editorial, en el centro había una silueta de un rostro femenino, debajo, en letras negras el título “Una mujer” y el nombre de la autora: Elena Castro.

Volví a revisar la portada, nerviosa, incrédula, miré a Silvia que me sonreía, no sabía si reír o llorar, grité algo, me levanté, abracé el libro, la abracé a ella. Tenía que hacer muchas preguntas, pero no sabía por donde empezar, estaba demasiado emocionada como para componer una frase que tuviera sentido. ¿Cómo había llegado mi libro a sus manos? ¿Cuánto tiempo llevaba preparándose esto sin darme yo cuenta? ¿Y Carlos? ¿Dónde estaba Carlos?

—Silvia, no sé que decir, esto es toda una sorpresa, cuando entré en este despacho y te vi tan seria pensé que había hecho algo mal y que ibas a despedirme... y resulta que me has dado el mejor de los regalos.

Se rió sonoramente.

—¿Despedirte? ¿Después de ayudarme a sacar esto adelante? Pensé que me conocías un poco más Elena.

—Lo siento, yo, no sé que decir, estoy tan emocionada...

—Lo sé, yo también lo estoy, en cuanto el libro cayó en mis manos no pude dejar de leerlo. Verás que me he tomado la libertad de hacer algunas correcciones, pero había pequeños fallos de estilo que era mejor pulir, espero que no te moleste.

—¿Molestarme? Estoy agradecida por todo Silvia, por el libro y por todo lo que has hecho por mi.

—Vamos, vamos, no nos pongamos sentimentales, que aún queda mucho trabajo por hacer.

—Sí, ahora mismo me pongo con ello—me levanté aún abrazada al libro y me giré para darle las gracias de nuevo.

—Que te pongas a trabajar, o no me quedará más remedio que despedirte —me dijo bromeando.

—Solo una pregunta.

—Adelante.

—¿Quién te dio mi escrito?

—Elena Castro, debería usted saber que soy periodista, y un periodista nunca revela sus fuentes —me guiñó un ojo y se puso a ojear unos papeles que tenía sobre el escritorio dando por concluida la conversación.

Ahí estaba yo, con mi pequeño tesoro entre los brazos, a una semana de presentarlo en sociedad, me moría de ganas de llegar a casa y enseñárselo a mi padre.

Me quedé en la oficina hasta bien entrada la noche, Silvia se marchó un par de horas antes, recordándome que apagara la luz y dejara conectada la alarma. No estuve todo el tiempo trabajando, mi cabeza se había dedicado a armar un puzzle. ¿Era Carlos quien había hecho que mi vida cambiara? ¿Había hecho llegar mi libro a Elena y por eso ella se había puesto en contacto conmigo?

Aún me quedaban muchas dudas por resolver, y esperaba que llegase el momento en que todo se aclarase.

Salí de la oficina y me dirigí a la boca de metro. Una vez dentro comencé a oír la música de una guitarra, me dirigí a paso rápido siguiendo la familiar melodía. Cuando descubrí su procedencia vi a un muchacho delgado y con una chupa de cuero que tarareaba una canción de U2. Dejé unas monedas sobre la funda abierta de su guitarra y volví sobre mis pasos, él me miró extrañado al ver mi cara de desilusión.

Era hora de irme a casa, había sido un día muy intenso.

VI

La sala para la presentación del libro estaba casi llena, Silvia era una mujer bien relacionada y había sabido tirar de sus contactos. Periodistas, críticos literarios, toda la plantilla de la editorial y sus amigos estaban allí. También estaban mi padre y Loreto, y a su lado Rogelio, con su mujer y sus hijos.

Habían colocado dos carteles a ambos lados de la mesa en la que me encontraba. En uno venía la portada del libro en grande y en otra una foto mía rodeada de una montaña de ejemplares de “Una mujer”.

A la derecha de la sala una azafata custodiaba una mesa con unos cuantos ejemplares que se regalarían entre los asistentes y que yo tendría el placer de firmar. Aquello era demasiado, me sentía como una actriz que va a recibir un oscar.

Comenzó hablando Silvia, agradeciendo la presencia a los asistentes. Después hizo una breve introducción sobre Sierra Editorial y el nuevo proyecto que apostaba por la literatura. Después habló de mí, del libro, de las sensaciones que le produjo su lectura, y me cedió la palabra.

Volví a agradecer la presencia de todas aquellas personas en un momento tan importante, les hablé del libro, de la protagonista, de los personajes, de su final abierto, porque estaba basado en una historia real y por entonces yo desconocía el final. Les hablé del enfoque de mi obra, de la superación de una mujer que se rehace a sí misma para salir adelante, llegó un momento en que no supe si estaba hablando del libro o de mi misma, aunque las historias fueran tan distintas.

Silvia supo salir en mi ayuda e hizo un cierre magistral a la charla, que terminó con el aplauso de los asistentes. La prensa hizo pocas preguntas, más tarde me contactarían para alguna entrevista si el libro tenía tirón.

Llegó el momento de la firma, poco a poco, los interesados fueron acercándose con su ejemplar en la mano. Unos me felicitaron, otros me desearon suerte, y entonces una mano con los dedos retorcidos me entregó un libro y me dijo con su conocida voz:

—El mío nos lo dedicas a todos, no te dejes a ninguno que luego vienen los celos.

Era Belén, que iba súper elegante con un traje de chaqueta y peinada de peluquería. Había viajado desde Asturias para estar allí conmigo, Loreto y mi padre la habían avisado.

Nos abrazamos, y volvió a insistir en la firma, ella no se iba sin su libro, abrí la primera página y puse “Para Belén, Tania, John y Lucky, mi gran familia. Os quiero. Siempre.”

—Los chicos querían venir, pero ya sabes que no podemos dejar el negocio sin atender, además, está el precio de los billetes, que no veas, creo que nosotros cobramos demasiado barato, tendré que estudiarlo —me guiñó un ojo, y quedamos en vernos en cuanto terminase.

Estuve casi una hora allí sentada, charlando con unos y con otros, cuando finalicé me acerqué a mi padre, que estaba con Loreto y Belén. Rogelio y su familia habían tenido que irse, él tenía turno de noche y querían llegar a casa con tiempo.

—Menuda sorpresa Belén, que ilusión me hace que estés aquí.

—Pues a mi ni te cuento, ahora puedo decir que soy amiga de una escritora.

—Tú eres más que una amiga —la besé en la mejilla y sonrió emocionada.

—Ahora iremos a cenar por ahí, tenemos que celebrarlo —dijo mi padre, y Loreto asintió.

—Voy a despedirme, enseguida estoy con vosotros.

Me acerqué a Silvia que charlaba con un grupo de gente, se despidió de ellos y vino a mi encuentro.

—Todo ha salido bien, ¿cómo te encuentras?

—En una nube, esto es más de lo que podría haber soñado.

—Y ahora nos queda vender, sino vas a tener que conseguir muchos anunciantes para las revistas si quieres cubrir todo lo que he invertido en ti —bromeó.

—Eso espero, poder devolverte un poco de todo lo que tú me has dado.

—Anda vete, que últimamente estás de ñoña que no te reconozco, ya nos vemos el lunes, disfruta de tu noche.

Salimos a la calle en busca del taxi de mi padre, que nos llevó a un bonito restaurante en Majadahonda, donde celebramos aquel mágico día.

VII

El fin de semana lo dediqué a enseñar Madrid a Belén, nos fuimos de compras, y después de mucho insistir me dejó que le regalara un bonito abrigo que vimos en un escaparate y que se había quedado mirando un buen rato.

—Voy a parecer una señora rica con este abrigo.

—Vas a parecer una gran señora, y eso es lo que eres, así que estará en la percha adecuada.

—Si me seguís tratando así de bien el lunes no me cojo el tren de vuelta.

—Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras, estaré encantada de tenerte aquí.

—No puedo quedarme más, ya lo sabes, aún nos queda mucho por hacer, aunque las cosas nos vayan bien ahora no hay que bajar la guardia, tenemos que seguir trabajando.

—Quien nos iba a decir a nosotras aquella tarde que nos conocimos en el albergue que ahora estaríamos aquí, juntas, hablando de nuestro futuro.

—Con este abrigo de señorona y la manicura recién hecha.

—Y con la merienda que nos vamos a meter ahora entre pecho y espalda.

—Y con esa merienda.

Nos reímos y seguimos bromeando todo el camino hasta llegar a la confitería a la que quería llevarla. Allí estuvimos un buen rato en el mostrador decidiendo qué íbamos a pedir. Todo nos resultaba tremendamente apetitoso. Entonces oí el llanto de un niño, me di la vuelta y vi a una azorada madre tratando de calmar a su pequeño. Aquel pelo pelirrojo, su flequillo, en seguida la reconocí, era Jimena, con su bebé. Nuestras miradas se cruzaron y sentí su incomodidad. Asentí con la cabeza indicándole que todo estaba bien, me devolvió una sonrisa de cumplido y salió del local con el pequeño que seguía llorando.

—¿La conoces? —preguntó Belén.

—Sí. Ese bebé es la razón por la que tú y yo llegamos a conocernos.

—Pues bendito sea entonces.

Le pasé el brazo por los hombros y me la llevé hacia una mesa proponiéndole pedir un variado de pastelitos y una gran taza de chocolate. El pasado acababa de salir por la puerta, y ahora solo estaba dispuesta a vivir el presente.

Durante la merienda le conté lo del libro, mis sospechas de que Carlos fuera el artífice de todo aquello.

—Te dije que era un buen chico, eso explicaría todo.

—¿Dónde está entonces? Si hizo eso por mí es porque le importo, ¿por qué ha desaparecido?

—Cada uno elige su camino, él te ayudó en el tuyo, pero pudo decidir seguir por el suyo después. Quién sabe lo que pasa por la cabeza de cada uno.

—Me gustaría hablar con él, aunque fuera solo una vez.

—En eso no puedo ayudarte, por casa no ha vuelto, y si lo hubiera hecho sabes que tampoco podría decírtelo, me gusta que respeten mi vida así que yo respeto la de los demás.

—Pero es que no paro de pensar que puede estar durmiendo en cualquier sitio, pasando hambre o frío, cada vez que en el metro oigo a alguien cantando me da un vuelco el corazón. Ahora yo podría ayudarle, tengo un trabajo, y un hogar, podría echarle una mano si él quisiera.

—¿No te has parado a pensar que a lo mejor no quiere que le ayudes? —se metió un pastelito

en la boca y lo saboreó con calma antes de continuar—. Quizá no quiera que le ayudes, a lo mejor tan solo quiere que le quieras. ¿No lo has visto de esa manera?

—No, la verdad es que no —me avergoncé por haberlo planteado así.

—Mira cariño, tú has estado en la calle y sabes lo que es, quieres que la gente vea más allá que unos harapos o unas uñas mugrientas, quieres que vean tu corazón, y tu personalidad, y nadie se para a mirar eso. ¿No crees que Carlos se puede sentir así? Ahora tienes una familia que te cuida, una habitación preciosa donde duermes calentita, un trabajo estupendo, y encima acabas de publicar un libro, que con un poco de suerte se venderá bien y te hará famosa. ¿Qué tiene él que ofrecerte?

—No necesito que me ofrezca nada.

—Respuesta incorrecta. Él tiene su corazón. Un corazón tan grande que no le cabe en el pecho, y eso es lo que tú no ves que puede darte. Aún no lo has entendido.

Me quedé un buen rato pensando en las palabras de Belén. ¿Acaso no estaba Carlos seguro de mis sentimientos? ¿O era yo misma la que no sabía lo que sentía?

Desde ese momento los pastelitos me supieron amargos.

CARLOS

Ahí estaba yo, devorando las páginas de aquel libro en aquella cabaña situada en un paraje idílico. Podía haber elegido retozar con Elena durante todo el fin de semana en aquella maravillosa cama con cabecero de troncos barnizados, pero algo me decía que aquel escrito era la oportunidad de conocerla un poco más, de entender su huida, porque la conversación que habíamos tenido me había creado aún más incógnitas.

Llevaba tiempo siguiéndola a la biblioteca, la veía teclear incansable, levantarse, dar una vuelta a la sala mientras pensaba y volver a sentarse para seguir escribiendo. Parecía una estudiante terminando un trabajo para clase, con su largo pelo negro y su cara de muñeca de porcelana.

Alguna vez creí que me había sorprendido mirándola, pero fueron todo imaginaciones mías. En el fondo es lo que deseaba, que levantara la cabeza, me viera y me hiciera una señal para que me sentase a su lado y compartiese con ella esos momentos. Me habría quedado callado, sin molestar, viéndola ejecutar su obra, como un músico que toca las teclas del piano, pero esta melodía sería silenciosa.

Cuando volvió de su paseo la encontré crispada, y algo de razón tenía, aquello no era el fin de semana romántico que una mujer podría esperar. Ya había terminado, por supuesto que tuve que leer entre líneas, leer cada palabra me habría llevado varios días más.

Le hice unas preguntas y, no sé como, acabamos discutiendo. Ella se fue a la cama y yo me quedé allí, pensando en nosotros, en aquel libro, en su vida.

Abrí la puerta de la habitación para encontrarla profundamente dormida, abrazada a un cojín, y encogida como quien duerme con miedo. Observé su respiración, parecía tranquila. Me acerqué y olí su pelo, a punto estuve de tumbarme a su lado, pero no sé por qué no lo hice.

Recogí mis cosas en silencio, y después cogí su ordenador y lo guardé en su mochila. Iba a apuntar unos datos de su documentación, pero oí como se movía en la cama, así que metí la cartera completa en uno de mis bolsillos y me fui rápidamente.

Aún no había amanecido, caminé montaña abajo, atravesé el pueblo y me dirigí a la carretera más transitada, tardé casi una hora en llegar. Hice autostop, pero no conseguí que nadie parara hasta mucho más tarde.

Conseguí que me llevaran hasta Oviedo, allí toqué durante todo el día, dormí en el banco de un parque y volví a tocar al día siguiente. Después me fui a León, donde repetí la misma operación, necesitaba reunir algo de dinero si quería hacer las cosas bien, después Palencia, Valladolid, mi querida Segovia...

Llegar a Madrid me llevó dos semanas.

Me alojé en una pensión barata en embajadores. Fui a que me cortasen el pelo y me afeitasen la barba, y después me compré zapatos, pantalones y un polo. Mirándome en el espejo me recordé a mi mismo en la época de la universidad, cuando aún tenía una vida medianamente en orden.

Descargué el libro de Elena en un lápiz de memoria y fui a que me imprimiesen las páginas iniciales. Con ellas me dirigí a mi primer destino.

Me encontré con Silvia en una cafetería de un hotel, cuando conseguí llegar ella ya estaba allí,

se me hacía difícil calcular los tiempos y las distancias en aquella ciudad.

Era alta, guapa y elegante, y hablaba con seguridad y cortesía cuando se dirigía al personal de la cafetería de la que parecía ser clienta habitual.

Nos saludamos con un apretón de manos, y a continuación saqué de una carpeta los primeros capítulos del libro de Elena y se los entregué.

—¿Puede echarles un vistazo?

—Si me vuelves a tratar de usted me niego a mirar nada ¿Tan mayor me ves?

—No señora.

—¿Señora? Seguimos por mal camino.

—Está bien, empezaré de nuevo. ¿Podrías echarles un vistazo?

—Así está mejor, ahora tómate algo y relájate, que te noto un poco tenso.

Leyó las páginas con atención, y al cabo de unos minutos me miró y me dijo.

—¿Dónde está el resto?

—En un archivo.

—Ven esta tarde a mi casa con él, creo que tenemos mucho de lo que hablar.

Una vez en su casa y antes de empezar el libro me hizo todo tipo de preguntas. Le conté qué había sido de Elena, como nos conocimos y en qué situación se encontraba actualmente. Omití algunos detalles, pero no el que la había dejado tirada en una cabaña en mitad de la montaña y que seguramente en estos momentos me odiaría.

—Debes quererla mucho para hacer todo esto por ella, aún a riesgo de perderla para siempre.

—Lo que tenga que ser será, pero si hay una oportunidad para que ella salga adelante creo que merece la pena arriesgarse.

Volvió sus ojos al escrito.

—Tengo que leerlo con más detenimiento, pero la historia me gusta, creo que tendría buena acogida entre determinado sector de lectores. Habría que cambiar algunas cosas, utiliza una redacción muy periodística y deberíamos conseguir un toque más literario, pero eso déjalo de mi mano.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Elena me ayudó en un momento crucial de mi vida, así que si está en mi mano te ayudaré. Me pregunté muchas veces que habría sido de su vida, pero nunca me podría haber imaginado todo lo que acabas de contarme. Eso sí que da para una novela.

—Dicen que la realidad supera a la ficción.

—La mayor parte de las veces sí, no sé si por suerte o por desgracia.

—Creo que debo irme, se hace tarde.

—¿Dónde te alojas?

—En una habitación en embajadores, muy pintoresca, con trozos de papel arrancados de la pared y un ruido de tuberías digno de la peor de las pesadillas.

—Puedes ir a buscar tus cosas y quedarte aquí. Yo no estoy en casa en todo el día, pero tengo una asistente que sí lo está y podrá atenderte.

—No quiero molestar.

—No molestas, sino no te lo habría ofrecido. La habitación de invitados no tiene papel en las paredes ni cañerías ruidosas, deberías pensártelo.

Finalmente me quedé en su casa. Por el día tocaba en el metro o en el Retiro y por la noche,

cuando ella llegaba charlábamos y avanzábamos con el libro. Era una trabajadora incansable, y no tardó mucho en tenerlo todo en marcha.

Aunque por el DNI disponía de la dirección de la casa del padre de Elena no quería ir allí por si estaba con alguien, prefería encontrarle trabajando, y que me dedicase un rato para charlar con él. No fue fácil, hay miles de taxis en Madrid, e ir preguntando por José Castro hubiese sido poco discreto.

En eso también me ayudó Silvia, aunque tardamos varias semanas en dar con él.

Nuestro encuentro no fue muy afortunado, me acerqué a él cuando aparcababa el taxi en la central para tomarse un descanso en mitad de la jornada.

—¿José Castro?

—El mismo.

—Necesito hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre Elena —y sostuve en la mano su DNI para que pudiera identificar claramente la cara de su hija. Casi se cae redondo en el suelo, al ver que tenía la documentación de ella, lo primero que pensó es que le había pasado algo—.

—¿Qué ha sucedido? Mi hija, ¿dónde está? ¿Qué le ha pasado?

—No, no se preocupe, Elena está bien.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Dónde la tiene?

—Creo que se equivoca conmigo, si me permite unos minutos le contaré todo lo que necesita saber.

Aquel hombre encanecido y de aspecto triste me indicó una mesa de un bar donde nos sentamos.

El camarero le puso un café con leche sin necesidad de que pidiese nada.

—Buenos días José, ¿cómo va la cosa?

—Bien, como siempre, muchos atascos.

—¿El muchacho que va a tomar? —le preguntó como si yo fuera un niño al que hay que pedirle la consumición.

—Otro café gracias —dije al camarero que se marchó tras la barra en dirección a la cafetera.

—¿Dónde está mi hija? —me preguntó el taxista sin dar tiempo al que mi café llegara a la mesa.

—Está bien, con buena gente, por eso no debe preocuparse. Le diré la dirección exacta donde vive y a las horas que puede encontrarla, por eso estoy aquí, pero antes de nada quería hablar con usted de algo.

Me miró a la expectativa, sin saber muy bien por donde iba a salirle.

—Adelante, creo que la pelota está en tu campo.

—Quiero hablar sobre esto —y deslicé el cuaderno de Carmen encima de la mesa hasta ponerlo donde sus dedos pudieran tocarlo.

—El cuaderno, el maldito cuaderno, sabía que no podía traer nada bueno.

—Debe saber que Elena ha escrito un libro basándose en lo que hay escrito en él y que posiblemente sea publicado muy pronto.

—Eso solo valdrá para remover lo que no debe removerse —se secó el sudor de la frente con

el dorso de la mano. Sus ojos se humedecieron—, hay cosas que es mejor dejar como están.

—Estoy aquí porque necesito que me ayude a entender.

—¿Y me dirás donde está mi hija?

—Lo prometo.

—También necesito que me prometas, que lo que hablemos hoy aquí no se lo contarás nunca a nadie, y menos a Elena. No te conozco, y aún no sé si puedo confiar en ti, pero necesito recuperar a mi hija.

—Si le sirve de algo quiero que sepa que yo la quiero, y si estoy aquí es porque deseo lo mejor para ella.

En un primer momento pareció ir a levantarse para marcharse, pero después, jugueteando con una servilleta de papel entre sus dedos comenzó a hablar:

—Todo empezó hace muchos años, en un pueblo de Albacete, yo conocí a Carmen cuando ella trabajaba en el bar de su padre, la muchacha limpiaba, cocinaba, ayudaba a servir... era casi una niña, pero trabajaba como la que más. Me enamoré de ella, era preciosa, y tenía una forma de ser que me volvía loco. Tanto era toda dulzura como me echaba un rapapolvo por cualquier cosa.

Quería invitarla a salir pero nunca encontraba el momento, su padre era muy estricto y entre el trabajo del bar y el de la casa no le dejaban ni un minuto para ella. No era feliz, me lo confesó en una ocasión, pero yo lo veía en aquella mirada cada vez que iba.

Cuando llegaron las fiestas del pueblo hice todo lo posible por verla, primero me fui con mi pandilla de amigos a cenar al bar, y más tarde estuve pendiente de que la dejaran salir un rato al baile. Cuando apareció en la plaza del pueblo vi mi oportunidad, me acerqué a ella, y la invité a dar un paseo. Puede que sea la juventud, que es impaciente, pero durante el paseo la besé, y ella, tímida, se marchó corriendo.

No quise presionarla, así que no la seguí, y cuando volví a verla estaba distinta, más arisca, y metida en si misma.

En uno de mis repartos al bar la encontré con la cara desencajada, estaba pálida y parecía enferma. Con el permiso de su padre la llevé a su casa para que descansara. Me quedé al lado del camión echando un cigarro y antes de terminarlo vi a su madre salir con ella casi a rastras hacia la iglesia.

La curiosidad me pudo y salí tras ellas, pero a escondidas, y pude ver como su madre increpaba al cura, diciéndole que la niña estaba embarazada y que quien había hecho aquello era el muchacho que ellos tenían acogido.

No necesité escuchar más, cegado fui en su busca, pero no le encontré. Vi a Carmen volver a casa con su madre, llorando, mientras su madre le decía todo tipo de barbaridades. Cada poco se paraba y le daba un bofetón, o le tiraba del pelo. Estuve a punto de intervenir, pero algo me decía que era mejor no dejarme ver por el momento.

Esperé durante más tiempo a ver que pasaba, me iba a llevar una buena bronca de mi padre por no hacer todos los repartos que correspondían en esa jornada, pero en aquel momento nada me importaba, solo ella.

Vi al muchacho del cura salir de la iglesia en dirección al bosque y le seguí. Le increpé y acabamos pegándonos, le dejé casi inconsciente en el suelo y me marché.

Fui a hablar con el cura, le dije que lo había oído todo, que yo quería a Carmen y que me casaría con ella, que no me importaba que llevara en su vientre al hijo de otro, yo la quería por

encima de todo.

Cuando estaba hablando con el cura vinieron a avisarle de que habían encontrado a Vicente colgado de un árbol, se había quitado la vida.

Fuera de sí, el párroco mandó llamar a Sara y a su madre, entre todos llegamos a un acuerdo, y nos casaron allí mismo, con la promesa de que nos marcharíamos del pueblo inmediatamente y no volveríamos jamás.

Después vinieron meses de penurias, pero también de satisfacciones, nació Elena y nos hizo muy felices, y creció, y se hizo una mujer. El resto creo que ya lo conoces.

—Entonces, ¿El padre de Elena era aquel muchacho?

—Carmen nunca llegó a decírmelo, dejamos el pueblo atrás y nuestro pasado también, empezamos de cero, nos merecíamos ser felices.

—Ella sabe que usted no es su padre, por eso se marchó.

—Yo soy el único padre que ha tenido y que tendrá. Fui yo quien la ayudó a venir al mundo, yo quien estaba en vela por las noches cuando su madre no era capaz de cuidarla. Fui yo quien trabajó de sol a sol durante años para que a ella no le faltara de nada. Es mi hija, es parte de mi, y quien quiera verla de otra manera se equivoca.

—No es a mi a quien tiene que convencer.

—Lo sé, pero no entiendo que eso signifique tanto para ella.

—Tiene derecho a conocer sus orígenes, todos lo tenemos.

—¿Aunque esos orígenes sean que eres hija de un violador de su madre adolescente?

—Puede que haya cosas que es mejor callar.

—No me callaré si me pregunta, pero si tengo que cambiar la verdad para asegurarme hacerla feliz lo haré.

—No voy a juzgarle, solo necesitaba conocer algo más sobre ella.

—Ese libro va a despertar viejos rencores.

—No se preocupe, no dice el nombre del pueblo, ni el nombre real de los protagonistas, no es lo mismo leer el cuaderno que el libro.

—Eso espero, no me gustaría que a estas alturas volvieran los fantasmas del pasado.

Después me tocó hablar a mi, le di la dirección donde podía encontrar a Belén, le dije a qué se dedicaba su hija y con quien vivía, y también le devolví la cartera y el ordenador de Elena. Le dije que no le hablara de mi, que quería que tuviese tiempo para retomar su vida, y que ahora todo iba a ir bien. Me dio las gracias y con un apretón de manos me dijo que esperaba volver a verme.

VIII

Con la marcha de Belén volví a la rutina, me levantaba e iba a trabajar. En la oficina dedicaba parte del tiempo a mi trabajo habitual y otra parte, la mayor, a la promoción de mi libro. Las ventas iban bastante bien, y aún estábamos a la espera de la publicación de entrevistas que me habían hecho para los dominicales más importantes del país, y eso nos aseguraría algunos lectores más interesados en la obra.

No todas las críticas fueron buenas, algunas se cebaron con su argumento “enrevesado y poco creíble” y otras hablaban de “una autora a la que le queda mucho por madurar”. El caso es que las ventas seguían y me estaban proporcionando unos ingresos extra con los que no contaba.

Estaba contenta con todo lo que me estaba pasando, aunque no dejaba de pensar en Carlos muy a menudo, había repasado en mi cabeza una y otra vez la conversación con Carmen ¿necesitaba él ver algo más por mi parte? ¿O me estaba imaginando cosas que no existían y no estaba tan interesado en mí?

Pensé en ir a hablar con Silvia, a lo mejor conseguía que me contase algo más, ella tenía que haberle conocido, el libro no podía haber llegado solo a sus manos.

—¿Se puede? —llamé a su puerta.

—Adelante.

—Silvia, tengo que preguntarte algo, sé que me has dicho que no vas a hablar, pero necesito saber dónde está él.

—¿Dónde está quién?

—Pues Carlos, quien va a ser, sé que está detrás de todo esto y no sé por qué no quiere dar la cara. Quiero verle, necesito verle.

—Te noto un poco coladita por el tal Carlos, pero lo siento, no puedo ayudarte.

—Silvia, por favor, dime cómo puedo encontrarle, por favor, por favor, por favor —mis pucheros ensayados durante toda la adolescencia tampoco sirvieron de nada con ella.

—¿Por qué no dejas de poner morritos y te pones a trabajar? Tenemos mucho que hacer y te estás comportando como una niña enamorada.

—Sí, y qué ¿nunca te has enamorado? ¿Nunca has sentido que si te falta esa persona no puedes seguir adelante? ¿Nunca has necesitado a nadie?

—Si tanto le necesitas no sé por qué pierdes el tiempo conmigo en vez de estar buscándole.

—¿Y dónde se supone que debo de buscar?

—Eres periodista Elena, ¿necesitas que te lo recuerde?

Enfadada salí dando un portazo de su despacho, la culpa no era suya, pero con alguien tenía que pagar mi enfado y la impotencia que sentía.

Salí a la calle, compré un pastel de chocolate, y le puse al envoltorio un post it que decía “Lo siento”, se lo dejé a la recepcionista para que se lo diera a Silvia en cuanto pudiera y salí a la calle.

Tras respirar un poco de aire fresco me sentí más tranquila, puede que tuviera que empezar a buscar, pero no tenía ni idea de por donde empezar. Ninguna de las personas que habían tenido contacto con él me quería decir nada. Entonces me di cuenta de que no había preguntado a quien tenía más cerca.

Llegué a la central de taxi en menos de media hora, mi padre no estaba por allí, así que decidí llamarle, para que en cuanto pudiese hiciese un descanso para charlar conmigo. Tardó otro tanto en aparecer, con la chaqueta de punto marrón con coderas que Loreto le había regalado para su cumpleaños.

—¿No tendrías que estar trabajando hija?

—Sí, pero necesitaba respirar un poco de aire fresco.

—Y te vienes a un sitio donde los tubos de escape no paran, bien hecho —dijo con sorna.

—Papá, tenemos que hablar, tengo que preguntarte algo importante.

—Si tan importante es ya estás tardando.

—¿Cómo supiste donde encontrarme?

—Bueno, con una dirección y un número no hay nada que se le resista a un taxista —rió encantado con su propia ocurrencia.

—En serio papá, ¿quién te dio la dirección del piso de Belén?

—Aquel muchacho, vino a verme y me dijo donde podía encontrarte, nada más.

—¿Un chico alto, con el pelo largo, barba y con una guitarra al hombro?

—No, un chico bien parecido, bien afeitado, con el pelo corto y sin guitarra, creo que hoy no es tu día de suerte.

—Pudo afeitarse y cortarse el pelo, y la guitarra podía tenerla en algún sitio. ¿Recuerdas algo más?

—Claro, dijo que te quería, eso a un padre no se le olvida. Tendré que vigilar de cerca a ese chico —me guiñó un ojo.

—Para eso primero tendré que encontrarle.

—¿Y si no quiere que le encuentres?

—¿Tú también papá? ¿Os habéis puesto todos de acuerdo o qué? —y me marché de nuevo a la oficina, enfadada con el mundo.

Trabajé hasta tarde, había perdido tanto tiempo a lo largo del día que se me habían acumulado las tareas. Cuando salí a la calle era completamente de noche, y llovía, pero paseé bajo la lluvia durante un buen tramo, aquello me traía buenos recuerdos.

IX

La noticia del premio llegó con una Silvia eufórica que gritaba por toda la oficina.

—¡Te lo han dado! ¡Te lo han dado! —me decía mientras me achuchaba dejándome casi sin respiración.

—Me han dado qué —conseguí decir en cuanto sus abrazos me dejaron tomar aire.

—El premio a la escritora revelación de la Asociación de Lectores.

—¿Qué? ¿En serio? —y yo también comencé a gritar y a abrazarla como una poseída.

Aquel premio era el empujón que necesitaba, era un reconocimiento que no esperaba y que de alguna manera se convertía en el aliciente para seguir escribiendo, ya no hablábamos de nuestro trabajo promocional ni de nuestros contactos, el libro había gustado, se vendía y así lo habían reconocido. Aquello era más de lo que podía esperar.

La entrega del premio sería en quince días, durante el transcurso de una cena en el Hotel Palace. Silvia se había ocupado de reservarme una habitación allí para la gran noche, y otra para mi padre y Loreto, así no tendríamos que preocuparnos por la hora a la que acabase la celebración, y yo podría atender a los medios con toda tranquilidad.

No pude evitar irme a casa antes para dar la noticia, que acogieron con gran alegría. Loreto enseguida se puso a planificar los días que quedaban, quería comprar un traje a papá, y para ella un vestido adecuado para la ocasión, miedo me daba su elección, pero había aprendido a aceptar que sus gustos y los míos no eran los mismos, y que debía respetarlos.

Estábamos en mitad de la cena, hablando de todos los preparativos, cuando sonó el teléfono, me levanté a cogerlo.

—¿Diga?

—Hola, ¿podría hablar con Pepe?

—¿De parte de quién?

—Soy su primo.

—Hola, soy Elena, ¿qué tal está?

—Bien, todo bien Elena, espero que vosotros también.

—Sí, todo bien, ahora aviso a papá.

—Gracias.

No acababa de entender porque aquel primo nunca me daba más conversación que la de cortesía. Avisé a mi padre que se levantó y con el teléfono se metió en una de las habitaciones. No escuchamos la conversación, pero no fue muy larga, al rato estaba de vuelta en la mesa, con la expresión cambiada.

—¿Está todo bien? —preguntó Loreto.

—Sí, todo bien.

—¿Por qué no viene tu primo nunca a visitarnos? ¿O por qué no hemos ido nunca a visitarle a él? ¿Dónde vive?

—En un pueblo de Albacete, no le gusta mucho salir de allí, además, ya es mayor, y ya sabes que con la edad uno se vuelve más cómodo.

—¿Tiene hijos? —mi pregunta pareció incomodarle.

—No, no tiene hijos.

—¿Y esposa?

—Tampoco tiene esposa.

—Pues entonces debe sentirse muy solo, me gustaría que fuéramos a verle alguna vez.

—Elena, no haremos tal cosa, y te ruego que dejemos este tema —el tono de su voz no dejó lugar a dudas, algo había ocurrido en el pasado que no querían que supiera.

—Está bien, sigamos cenando, es un día de celebración, no quiero que nos enfademos.

—Lo siento Elena, yo no quería...

—No pasa nada papá, dejémoslo estar.

Aquella noche rememoré todas las llamadas que recordaba de aquel primo, no seguían un patrón en el tiempo, a veces se recibían durante algunas semanas seguidas y después pasaban meses, e incluso años sin que volviera a llamar, o al menos yo no estaba en casa cuando lo hacía. Recordé que mamá nunca se paraba demasiado a hablar cuando era ella la que contestaba, y enseguida avisaba a papá, que era quien conversaba con ese familiar que yo no había visto nunca. ¿Qué habría pasado con el resto de la familia? Nunca supe nada de abuelos, ni de tíos, ni de primos, hasta entonces tampoco le había dado importancia, pero, a pesar de lo que le había pasado a mamá ¿no había mantenido contacto con nadie más de la familia que con aquel primo? Quizá algún día me atreviese a preguntar. Las dudas en el pasado solo habían servido para separarnos, y las cosas que me había aclarado habían servido para que nuestra relación fuera mejor que nunca.

Aprovechando el tirón del premio Silvia había contratado una campaña publicitaria que podía verse en las paradas de metro, autobús y en los relojes que había instalados por la ciudad. No dejaba de resultarme extraño ir por la calle andando y encontrarme con mi cara en aquellas imágenes, superpuesta a un ejemplar de mi libro y con una frase que decía “El libro que todo el mundo lee”. Aún así no me reconocían demasiado, alguna vez pasaba cerca de alguno de los anuncios y oía a alguien cuchichear “mira, la chica del anuncio”, y poco más.

Comenzaron a llamarme para más entrevistas y, por primera vez, una de ellas sería en televisión. Eso sí consiguió ponerme nerviosa, no era lo mismo una entrevista escrita que ponerse delante de una cámara sabiendo que hay miles de personas escuchando lo que dices, y que si te equivocas o haces algo fuera de lugar esas imágenes se repetirán una y otra vez en la tele o en Internet, y serán objeto de burla en las distintas redes sociales.

Aparecería en un programa matinal, con una de las presentadoras estrella de la televisión, la redactora con la que hablé me explicó que solo se hablaría sobre el libro y que no tenía nada de qué preocuparme, ellos me ayudarían. Eso sí, el programa era en directo, así que no habría oportunidad de volver a grabar si no salía todo como esperaba.

Silvia me acompañó al estudio de televisión, era el mismo día en que me entregarían el premio. Vestía un traje de chaqueta y pantalón azul y una blusa de color claro salpicada de estrellitas de colores. Me temblaban las manos y no podía parar de moverme.

—Quieta, es solo una entrevista —me decía Silvia cogiéndome disimuladamente por el brazo para calmarme.

—No puedo, voy a meter la pata, lo sé.

—No vas a meter ninguna pata. Entrás, te sientas ahí y eres tú misma, no tienes que hacer nada

más.

—Va a estar todo el mundo viéndome.

—Eso espero, esto será una buena publicidad para el libro.

—No quiero entrar.

—Debes entrar.

—Silvia, por favor... —antes de que pudiera quejarme un rato más había aparecido la redactora que me acompañó a maquillaje. Mientras me retocaban fue dándome una serie de indicaciones para la entrevista. Me comentó donde me sentaría, y donde estaría sentada la presentadora, donde estarían las cámaras y las cosas que tenía que evitar hacer.

No había pasado ni una hora y estaba sentada en un sofá del plató con la famosísima Rosa Pineda en un sillón cercano, que repasaba sus notas durante el corte publicitario.

En cuanto dieron el aviso del fin de la publicidad y sonó la música del programa comenzó a hablar:

—Hoy tenemos con nosotros a Elena Castro, quizá a alguno de ustedes no le suene este nombre, pero ella es la joven autora de “Una mujer” el libro que todo el mundo lee y que, esta noche, recibirá el premio como autora revelación de la asociación de escritores —dejó de mirar a cámara para dirigirse a mí—. Buenos días Elena.

Las preguntas se fueron sucediendo una tras otra, y mis respuestas fueron, aunque un poco escuetas, claras y concisas. Hablamos sobre el argumento, sobre el momento de empezar a escribir, y como habían ido las cosas después de la publicación.

—¿Cómo consigue un escritor que una editorial se interese por su primer libro?

—En mi caso no fui yo quien mandó a la editorial el libro.

—¿Quién lo hizo?

—Alguien que creyó en mí.

—Estoy segura que a los telespectadores les gustaría que nos dieras más detalles —dijo amablemente, aunque queriendo decir que necesitaba más carnaza para que aquella entrevista resultara mínimamente interesante.

Me dejé llevar por instante y pensé que la verdad era lo único que podía decir.

—Alguien se llevó el ordenador con el archivo del libro y a los pocos meses Sierra Editorial lo estaba imprimiendo para ponerlo a la venta.

—¿En serio?

—Completamente en serio.

—Entonces deberías darle las gracias a la persona que lo hizo.

—Me encantaría hacerlo, pero no tengo forma de encontrarle.

—Aquí tienes una oportunidad de oro, esa persona podría estar viendo el programa, mándale un mensaje desde aquí.

Miré a la cámara y dudé, parecía estar en un programa del corazón, aquel momento podía echar al traste toda la entrevista, pero es cierto que era una oportunidad única. Suspiré, miré a la presentadora que encantada con la situación que había creado me animó asintiendo con la cabeza y empecé a hablar.

—Yo, quiero que sepas... —mi voz se truncó, no sabía que decir. Entonces saqué del bolsillo de mis pantalones la bolsita con la bola de cristal que Carlos me había regalado, la cogí y la mostré sobre la palma de mi mano— quiero que sepas que gracias a ti he comprendido que un

solo rayo de luz puede hacer que existan millones de destellos.

—Gracias Elena —intervino Rosa Pineda— ha sido un mensaje precioso. Te deseamos lo mejor con tu libro y espero volver a tenerte aquí en más ocasiones.

—Gracias a vosotros.

Durante los aplausos me señalaron por donde debía salir, y allí estaba Silvia esperándome.

—No te ganarás la vida con la televisión, pero no ha estado mal, el momento bolita de cristal ha sido un poco cursi, pero a la gente le encanta lo cursi, hasta a mi me gusta lo cursi, así que todo estupendo Elena. Ahora tenemos que irnos.

—Nunca me dirás como encontrarle ¿verdad?

Me miró dolida, y por primera vez vi que dudaba.

—Elena, no puedo. Lo he prometido, y cumplo mis promesas, por favor, no me lo preguntes más.

—Está bien —no estaba conforme, claro que no lo estaba, pero no que quedaba otra que aguantarme.

Tuvimos poco tiempo antes de ir al Palace para la entrega de premios. Me cambiaría de ropa en la habitación que tenía reservada, y Silvia me enviaría a una amiga que se ocuparía de mi peinado y de mi maquillaje, quería que todo fuera perfecto. Mi padre y Loreto ya estaban allí, así que pasamos un rato charlando en su habitación antes de que comenzara todo el movimiento.

—Que guapa que has salido en la tele, que guapa, lo tengo grabado para que lo veamos los tres juntos, que tu padre aún no ha podido verlo.

—No sé si quiero verlo, no me sentí demasiado a gusto.

—Porque era la primera vez mujer, unas cuantas más y ya verás, mejor que la Rosa Pineda. Por cierto, que elegante que iba, ¿es tan guapa en realidad como en la tele?

—Es muy guapa, si vuelven a llamarme te vienes conmigo y así la ves.

—¿De verdad me llevarías? ¡Ay que ilusión! Le prepararía una tarta de manzana para chuparse los dedos.

Mi padre se reía con las ocurrencias de Loreto, y se aflojaba el nudo de la corbata una y otra vez.

—No voy a aguantar con esto toda la noche, me angustia llevarlo.

—Si no paras de pensar en que la llevas puesta claro que te angustiarás, además, no tienes por qué llevarla, no es obligatorio —le dije poniéndole el nudo en orden.

—No, no, yo la llevo, que nadie piense que porque el padre de la escritora sea taxista no tiene clase.

—Papá, la clase no la hace una corbata, vete cómodo.

—Me la dejo puesta, puedo hacerlo.

—Si es que estás guapísimo, y tú Elena vete a arreglarte, que ya va siendo hora —me apremió Loreto.

Me despedí y fui hacia mi habitación, donde tras una ducha dejé que la amiga de Silvia hiciera su trabajo hasta la hora de bajar al salón.

Cuando lo hice ya había llegado la mayor parte de la gente, saludé a quienes conocía y estuve charlando un rato con los organizadores, me comentaron que primero tendría lugar una pequeña charla en aquel salón, que me harían entrega del premio y después sería la cena. El premio lo

recibí de manos del escritor que lo había ganado la edición anterior, que antes habló de lo que había supuesto el galardón para él y de cara al mundo editorial, en breve presentaría su segundo libro. Ya en el atril, dispuesta a dar mi discurso de agradecimiento pude recorrer con la vista toda la sala, allí estaban mi padre y Loreto sonrientes, haciéndome la señal de la victoria, como dos colegiales que acaban de ganar un partido. Pude distinguir a algunos escritores, que eran invitados a la gala cada año por la asociación, y a algún rostro conocido del mundo del famoseo. Agradecí de nuevo la asistencia a todas aquellas personas, y después agradecí el premio, en esta ocasión las palabras salieron por mi boca de forma fluida y no cometí ningún error, al menos que yo me diera cuenta. Cuando terminé todos los asistentes aplaudieron, y entonces, mirando de nuevo a la sala mientras daba las gracias, al lado de la puerta de entrada vi a un chico alto, moreno, no tenía el pelo largo, ni con barba, pero aquella mirada la habría conocido en cualquier parte. Allí estaba Carlos, sonriéndome, apoyado en la pared con los brazos cruzados. Me quedé durante unos segundos sin saber que hacer, y tras saludar a quienes estaban a mi lado en el estrado bajé de él.

Intenté ir hasta la puerta, pero fueron muchos los que me pararon, querían saludarme, darme la enhorabuena, decir que habían leído mi libro o que estaban deseando hacerlo. Aquellas paradas se hicieron interminables. Cuando conseguí ubicar de nuevo la puerta de la entrada Carlos ya no estaba allí.

Busqué por la sala, pero tampoco le vi. Mi padre vino en mi busca:

—Nos han avisado de que debemos ir pasando al comedor.

—Voy enseguida, necesito que me dé un poco el aire.

Salí de allí en dirección a la calle, al pasar por la recepción la gente me miraba, seguía con el trofeo en la mano, no me había dado cuenta de que aún lo llevaba conmigo.

Hacía frío para estar con un vestido sin mangas, veía el vaho que salía por mi boca formando nubecitas que se disolvían enseguida. Miré a un lado, al otro, no había nadie. El portero de la puerta me observaba, pendiente de mi reacción, al verme desorientada me preguntó si necesitaba ayuda, le dije que no y bajé un poco la calle.

MI imaginación me había jugado una mala pasada, él no estaba allí.

Me recompuse y volví a entrar en el hotel, la sala de la que había salido ya estaba vacía, así que me dirigí al salón donde tendría lugar la cena. A la entrada, un cartel con la foto de mi cara con el libro, la que estaba por toda la ciudad, anunciaba el evento. La miré antes de entrar, y entonces una voz dijo a mi espalda.

—Me parece que no han acertado con tu perfil bueno.

Los ojos podían haberme engañado, pero aquella voz estaba segura de conocerla. Me di la vuelta, y allí estaba él, vestido de traje, elegante y guapísimo, con esa sonrisa que tanto había echado de menos.

—Carlos —me quedé inmóvil, aunque me moría de ganas de lanzarme a sus brazos.

—Hola princesa.

La magia del momento se rompió cuando Silvia salió del salón a avisarnos.

—¿Queréis daros prisa? La cena no empezará hasta que no estés sentada en tu sitio Elena.

Miré a Carlos que me ofreció su brazo, y juntos entramos al salón.

X

Allí estaba yo, sentada al lado de Carlos en la misma mesa que mi padre, Loreto y Silvia, que era la que llevaba la voz cantante en la conversación con el presidente de la asociación.

Yo me encontraba en esos momentos en otro lugar, lejos, solo con él, nuestras miradas lo decían todo. Le pregunté por qué había tardado tanto en venir, me dijo que no quería estar en medio cuando retomara mi vida, que eso debía hacerlo sola. Le dije que le había echado de menos, que me había vuelto loca pensando donde estaría viviendo, si dormiría en la calle. Me confesó que Silvia le había alojado en su casa, y que todo aquel tiempo había estado allí, siempre con la promesa de ella de no decir nada.

—Entonces ¿lo tenías todo preparado? ¿Qué aparecerías esta noche?

—No, estuve a punto de irme, empezaba a ver que sobraba en tu vida, y yo tenía que continuar con la mía. Pero esta mañana te vi en ese programa, poniéndote toda melosa con la bola de cristal y me dije: “si es capaz de caer tan bajo es que aún siente algo por mi”. Así que tuve el tiempo justo para hablar con Silvia que enseguida se ocupó de conseguirme un sitio en la mesa y de mandarme a comprar el traje que llevo puesto.

Nos reímos, y nos unimos a la conversación con el resto. Un año después de mi huida a Asturias, tras haber dormido en un garaje, en dos casas ocupadas, en un albergue y un piso. Tras haber pasado hambre y frío. Ahora lo tenía todo, todo lo que necesitaba para ser feliz. Ahora mi vida era completa.

Mi padre se sobresaltó, algo vibraba dentro de sus pantalones. Aún no se había acostumbrado al teléfono móvil, pero en el trabajo les habían obligado a llevarlo, les facilitaba la comunicación cuando fallaba la emisora. Miró la pantalla, se puso serio, se disculpó y salió del salón.

JOSÉ

—¿Diga?

—Hola Pepe, soy Raimundo.

—Hola Padre ¿va todo bien?

—Acaba de morir.

Tras un rato se silencio el cura continuó hablando.

—Solo quedamos tú y yo Pepe, la verdad morirá con nosotros.

—Lo sé Padre, gracias por llamar.

Colgó en teléfono y se llevó las manos a la cara. Acababa de ver a Elena feliz y enamorada, acababa de ver cumplida la promesa que le había hecho a Carmen. Carmen, lo que pudo llegar a amarla, lo loco que puede llegar a ser el amor. Por ella lo dejó todo, a su familia, el trabajo, su casa, renunció a todo por aquella mujer. Porque la quería, porque era a ella a quien deseaba hacer feliz. Pero ella nunca supo olvidar, no pudo borrar de su memoria lo ocurrido en aquel maldito pueblo. Intentó quererla, intentó que su cariño construyera una nueva vida para ella, para la niña, para él, intentó que fueran una familia de verdad.

La única familia de verdad era de cara a la galería, los demás veían la felicidad que irradiaban, pero solo él sabía la realidad. Él, que había acogido a la niña como si fuera suya, y así la quiso y así la trató siempre. Esa niña, que ahora ya era mujer, a la que tuvo que mentir para mantener su promesa y decirle que él era su padre. ¿Cómo iba a ser su padre si Carmen nunca dejó que la tocara? Compartieron cama, pero nunca como marido y mujer, al principio le dejó su espacio y su tiempo, y luego intentó acercarse a ella, una y otra vez, pero el rechazo constante le hizo desistir. Le dijo que nadie le pondría las manos encima nunca más, y que si volvía a intentarlo hablaría.

Hablar, eso que les habría ayudado tantas veces, pero todo se calló, se callaron los errores, los miedos, la vergüenza.

Aquella tarde, tras escuchar a Sara hablando con el cura fue en busca de Fulgencio, y le contó lo que había oído, y se ofreció a casarse con Carmen, aunque el hijo no era suyo, le prometió ser el mejor marido.

Fulgencio salió disparado para su casa, donde se encontró a su mujer histérica gritándole, diciéndole que Don Ramiro acababa de estar allí, que había hablado con Vicente y que el chico no había sido, pero que sí lo había visto todo.

Vicente había estado vigilando a Carmen, y antes de verla salir del almacén dolorida y desencajada le había visto a él salir de allí, agarrándose los pantalones, y dando tumbos completamente borracho. Le increpó, le preguntó donde estaba la muchacha, y Fulgencio le atizó un puñetazo que le marcó la cara, se quedó allí, tirado en el suelo por el dolor, pero le dio tiempo a verla a ella salir hacia su casa. Pudo imaginarse lo que había pasado. Se acercó al almacén, se había dejado la puerta abierta y en el suelo vio la sangre y a su lado un cinturón.

Ahora Sara tenía el cinturón en la mano, como prueba de lo ocurrido. Fulgencio, lleno de ira lo cogió y salió de la casa. Cuando volvió llevó a Carmen ante el cura, y allí la casó con el repartidor, y con un billete de mil pesetas les despidieron del pueblo para siempre. La única persona que lo había visto todo ya no podía hablar, su cuerpo inerte colgaba de un árbol.

Nadie habló, nadie puso objeciones, era tan horrible lo que había ocurrido que incluso Don Raimundo sin saber muy bien por qué intentó buscar la paz para Sara y los niños, y que Carmen tuviera la oportunidad de salir adelante.

Le había hecho la promesa de escribir en cuanto encontraran un hogar, quería saber del bebé que iba a nacer, asegurarse de que llevaba una buena vida, la que le habría gustado para Vicente y que ya no podría tener.

Cuando se mudaron al piso de Boadilla y tuvieron teléfono se lo hizo llegar, y el cura le llamaba cada ciertos meses, para decirle que Sara había enfermado y ya no saldría de aquella, o que los mellizos se habían marchado a trabajar fuera. También preguntaba por la niña, por su Elena, como él la llamaba, esa niña por la que todos habían dejado de lado sus principios y habían arropado para que viviera ajena a todo.

Esa niña, que ahora él quería con toda su alma, cómo podía seguir mintiéndole, no era justo que viviera engañada. Incluso había mentido a ese chico que había recorrido media España por ella, pero le pilló desprevenido, y ahora había dos versiones diferentes de la historia en dos personas que compartían corazón, y ninguna era la auténtica. ¿Pero qué iba a hacer? ¿Decirle que acababan de llamarle para decirle que Fulgencio, que vivió sus últimos años completamente borracho acababa de morir? ¿Decirle que el único abuelo que le quedaba había dado su último suspiro? No, no podía, porque entonces tendría que decirle, que ese abuelo era también su verdadero padre.

Se levantó y volvió a entrar en la sala, Elena le miró para comprobar si todo estaba bien, él asintió y le dedicó una sonrisa. La vida tenía que continuar.